

*B. Fernández y Medina.*

---

# Cuentos del pago.

(Novelitas uruguayas.)



MONTEVIDEO.

**A. BARREIRO Y RAMOS. Editor.**

*Cámaras, esquina 25 de Mayo.*

1893.



# CUENTOS DEL PAGO

## DEL AUTOR

<b>Charamuscas</b> (tipos y escenas del Uruguay) 1 volumen (1892) . . . . .	8	0.50
<b>Revista Uruguaya</b> (1892), 3 N.º . . . . .		1.50

## EN PREPARACIÓN

**Goyita** y otras novelas cortas.

**Corteza y savia. El taita y Los colonos ( La nueva raza )** novelas.

**Folk-lore Uruguayo** (Poesía popular, cuentos, supersticiones y refranero comparado con el castellano y el toscano; con un estudio preliminar).







B. FERNÁNDEZ Y MÈDINA

# CUENTOS DEL PAGO

(NOVELITAS URUGUAYAS)

*Prólogo por Francisco García y Santos*

y retrato del autor



MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

25 de Mayo, esquina Cámaras

1893

---

**DERECHOS RESERVADOS**

---

# GACETILLA

---

**BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA**

---

Lo conocí casi un niño.

Pero ya despuntándole el bozo del periodismo, pues figuraba en el personal de un diario de la tarde.

Por entonces escaramuceaba en la crónica, escopeteando á los políticos del montón y relatando sucesos locales que otros despreciaban por hueros y á los que Benjamín sacaba punta á fuerza de ingenio.

Una y otra vez le estimulé y felicité por sus buenas ocurrencias y tiros certeros, y fuera porque comprendiese la sinceridad de

mi palabra (que á él se le antojaba autorizada) ó por la afectuosidad con que le trataba, llegó á cobrarme simpatía.

Simpatía que á poco andar quiso traducir en la dedicatoria de su primer artículo titulado *Dos mozos tigres*, del género y corte que después ha explotado con tanto provecho para su nombre.

Muy agradable fué la sorpresa que me proporcionó con aquella espontánea y sencilla manifestación de su afecto.

Leí los *Dos mozos tigres* y me apresuré á visitarle para agradecerle el recuerdo.

Lo encontré chapaloteando tinta, encarnizado en la descripción de los *Crímenes del Santismo*, relatos espeluznantes que lo habían convertido en una miniatura de Ponson du Terrail.

Entretenido como estaba en su terrorífica tarea, no se dió cuenta en el primer momento de mi presencia, pero así como « me hubo », se deshizo en disculpas por la mala calidad de la factura literaria del artículo dedicado.

« Es obra de un principiante, díjome;—

casi estoy arrepentido de haberlo publicado, y lo que es peor, de haber hecho mal uso de su nombre. »

Lo que sus labios balbuceaban le salía del fondo del corazón, porque una de las más hermosas prendas que adornan á Fernández y Medina, es la modestia.

Benjamín, al revés de la generalidad de los literatos en plumón, sentía ansias de volar alto, pero, comprendía todo lo arriesgado de la empresa y apenas si se atrevía á piar sacando la cabeza del nido con un articulito que él se adelantaba á calificar de malo.

Y esto no era cierto. Los *Dos mozos tigres*, que vieron la luz el año 1888 (el autor contaba 15 años), demostraban la existencia de una inteligencia viva que estaba llamada á producir codiciados frutos.

Había en ese artículo todo el sabor criollo que hemos saboreado en *Charamuscas* y la energía y elegancia de frase que caracterizan á los *Cuentos del pago*.

Poco tiempo después, Fernández y Medina abandonó el campo donde hiciera sus pri-

meras escaramuzas literarias y vino á formar parte de la redacción de *El Bien*.

De entonces acá ha sido mi inseparable compañero de luchas y fatigas.

Lo he visto formarse, hacerse hombre y escritor de guante y de garra, porque lo mismo escribe una crítica sobre éste ó aquel libro, ésta ó aquella obra de arte, relata tal cual episodio histórico, ó cuenta sus impresiones de viaje, como entra á la polémica ardiente cuando ve atacadas «sus dos prendas más queridas» — la religión ó la patria.

Fernández y Medina se ha formado solo, sin más maestros que sus libros, á los que ama con el amor más entrañable, creyendo con D'Amicis que una casa sin biblioteca es una casa sin dignidad, una hostería.

Puede decirse que como el hombre primitivo, se ha fabricado sus propias armas.

Para el estudio ha tenido la tenacidad del eslavo, si bien y á pesar de mi continuada prédica, no ha observado el método que el buen estudio requiere.

A una inteligencia clara y brillante reúne



gran poder de asimilación y adaptación; por eso ha sacado gran fruto de sus lecturas.

Sin duda por la falta de método es que no tiene patrón fijo y que indistintamente picotea aquí y allá, abordando todos los géneros literarios, desde la novela al drama desde el cuento á la poesía, porque ha de saber el que me lea que últimamente también ha empezado á espigar en ese campo, árido para las imaginaciones chatas, lleno de vistosas flores para los verdaderos reyes del pensamiento.

Hay que verle, como yo lo veo á diario, para darse exacta cuenta de su actividad intelectual.

No tiene un momento de reposo y siempre anda acompañado de sus revistas, folletos ó infolios.

Una parte del día la emplea en recorrer los comercios de libros, otra en hacer apuntes, repasar sus artículos, y las otras dos mitades en sus tareas periodísticas y en conversar con los *habitués* de la redacción.

Si por acaso le sobran algunos minutos se dedica á hojear el *Teatro Crítico*, la *Nuova*

*Antologia*, la *Review of reviews* ó la *Revue Hebdomadaire*.

¡Cosa curiosa! Con diccionario, paciencia é inteligencia, ha podido dominar cuatro idiomas, y si continúa en la afición, ni sorpresa me causaría verlo hablar en griego.

Arrastrado por su pasión á conocerlo todo irá muy lejos, y como para él la literatura no es un arte suntuario, ornamental, sus páginas tienen que figurar entre las buenas de las letras americanas.

Ya se dispone á iniciar obras de aliento, pues tiene en preparación una novela que llevará el original título de *Corteza y Savia*, la primera de una serie que se titulará *La Nueva Raza*; un drama criollo, *El Desertor*, casi concluído, y un ensayo de *Folklore del Uruguay*, en el que reunirá las tradiciones, poesías populares, refranes y modismos de nuestra patria.

Todo esto lo sé sin que él me lo haya dicho: lo sé porque la curiosidad me ha hecho revolver más de una vez sus papeles.

Benjamín escribe y guarda: sus obras las he venido á conocer, ó por un abuso de con-

fianza, ó porque ha querido conocer mi franca opinión cuando les ha dado la última plumada.

Comprendo esa reserva: jamás las llamadas de la vanidad han coloreado su cara; su modestia es casi primitiva, más, infantil.

Tan sólo por exceso de méritos se ha hecho lugar entre los literatos que exigen contraseña de familia á los que se presentan en demanda del puesto que su talento les ha deparado; y á despecho de las reservas florentinas con que acogieron sus primeros escritos.

Benjamín sufrió la dura prueba de la crítica y venció de aquellas injustificables prevenciones.

A los que se meten los dedos en la boca y silban como Mefistófeles en Fausto, cuando alguien se presenta á disputarles un cacho de cielo, les ha visto más tarde y sin darse cuenta de ello, convertidos en sus más entusiastas admiradores.

He de concluir *esto* y he de concluirlo con dos palabras sobre *Los Cuentos del Pago*.

Los he leído con verdadera fruición.

Hay en ellos sobriedad castiza, ausencia absoluta de cierta ampulosidad plateresca que se nota en su primer libro *Charamuscas*.

En los cuentos, copia á la naturaleza con verdadera inspiración: algunos son aguas fuertes de subido valor artístico y que sorprenderán la retina del exigente crítico, por la naturalidad que clarea todos los detalles.

---

Fernández y Medina me pidió un prólogo para su nuevo libro.

—¿Un prólogo? Pues, mi amigo, le contesté, no puedo complacerlo. . . . no sé hacerlos.

Nada: él insistió y yo también; y después de grandes discusiones arribamos á una conciliación.

Ésta tuvo por base el convencimiento que

---

pude llevar al ánimo del autor de los *Cuentos del Pago*, de que

«No da flores el desierto,

«Ni da claveles el cardo.»

Así como al viejo cronista sólo le es dado responder con una gacetilla escrita al correr de la pluma cuando se le pide prólogo para un libro, que no lo necesita, porque tiene ganada la plaza con el nombre de su autor.

Montevideo, Julio de 1893.

**Francisco García y Santos.**



# CUENTOS DEL PAGO







# CUENTOS DEL PAGO

---

## Monte Cerrado

### I

Altas sierras rodeaban el valle como ciclópeas murallas, y defendían de la persecución implacable del sol á las sombras que cubren los bajos y asperezas.

De las vertientes bajaban numerosos arroyuelos entreteniéndose á jugar en los huecos y en las quebradas, formando ollas y pequeñas cascadas, para reunirse en el fondo del valle en un cauce donde la vegetación arraigaba tan fuerte y salvaje como en la sierra.

Este arroyo corría perezoso, esparciéndose á trechos en lagunas hondas, de aguas serenas y limpias, donde los sauces se miraban inclinados, como ninfas mitológicas, sueltas las cabelleras de sus blandas ramas, y los robustos seibos, sentados en las barrancas, lavaban sus raíces torcidas y peludas como piernas de sátiros.

En los campos de tupido pastizal, entre las sierras y el arroyo, los rodeos vagaban en pausado movimiento; los rebaños como marejada blanquecina, se desparramaban en las laderas pedregosas, y las tropillas locas llevaban el desorden y el espanto á todo el campo, huyendo de las nubes que corrían por la tierra como manchas, empujadas por la brisa.

En un cerro chato, avanzada de la sierra, una casa de azotea con alto mirador, se levantaba dentro de espesa arboleda, que apenas dejaba traslucir las paredes por entre el ramaje enredado.

Esta arboleda salvaje y enmarañada como la de las islas vírgenes de la serranía, era el *Monte Cerrado*, que daba nombre á la estancia y á todo el valle.

Vivía en la casa una antigua familia, cuyos antepasados habían poblado aquel pintoresco valle en los tiempos del virreinato.

Su apellido tenía aún reminiscencia de nobleza, era Guevara, como el de los antiguos señores originarios de Bretaña que osaban comparar su linaje con el de los reyes españoles.

Don Casimiro Guevara, el jefe de la familia, había servido en la guerra grande: tenía cicatrices gloriosas y despachos de Comandante, firmados por Rivera. Su esposa Ascensión de la Cruz, descendía de asturianos pobladores de Minas, y era una criolla con todas las excelencias y virtudes deseables.

Únicos frutos del matrimonio habían sido dos hijas: Panchita, morocha de ojos negros, melancólicos en la mirada, y Rosaura, de cara masculina, vivaz en la expresión, y por rareza con ojos de color celeste claro.

Físicamente las dos hermanas no lo parecían; pero en el alma, en los sentimientos, eran gemelas, iguales, con una tendencia dominante á la sensibilidad y á la ternura.

Apenas dos años separaban sus edades, y

al llegar á los quince Panchita, Rosaura, que había cumplido trece, tan desarrollada como su hermana, la igualaba ya en corpulencia.

Por este tiempo, Panchita empezaba á sentir en su ser un refuerzo de vida, mezcla de deseos y desalientos, de alegrías y de tristezas, que ella no se explicaba y que la llenaban de cavilaciones y curiosidad.

Algunos días las caricias de su hermana, ni la afectuosa solicitud de la madre, lograban distraer á Panchita del pertinaz ensimismamiento; en otros, traviesa y suelta como los gatitos, ponía en revolución la casa, trastornando todo con animación extraordinaria.

Cuando doña Ascensión, preocupada por estas mudanzas de su hija, consultó á una vieja curandera que solía llegar á la casa, fué tranquilizada por la contestación que aquélla le dió, acentuando las palabras con intención: «No es nada, ña Ascensión: es la sangre que empieza á alborotarse. ¡Todas hemos pasao por este trance!»

## II

Un día en el cual bullía la sangre por el calor y la naturaleza toda parecía en la hora de la siesta entregada á su fecundación constante, Panchita andaba en la quinta aprovechando el sueño de los padres para saborear la fruta pintona.

Con su travesura de chicuela había trepado á una higuera y llenado su falda de higos. Bajaba muy contenta, prometiéndose sorprender á Rosaura con aquella cosecha clandestina, cuando se le presentó con la cara seria Alberto, un botija de tantos años como Panchita, pero mostrándose más precoz.

Era extraña su fisonomía, á menudo contraída expresando cavilación; las cejas muy espesas, unidas; los ojos pequeños, hundidos; los pómulos prominentes; y el color trigüeño, tostado más por el aire libre del campo.

Tenía posturas de hombre y hablaba pausadamente, mordiendo algunas letras, lo que daba pintoresco color á su acento.

Al acercarse á Panchita, que lo esperaba sonriendo, dijo :

— «¡ Muy lindo! Una señodita trepando á los ádbodes . . . . »

— «¡Callate lengüeta! (le contestó la aludida.) Verás si te convido ahora con higos . . . . Y mirá: son los primeritos . . . . »

— «No te da vedgüenza que te vean con la polleda así,» (observó Alberto sin cambiar de tono).

— «¡Jesús el tío viejo, que me ha salido rezongón!»

— «¿Muchacha, no ves que sos una moza ya y que debes usar vestido ladgo? . . . . »

La mano de Panchita que sostenía la pollera se abrió y los higos rodaron á ocultarse en el pasto. Las mejillas de la muchacha se colorearon y ella suspiró mientras su corazón palpitaba agitado . . . . Fueron una revelación aquellas palabras: Una moza ¡sí! ¿y el vestido? Miró. Corto le quedaba, pues no cubría el traicionero nacimiento de la pierna. En aquel instante Panchita sintió en el corazón nueva fuerza de la sangre y en todo su ser aquel vigor extraño de la vida nueva: ya era una moza.

El pudor se despertó sucediendo á la ingenuidad de la infancia.

«¿Me vistes bajar del árbol?» (preguntó al muchacho sin levantar la vista.)

— «¡Ya lo creo! (contestó él.) Por eso te decía . . . . »

— « Pero no se lo dirás á nadie, ¿verdad? »

— « ¡Qué espedanza! »

— « ¿Me lo prometes? »

— « Zonza: ¿crees que soy un chiquilín? Yo también sedé mozo pronto, y entonces Panchita . . . . »

— « ¿Entonces, qué? »

— « Idé á ved á padino Casimido y le didé: « Padrino, yo soy un mozo ya, y necesito, como usted comprende, formad familia. » ¿Te acoddás lo que dijo Nicanor cuando vino á hablad para casarse con Nicolasa, y nosotros lo vichamos? »

— « Sí (contestó ansiosa la muchacha, que había seguido seria y atenta la aparatosa relación de Alberto), y después que dirás? »

— « ¡Ah! yo necesito formad familia, y como yo y . . . . »

Cortó la frase, miró picarescamente á Pan-

chita, que estaba por dar un grito, y se quedó suspenso un instante.

— «¿Y quién?» (preguntó ella ansiosamente.)

— «¿A que no adivinás?»

— «Es de veras, Alberto?» (dijo la muchacha interpretando la mirada.)

— «¡Cómo no! ¿Vos no me quedés?»

La contestación fué un abrazo, y antes que Alberto se diera cuenta de aquel arranque, Panchita corría en dirección á las casas, hasta desaparecer, dejando perplejo al joven enamorado.

### III

Alberto, ahijado de don Casimiro, se había criado más en el *Monte Cerrado* que en la estancia de sus padres, que estaba en el otro lado de la sierra, cerca del Océano.

Mimado por su padrino y por las muchachas, había crecido con engreimiento, voluntarioso, y en este tiempo parecía un hombre hecho por el desarrollo precoz de su inteligencia.



En las veladas de invierno, ó en cualquiera ocasión que se reunieran las personas de la familia, y cuando llegaban forasteros, era broma obligada la de señalar como novios á Panchita y Alberto. Él se reía y hacía guiñadas, según había aprendido de los peones; pero la muchacha, con gesto despreciativo, rechazaba el noviazgo, fingiendo indignación.

Sin embargo, cuando ambos fueron acercándose á la edad en que se puede querer de veras, Panchita se sentía halagada por el pronóstico de ser esposa de Alberto, y él ya estaba resuelto á decírselo cuando fué á la quinta aquella siesta.

La morocha no se mostró á Alberto ese día, y al siguiente se presentó muy oronda, de vestido largo, entusiasmada con la novedad hasta andar á cada rato dando revoloteos para sentir el golpe del vestido en las piernas.

También desde aquel día no volvió sola á la quinta á coger fruta pintona, ni permitió á Alberto que se mezclara en sus juegos y conversaciones con la confianza y libertad de otro tiempo.

Estaba resuelto que al fin de este verano Alberto volvería á la estancia de sus padres, que lo reclamaban con insistencia.

Panchita veía con tristeza acercarse el día de la partida de su novio y al mismo tiempo lo deseaba con ansias, porque en esa ocasión Alberto debía comunicar á don Casimiro su proyecto de casamiento.

Entretanto el muchacho parecía cambiar de carácter: si antes era egoísta con las dos hermanas, ahora se desvivía por complacerlas, y cada vez que salía al campo volvía con miel de *lechiguana*, con huevos de torcaza, ó de avestruz, claveles del aire, madre-selvas del monte, pichones de calandria, apereás y mil regalos de estas especies, que llenaban de alegría á Panchita y Rosaura y valían á Alberto la admisión en los juegos. Eran los preferidos con pequeños apereás, para los cuales construían cercos y chozas de barro y piedras; vestían á los animales con trajes de muñecas, y cuando alguno moría lo enterraban en la quinta con gran aparato, poniendo sobre la *tumba* una pila de piedras.

El mes de Marzo estaba por terminar

cuando Alberto hizo sus preparativos y se dispuso á partir. Tres días difirió su despedida, y al fin se resolvió. Las muchachas lloraban sin consuelo, y todos en la casa se mostraban tristes.

Alberto, después de ensillar su caballo y el de su padrino, que lo acompañaría, se encerró con éste y doña Ascensión en la sala, para comunicarles su proyecto.

Cuando salió mostraban los tres la satisfacción que les causaba el proyecto, que venía á templar el dolor de la ausencia.

Don Casimiro llamó á Panchita, y fingiendo enojo le dijo:

— « ¿Conque usted se había comprometido con este mequetrefe sin que yo supiera nada? . . . ¡hum! . . . »

Ella soltó el llanto y asustada corrió á refugiarse junto á la madre.

Don Casimiro, llorando también por la emoción, llamó á Alberto y empujándolo hacia Panchita, dijo:

— « Á ver, dense un abrazo, y si Dios quiere, serán felices . . . »

Se renovó la despedida, y ya empezaba á

obscurerse el valle, cuando partieron don Casimiro y Alberto al galope, dejando que la brisa que venía de la sierra secase las últimas lágrimas.

#### IV

Dos años pasaron sin que Alberto volviera al *Monte Cerrado*.

En la casa de sus padres llevaba una vida muy distinta de la fácil y mimada á que lo había acostumbrado el padrino. Tenía dos hermanos mayores, y desde los primeros días los acompañó en los trabajos, recorriendo los rodeos, durmiendo muchas noches en los *puestos*, sin más cama que el recado. Hallaba sorpresas, goces desconocidos, en esta vida dura, y pronto la encontró preferible á la anterior regalona y descansada.

Criado lejos de la familia, no sentía su ausencia, y se consideraba más extraño aún que en el *Monte Cerrado* en la casa paterna.

Muchas noches acostado junto á sus hermanos, en algún rancho de la sierra, pensaba con una persistencia desvelante en su situación respecto de sus padres y de sus hermanos, afligiéndose al advertir que no los quería más que á las otras personas con quienes vivía en relación. Y cuanto más ahondaba y cavilaba con aquella precocidad intelectual que lo había hecho hombre muy temprano, más frío encontraba su corazón. Se esforzaba, cuando estaba al lado de su madre, en mostrarse amoroso, excitándose voluntariamente, pero nada conseguía.

Después que se habituó en su nueva existencia, recordó frecuentemente al *Monte Cerrado* y á Panchita. Sintiéndose decepcionado y triste, evocaba el recuerdo de su novia, y casi siempre lograba disipar las sombras.

De tiempo en tiempo llegaba de pasada á la estancia algún vecino ó tropero y traía noticias del *Monte Cerrado*, y para Alberto muy particulares de la moza. Era casi siempre el mismo mensaje: « Que lo ex-

trañan mucho; que vea si hace pronto una escapada hasta allá; que lo esperan para la *yerra*.»

Y, al acercarse el invierno, cuando por segunda vez había recibido esa invitación para la *yerra*, Alberto se resolvió á ir al *Monte Cerrado*.

Solo, porque ya lo consideraban sus padres bastante mozo para dejarlo sin compañía, volvió por el camino, al través de la sierra, que un año antes había recorrido con su padrino, abrumado con una pesadumbre inexplicable.

Ahora, á medida que se alejaba de la casa de sus padres y se acercaba al *Monte Cerrado*, sentía una alegría nueva. Apuraba constantemente su caballo, y las quince leguas de camino difícil las hizo en menos de cinco horas.

¡Cómo palpitó su corazón al divisar el mirador! Entonces comprendió que si había algún atractivo poderoso en el *Monte Cerrado*, en cambio nada dejaba detrás, en la casa paterna, donde era un verdadero huésped.

Y él, que no había recordado á Panchita más que en sus ratos de desaliento y tristeza, ahora deseaba con ansia mirar sus ojos negros y volver á hacer casitas para los ape-reás, con la morocha que en aquellos juegos se olvidaba de reparos melindrosos para travesear como los chivitos que saltan entre las piedras de la serranía.

Cuando Alberto se apeó cerca de la ramada, al mediar el día, las gentes de la casa se habían reunido para recibirlo, rebosando alegría todos los semblantes.

— « Está hecho un mozo, » (decían).

— « Y el bigote . . . ¡mirá qué bigote! » (decía Rosaura á su hermana, atisbando desde la ventana de su cuarto, donde se emperifollaban con la mayor priesa.)

Todo era asombro y sorpresas para doña Ascensión y don Casimiro.

— « ¡Por Dios! (decía la buena criolla casi llorando) parece que se fué ayer, y ya vuelve un hombre! »

Las miradas de Alberto, mientras era objeto de tantos comentarios y observaciones, buscaban algo.

— « No te apures (le dijo su padrino adivinándolo): están emperejilándose. Ahora no más vienen. »

Apareció la primera, Rosaura, ya con vestido largo, y muy rozagante, y como si se hubiesen visto el día anterior, se acercó á Alberto y le dijo al darle la mano, muy suelta:

— « ¡Adiós buena pieza! »

Panchita tardó algo todavía, entró á la sala encendido el rostro y palpitándole con fuerza el corazón. Se estrecharon las manos con Alberto, saludándose en voz baja, sin entender las palabras que pronunciaron.

Ella se sentó junto á doña Ascensión, y permaneció con los ojos entornados, mirando el suelo. Alberto siguió hablando con don Casimiro, y dirigiendo con disimulo sus miradas á Panchita.

De aquella situación embarazosa los sacó el anuncio de una sirvienta para ir á la mesa.

Y más tarde pudieron contarse los sucesos ocurridos en el intermedio y renovar sus promesas.



## V

Alberto ya era un hombre.

¿Por qué había de esperar más? Don Casimiro arreglaría todo, y el mozo sólo tendría que preocuparse en trabajar al lado de su padrino cuando fuera esposo de Panchita.

La despedida en esta ocasión, después de tres días alegres, en los cuales se renovó en el *Monte Cerrado* la bulliciosa existencia de otro tiempo, fué menos dolorosa y triste: la endulzaba la esperanza de una felicidad, que todo hacía creer asegurada.

Entonces empezaron los preparativos para la boda. Se había decidido celebrarla en el verano.

Doña Ascensión y las muchachas fueron al pueblo á hacer compras, y regresaron cargadas de vestidos y telas.

Con ellas vinieron algunas parientas que vivían en el pueblo y que se habían ofrecido á hacer la ropa de la novia.

La sala fué convertida en costurero en aquellos días. Por encima de los muebles desordenados y en el suelo se veían moldes, piezas de géneros, retazos, carreteles de hilo que los gatos hacían rodar por debajo de las sillas, asustando á las muchachas.

Siendo jóvenes las costureras, es de figurarse que no faltaban charlas y alegrías en aquel sitio.

Llegaron á escarmentar á Panchita con las bromas y á hacerla huir de allí, porque apenas se presentaba, le decía alguna: «Panchita, te parece que guardemos estos retazos para pañales?» ó «¡mira qué bueno este bombasí para mantillas!» y así, en ese tono ó más subido, otras alusiones al matrimonio, que si ruborizaban á la morocha, le proporcionaban también satisfacción y goces apetecibles.

## VI

Mientras en el *Monte Cerrado* se esperaba la fecha del matrimonio como una dicha muy ansiada, Alberto andaba por otros caminos.

Al volver á su casa en esta ocasión, sintió renovado en su alma el dolor de la ausencia, y al mismo tiempo un convencimiento doloroso y mortificante. Él acababa de comprometerse con sus padrinos á casarse con Panchita, y entonces era menor su afección. Aquel convencimiento de frialdad y de falta de amor que había sentido respecto de sus padres, ahora lo sentía también con su novia.

Los días que pasó en el *Monte Cerrado* fueron un sufrimiento continuo que él se esforzó en ocultar y vencer. Toda la ternura y el amor de Panchita, en quien el afecto era mayor cada día, no podría retribuirlo sino fingiendo y tratando de engañarse á sí mismo.

Él esperaba en el tiempo, pero en el camino, al cruzar la sierra, y perdido de vista el mirador desde donde Panchita lo había seguido con el catalejo, se avergonzó de su debilidad y lloró, excitándose, exigiendo á su corazón que sintiera tanto como él deseaba. Llegó á su casa desesperado y más triste y desalentado que antes de volver al *Monte Cerrado*.

Sus hermanos estaban por salir con una tropa para Montevideo. Se ofreció á acompañarlos con la esperanza de distraerse y hallar sosiego para su espíritu.

## VII

La fecha de la boda se acercaba, y Alberto no parecía en el *Monte Cerrado*.

Pasaban los días lentamente, como dejando á disgusto la gentil y graciosa primavera para entrar en el adusto verano, que prometía insolaciones, fatigas y secas.

Panchita empezó á extrañar la conducta

de Alberto, que ni siquiera mandaba noticias de su vuelta del viaje á Montevideo, que ella conocía por un vecino.

Un día, al entrar á la cocina, oyó á las sirvientas mezclar el nombre de Alberto con uno de mujer: « *María la basquita* ». La sorpresa con que suspendieron la conversación acabó de recalcar una dolorosa sospecha.

Desde aquel día, Panchita, bajando del mirador, de donde espiaba con el catalejo el camino de la sierra, se sentía con una tristeza invencible y creciente.

## VIII

Al fin, una tarde llegó á la estancia el padre de Alberto con uno de los hermanos. Un presentimiento doloroso hizo ocultarse á Panchita en la habitación contigua á la sala, donde don Casimiro y su esposa entraron con el recién llegado.

Después de muchos rodeos él llegó á decir:

— Compadre, vengo á su casa triste y avergonzado. Usted sabe que yo compartía su alegría por el casamiento de Panchita con Alberto. . . . . pero estábamos engañados.

— ¿Qué quiere decir, compadre?

— Yo no sé lo que pasa por ese muchacho: á nosotros nos mira como á extraños, no quiere vivir en las casas, anda como matrero prefiriendo la sierra y los montes. . . Después de ir á Montevideo con una tropa, volvió algo cambiado, más cariñoso, más alegre que antes, y nosotros no comprendíamos la causa, más que por algunas indirectas de los peones, que habían ido con él á la ciudad. Hace cuatro días, se despidió de nosotros diciendo que venía aquí á ultimar con ustedes los preparativos del casamiento. . . . .

— ¿Qué venía aquí? (preguntó sorprendido don Casimiro interrumpiendo.)

— Sí (respondió con tono más triste su compadre). Era una mentira, ¡ayer supimos la verdad: se ha ido con María la hija del basco Etchebarne!. . . .

Un grito que salió de la habitación donde estaba Panchita escuchando, hizo ponerse en pie sorprendidas á las tres personas, que no podían contener los sollozos.

Corrieron hacia la habitación contigua, y encontraron á Panchita en el suelo, desmayada.

Costó mucho sacarla de aquel estado; cuando abrió los ojos los clavó obstinadamente en el techo y empezó á delirar, presa de una fiebre intensísima.

Después de esta crisis, en la cual permaneció extenuada, balbuceando palabras incomprensibles, cayó en un estado de sobrecitación terrible, gritaba palabras que nunca habían pronunciado sus labios puros, y fué necesario mantener perenne vigilancia junto al lecho para evitar que se saliera de él como lo intentaba, ó que se desgarrara el rostro, en los accesos de furor.

Pasó tres días así, y al cabo de ellos sus padres decidieron llevarla al pueblo, vista la ineficacia de los remedios de dos curanderos del pago, que habían acudido en el primer momento.

La víspera del día señalado para la partida, se notó alguna mejoría en Panchita; durmió sosegada algunas horas, y sus padres se acostaron esa noche, tranquilizados por un refuerzo de fe.

## IX

Al amanecer, la brisa pasó por entre los árboles del *Monte Cerrado*, anunciando al soberano sol, y lasavecillas que dormían en las ramas, despertaron para saludarle, como cumplidores cortesanos.

Los primeros cantos de los pájaros llegaron hasta la habitación de Panchita. Ella despertó sorprendida; escuchó, como si se sintiera llamada de lejos. Saltó con un estremecimiento de frío fuera del lecho, se envolvió en una sábana; despacio se acercó á la puerta que estaba entornada solamente, y salió al patio.

La luna, que en esta madrugada quería saludar al sol, coqueta, con su cortejo de estrellas que se eclipsaban para que más se



luciera la reina, derramaba su luz sobre la cima de los cerros.

El valle recorrido por la brisa fresca que despertaba á todos los seres, aparecía alumbrado por aquel suave resplandor.

Panchita sonreía, miraba el suelo, y escuchaba, deteniéndose algunos momentos; salió del patio y del recinto del *Monte Cerrado*; los pájaros volaban asustados de aquel fantasma blanco, los teruteros se alzaban de los nidos gritando, y hasta un rodeo huyó despavorido.

«Voy, voy, mi queridito, esperame,» (decía la morocha dirigiéndose á un ser invisible, y seguía caminando hacia el fondo del valle, sin sentir las punzadas de la roseta, ni de los yuyos bravos en los pies descalzos.)

«No te apures, queridito, que me canso, esperame.»

Y seguía, acariciado su rostro por el vientecillo, cada vez con más prisa, acercándose al monte, donde la luna quebraba su luz escudriñando el follaje.

«Sí, mi hijito, ya voy; pero ¿por qué no me esperas?»

Diciendo estas palabras, la boca de Panchita se plegaba en graciosa mueca, como en los días felices, cuando corriendo con Alberto, en busca de nidos ó de frutas, él se adelantaba, y ella quería detenerlo con fingido llanto de nena.

Ya pisaba la arena de las márgenes de la laguna, y como si tuviera muy cerca á su queridito, le dijo quedo:

« No, no te bañés delante de mí, no seas así, Alberto. . . . Bueno, yo también me lavaré la cara, porque tengo calor. »

Se acercó hasta el borde de las aguas tranquilas, de las que hacía bruñido espejo, con su luz, la pálida luna.

Siempre sonriendo, se paró sobre el tronco de un coronilla cortado, y se inclinó sobre las aguas.

Entonces, al ver reflejada su cara desfigurada por la enfermedad, no se conoció, dió un grito tremendo, y rabiosa, como en un acceso de furor, dijo:

« ¡ Ah, no es él, no es mi queridito! Sos vos relajada, ladrona. . . . vos. No te me escaparás. »

---

Y extendiendo los brazos temblorosos, con las manos crispadas para estrangular á la odiada criatura que creía ver, cayó en la laguna profunda y fué á encontrar la realidad de la muerte en el fondo de las aguas, donde duermen las piedrecillas que ruedan de las barrancas, y donde nacen los habitantes de las aguas misteriosas.

1892.

---



## La flor del pago

*¡ A don Juan A. Barriga.*

« Bien haiga Dios que ha criado tanta lindura. » — « Cierren los ojos que sale el sol! » — « Ay quién juera pingo pa llevar encima esta carga! » — « Miráme y no me dejes sin verte, principesa de mi alma! » — « Atajen por su vida que nos acaba! . . . . »

Así fué saludada la hermosa Carmencita, flor del pago del Yermal, aquella noche de baile en la estancia del Romerillo, cuando entró, arrogante y perdonando vidas, erguida su airosa cabeza adornada de aljabas y

claveles, y haciendo crujir la almidonada pollera.

Para que el entusiasmo se desbordara con tales expresiones había de ser extraordinaria y asombrosa la hermosura de Carmencita. Y lo era ¡por mi sangre! Más linda que una madrugada de verano, y más deseable que los ñangapiré pintones, que son el antojo de las mujeres en procintos de madres.

Era su cara un mundo: el color de totora seca; los ojos de mirada encantadora, estrellas robadas al cielo; la boca, tentación y promesa, de labios que sangraban y apenas permitían asomarse en la risa, á los dientes, blancos como la flor del arazá.

El cabello negro y relumbrante, alcanzaba trenzado á ceñir su cintura; y del cuello, que un rojo pañuelo de espumilla hacía más trigueño, seguían líneas y escorzos de estatuas nunca esculpidas, á ocultarse bajo el vestido de pliegues duros y crujientes, hasta rematar en un pie que no cubriría una hoja de canelón si la pisara, y ni polvo levantaba del suelo cuando en una cadena de pericón, se cimbreaba el cuerpo, como el junquillo de los albardones.

Era la hija mayor de don Emeterio Rojas, antiguo jefe, venido á menos por desquites de la suerte y por las carreras, que eran su preocupación y desasosiego.

Desde que la muchacha pisó en un baile, frizando en los quince años, no hubo ojos sino para embeberse mirándola, lenguas para alabar su hermosura y manos que quisieran dedicarse á sostenerla en el aire, para que no tocara el suelo, indigno de ser pisado por ella.

¿Quién la llamó la *flor del pago*?

Ninguno antes que los otros, porque en la mente de todos nació á un tiempo la alabanza, que las lenguas no se cansarían de repetir . . . .

Cuando de amoríos y casamientos se hablaba en aquellos pagos de Minas, era el principal sujeto la morocha Carmencita, de quien se sabía cuántos homenajes recibía, quiénes «la roncebaban», y si ella los miraba, ó no les hacía caso; y si se casaría con el estanciero don Pedro, ó con el joven almacenero Antonio; ó si andaba en amores por carteo y de lejos á lejos con un doctor del pueblo . . . .

Más de un mozo, que se gloriaba de haber bailado con ella cuatro polcas seguiditas, en un baile de óleos, fué creído en camino de conquista; pero al reunirse la noche aquella en la estancia del Romerillo, estaban todos en ayunas del noviazgo de Carmencita, la flor del pago del Yermal, la linda entre las lindas, por quien suspiraban chicos y grandes, buenos mozos y viejos jacas.

---

Allí, en la estancia del Romerillo se habían juntado para festejar el cumpleaños de su dueño, los principales vecinos del pago, y un concurso de muchachas que no había más que pedir.

Y fué necesario que entrara Carmencita Rojasles, para que se olvidara y rebajase á morochas de mi flor, que allí se veían, con sus polleras bien almidonadas, muchas flores en el pecho, más en las negras cabelleras, y sonrisas en las lindas boquitas entreabiertas.



Hacía buen rato que se bailaba, cuando con su padre y otra muchacha que se iba pasando de tal estado, entró la flor del pago en la sala, agradeciendo los elogios con cierta mueca risueña que plegaba el labio superior, y contestando á las miradas de mal disimulado celo de las otras mozas, con un ojear de soslayo, picaresco y orgulloso, como de tan alta y disputada persona.

Apretones de manos por aquí, rumorosos besos por allá; y Carmencita, triunfante, fué á ocupar un asiento para quedar como reina del concurso, juntos sus menudos pies, provocadora la actitud y el mirar convidando á rendirse.

Suspensos estaban los guitarreros; el polvo que flotaba en la sala levantado por el baile desapareció, rociado el piso, y á una señal del cantor, negro dicharachero y burlón, se apuntó un rasgueo de vals. Y, á bailar!

Mientras algunos mozos indecisos discutían y titubeaban por acercarse á la morocha Carmencita, un joven, en quien pocos habían reparado, de traje pueblera, de ademán resuelto y apostura elegante, se llegó á

la muchacha, y ante el asombro de todos los mozos, pasó en las vertiginosas vueltas del baile, estrechando el gentil talle de la flor del pago.

Se corrió una voz por la mozada sorprendida: — Es un pariente de don Emeterio, que ha venido á pasar unos días en la estancia y no tiene amores con la morocha.

Volvió la calma á los inquietos pechos, y todos quedaron aliviados. Y más, cuando en la pieza siguiente el pueblero cedió su pareja á un mozo del pago, á Cucho, que no se había mezclado en los corrillos y comentarios de los otros.

Siguió el baile tan animado, como lo es entre gente de buena ley y mucha sangre. Carmencita bailando con el galán que le saliera, no mostraba, como de costumbre, predilección por alguno, aunque no faltara quien se envaneciese ante sus compañeros por cualquiera migaja de favor que había creído recibir.

De rato en rato, una copla del guitarrero, viva y de acento burlón, interrumpía el baile, para que siguiera con más impulso, acom-

pañado de risas y murmullos que excitaran los versos.

No había quedado muchacha sin su correspondiente cuarteta, en la que el guitarrero, á pedido del novio ó pretendiente, la llamaba: « Dulce consuelo y encanto. » — « Ingrata y linda en un copo. » — « Vida alegre y hermosura. » — « Corazón de piedra dura. » Y así por el mismo estilo, con más ó menos pasión, ó ajustadas á los deseos y sentimientos de los que las pedían al cantor.

Éste, ó sabía algo que ignoraba la mayoría de los presentes, ó se lo habían soplado con intento de descubrir un misterio, porque al salir Carmencita con Cucho, en una polca de acentuado requiebro, largó el negro cantor estas coplas que llenaron la sala y suspendieron todos los ánimos en el pronto:

La torcaz más altanera  
 Tuvo al fin su cazador:  
 ¿Cómo negarse al amor  
 De las *flores*, la primera?

He visto bajar bandera  
Y ya pasan apareados  
Dos, que sin ser hostigados,  
Han de hacer buena carrera.

« Güé; callate bezudo, no la embarres, »  
gritó uno de los bailarines al guitarrero,  
mientras las carcajadas corrían por todos los  
rincones y flotaban murmullos entre las pa-  
rejas del baile.

Y, el negro, sin escarcear por aquel co-  
mentario, siguió tocando la polca, desfacha-  
tado, haciendo guiñadas cada vez que pasa-  
ban por su lado Carmencita y Cucho, cim-  
brándose al compás de la música traviesa.

Volvió á cantar:

Por Dios, señores, les pido  
Que me dejen resollar;  
Vean que no puedo cantar  
Y ya estoy medio entumido.

Paró el baile, á tiempo, porque el negro  
dejó de tocar; y apretándose los dedos, cuyas  
falanges sonaban, dijo abriendo su boca des-  
comunal:

« Ya tenía embaraos á los güéspedes, caramba . . . . »

Pasearon por la sala las parejas. Algunos tomaban mate y conversaban; otros miraban el techo como buscando allí temas para hablar á sus compañeras.

Carmen y Cucho se habían separado. Ella, sentada entre la señora de la casa y el pueblerito, no parecía tener oídos y ojos más que para ver y oír á sus dos interlocutores. El mozo, sentado cerca del negro cantor, oía relatar una historieta de las que se dicen en la oreja.

Al rato, regada de nuevo la sala para aplacar el polvo, un rasgueo y un golpe en la boca de la guitarra, anunció la continuación del baile.

Se formaron nuevas parejas, y las que estaban en punto tomaron la posición. Dos mozos se acercaron sucesivamente á invitar á Carmencita, pero ella no accedió, porque . . . . estaba cansada . . . .

Corrió por la sala la noticia. ¡ Cansarse Carmencita, la mejor bailarina del pago, que en trillas y yerras había bailado tres noches se-

guidas, sin un resuello! No podía ser. Había algo escondido. Pero, ¿cómo averiguarlo?

Se bailó hasta el día claro. Y á las 9 de la mañana, cuando se había templado el fresco que la brisa traía del valle, empezaron á despedirse los huéspedes:

Cucho, sin que lo advirtieran los otros mozos, había traído del potrero los caballos del viejo Rojas y sus acompañantes, y los había ensillado.

Después fué á la sala y avisó á don Eme-terio.

En pocos momentos los huéspedes se despidieron.

Salió Carmencita con su andar majestuoso, terminando de arreglarse en la cabeza la mantilla negra que sombreaba su rostro, más hermo-seado por tenue palidez y ojeras que parecían sombra de las largas pestañas.

Hasta siete mozos se ofrecieron á don Eme-terio para acompañarlo y no fueron desairados.

Cuando la *flor del pago* se acercó á su caballo, — moro viejo, que estiró el pescuezo en prueba de sumisión á su dueña, — Cucho,

con un hábil movimiento, se puso al lado de la morocha, hincó una rodilla en tierra, y uniendo las dos manos con los dedos entrecruzados, las puso sobre la rodilla alzada, y esperó.

Carmencita, cogiendo las riendas, apoyó el pie izquierdo entre las manos cruzadas del mozo, que, con rápido movimiento, la sentó en la montura y le puso en el estribo el pie, cuidando de envolverlo en la pollera, cuyos pliegues arregló prolijamente.

Todo esto había causado un efecto notable en los otros mozos, que miraban á Cucho, á Carmencita y á Rojas, como preguntándose qué significaba aquella preeminencia.

Cuando todos estuvieron á caballo y la comitiva se puso en marcha, camino de la sierra, los pingos sufrieron los espolazos y rebencazos, con que desahogaban los mozos el despecho que la acción de Cucho les causara.

Él, risueño y tranquilo como siempre, se había puesto de compañero de la moza-vieja, dejando que el pueblero y Rojas escoltaran á Carmencita.

Los demás jinetes cerraban en grupo la comitiva.

Así se anduvieron las tres leguas que distaba de la estancia de la Coronilla la casa de don Emeterio.

Cuando llegaron á ésta, uno de los mozos del grupo se adelantó á abrir una tranquera que cerraba la entrada del antepatio cercado, y después se acercó muy oficioso á ofrecer la mano á Carmencita, para apearla; pero ella saltó ligera y suelta de cuerpo, sin dar tiempo á la galantería.

El viejo Rojas invitó á los mozos á entrar, pero sólo Cucho aceptó, y cuando después de dar la mano á los que quedaban, iban á alejarse los otros, el viejo les dijo con voz fuerte:

« Mil gracias por la compañía, muchachos, y quedan convidados pal casamiento de mi hija Carmen con este buen mozo (y señaló á Cucho), el día de San Pedro. . . . »

La flor del pago, teñido el rostro por el rubor, bajó los ojos sonriendo, así como el novio declarado.



---

Los mozos acompañantes azotan y espollean todavía á sus fletes por las cuchillas, para alejarse de la casa de Rojas. . . .

1892.

---



## En tiempo de guerra

Era una viejita simpática. Conservaba cierta belleza característica y fuego de la juventud en los ojos. Aún no olvidaba el aliño presuntuoso del vestir, y en los días de fiesta adornaba con flores su cabeza encanecida.

Ramona se llamaba: *ña Ramonita* le decían los paisanos del pago, y cuando yo la conocí, ya no podía contar por los dedos su descendencia.

Frecuentes visitas á la estancia, hicieron que me mirase como á conocido- de confianza, y que me tuteara como á sus niétos,

llegando á hablarme con intimidad para contentar mi curiosidad.

Por la afición á cuentos del pasado que suele hacerme parecer impertinente en lo preguntón, llegué á hacer recordar á mi viejita un episodio de su juventud.

Hablábamos de la guerra, y ña Ramona mostró en los ojos una animación interior más intensa que en ocasiones semejantes, y sin que yo tuviera que rogarla, recordó el tiempo lejano.

— « Ay mi hijito, dijo, si hubieras conocido á tu tierra en el año 45, sabrías lo que es la vida de campaña!

« Cuando empezó la guerra grande, yo vivía con mi madre en la casa que hoy tiene Gervasio en el puesto del Valle; tata había formado su escuadroncito y con él estaba en el ejército de Rivera.

« Las partidas volantes de los dos bandos recorrían toda la campaña y eran un continuo sobresalto para las familias que, al sentir un galope cerca de las casas, no sabían si serían amigos que llegaban á pedir hospedaje, ó enemigos que cuando menos se

contentaban con asustar á las pobres mujeres . . . .

« En casa éramos dos hermanas: yo y mi pobrecita Remigia, que tenía dos años menos; y te podrás figurar, siendo dos muchachas de 18 á 20 años y de lindos ojos (aquí la narradora bajó los suyos sonriendo), cómo andarían los gavilanes . . . .

« Yo tenía de novio á un pobre muchacho Jeremías, que no volvió á su pago después de la guerra . . . . y mi hermana andaba por enamorarse, pero saliéndose ya de la cáscara.

« Un negro, viejo esclavo de la familia, era el único hombre que había en la casa.

« En aquellos tristes días no podíamos salir del patio, y el moreno cariñoso nos traía para diversión pichones de cachirlas ó ape-reás, que pagaban cara nuestra ociosidad y travesura.

« De noche, apenas oscurecía, nos encerrábamos todos en la casa, atrancando las puertas y arrimando á ellas cuanto mueble había en la casa.

« Nuestra madre, que pasaba meses ente-

ros sin recibir noticias de su marido, se enflaquecía día por día y sus ojos denunciaban el llanto que quería disimular para no afligirnos.

« En esas noches, después de rezar el rosario y encomendarnos á la Virgen muchas veces, pasábamos bastante tiempo despiertas, alarmadas por los ladridos de los perros, temiendo que apareciera de pronto alguna partida. Y en ocasiones, en el silencio de los campos, sentíamos tiros, carreras, gritos, que nos quitaban el sueño por toda la noche, dejándonos desveladas por el miedo y sobresalto.

« Y gracias á que la casa estaba en lugar frecuentado por partidas de los nuestros, no teníamos que sufrir mayores sustos.

« En medio de aquellas angustias y tristezas era alivio y alegría para nosotras, muchachas en quienes el dolor no señala mucho la huella, la llegada de partidas amigas á la estancia.

« Cuando veíamos asomar en lo alto de la cuchilla banderolas coloradas, palpitaba libremente el corazón y olvidábamos por un

rato el abandono y las penurias en que vivíamos.

« ¡Con cuánta alegría recibíamos á aquellos amigos que solían traernos noticias de nuestros parientes y conocidos, á la vez que de hechos de armas favorables á la causa de los buenos criollos!

« La casa se animaba entonces; se carneaba bueno; los soldados obsequiosos pisaban maíz y teníamos sabroso locro; rivalizábamos todas en obsequiar á los huéspedes, y de noche no era raro que se bailara un rato, aunque no con el gusto de mama, que nos cuidaba más que á oro en polvo.

« Después quedaba muy triste la estancia, cuando la partida se iba, y volvían los días penosos, las noches de sobresalto y todas las angustias que eran siempre más que las alegrías.

« Si divisábamos una partida de blancos, era opresión de corazón la que sentíamos y el susto nos duraba mucho tiempo.

« ¡Cuántas veces tuvimos que pasar yo y mi hermana Remigia, escondidas en una troja, en la cocina, oyendo á los soldados

que estaban en el fogón y mirándolos por las rendijas!

« Pero te aseguro, mi hijito, que en muchas ocasiones al verles las caras á los enemigos, casi nos animábamos á dejarnos ver. Solían caer algunos mozos . . . de mi flor! . . .

« En aquella troja corríamos menos peligro que en cualquier otro lugar. Cuando eran desalmados los de la partida, no dejaban lugar en la casa sin registrar, y mama les decía que nos tenía en el pueblo. ¿Cómo iban á sospechar que estábamos allí al lado de ellos, en la misma cocina, sintiéndolos, oyendo sus conversaciones y hasta viéndoles las caras?

« El instinto amoroso de nuestra madre, acertaba al ocultarnos en aquel sitio.

« Pasamos mucho tiempo así. No te diré si meses ó años. Pero es lo cierto que mama tenía ya la cabeza blanqueando, y su cara no mostraba una gota de sangre, mientras que empezaba á arrugarse como las frutas secas. Sus pasos no eran seguros, y los ojos secos, sin lágrimas, iban perdiendo este brillo que es como señal de nuestra familia.



« Al fin cayó enferma, y nosotras nos desesperábamos porque no sabíamos cómo atenderla. Mejoró gracias á los cuidados afectuosos, pero quedó tan débil que no podía salir de su cuarto.

« Fué en el tiempo de su convalecencia cuando nos sucedió lo que quería contarte, un hecho que ha quedado tan presente en mi memoria como el día de mi casamiento.

« Andábamos con Remigia en el patio, y mama, asomada á la ventana, miraba para la cuchilla, con la esperanza de ver llegar á nuestro padre, que presentíamos no había de volver . . . .

« Un grito de ella nos sorprendió; el negro había llegado corriendo á avisarle que se acercaba una partida enemiga del lado del monte; y era la del pardo Nepomuceno, un desorejado más temido que el demonio en aquellos pagos.

« Mama volvió á gritarnos con la voz insegura por el miedo:

— « ¡Muchachas, por Dios, escóndanse en la quinta, que viene Nepomuceno! »

« Te aseguro, mi hijito, que este nombre

nos causó más miedo que el *curo* cuando gateábamos.

« ¡Ya sabíamos nosotras qué cumplimientos hacía á las mozas el pardo!

« En un decir « Jesús » estuvimos en la quinta, corriendo por entre la arboleda que llegaba hasta una laguna.

« Remigia trepó á un ombú como un gato, y yo, cada vez más asustada, seguí corriendo hasta meterme en la laguna con el agua al pescuezo, entre los camalotes que me escondían.

« El pardo y su gente nos habían visto sin duda, y nos buscaron á pleito por la quinta y por cuanto recoveco había en la casa.

« Por suerte, cansados de buscar y quizás porque temían la llegada de alguna partida contraria, se fueron pronto.

« Cuando el negro llegó á buscarnos llamándonos con su voz aniñada, que todavía recuerdo, no me animaba á contestarle: « Niña, niña Ramona, » decía el negro, mirando á la copa de los árboles, y escudriñándolos con sus ojos fatigados. Y luego, sospechando

---

que estuviera en la laguna, se llegó, y viendo mi cabeza entre dos camalotes florecidos, dijo asombrado:

— « ¡Niña, pol la Vilgen! Salga plonto que se va á molil de flío . . . . Ya se fuelon los indinos . . . . Salga no más . . . »

« Aquella aventura me valió una fiebre que los remedios caseros y los mimos de mama hicieron pasar pronto.

« En cambio, sabés mi hijito, lo que me contó Remigia después: que había estado con ganas de dejarse descubrir, porque en la partida de Nepomuceno había un mozo que tenía los ojos como yesquero para encender corazones . . . .

« No es extraño que la descastada se casase después con un blanquillo . . . . Pobre-cita mi Remigia . . . . ! »



## Primer amor

Para probar el amor  
Ha de haber tierra por medio,  
Que muchos cuando se van :  
« Si te he visto, no me acuerdo. »

### I

Se encontraron una tarde en la bajada del arroyo, y aquel encuentro hizo nacer ese primer sentimiento que sorprende á la mente y despierta en las almas ansias incomprendibles.

Era ella una chicuela de 11 años; se llamaba Rosa; hija de un puestero de la estancia; criada fuerte y robusta para las faenas

caseras, como los saúcos que crecen con lozanía dentro de cercado, gracias á la fertilidad de la tierra. Mostraba en los ojillos negros, inquietos, la curiosidad precursora de la malicia; en la boquita, mueca de nena mimada, y los dientes, siempre asomados entre los labios, tenían aún el recuerdo del seno maternal. Vestía en esta ocasión una pollerita corta, que ella se esforzaba en alargar para cubrir los pies mal calzados en unos zuecos arañados por los espinillares, y un pañuelo ordinario cubríale la cabeza con imprevista elegancia.

Montada en una yegua petiza, subía del lavadero, con un montón de ropas atravesado sobre el cuello de su cabalgadura; y las manos amoratadas tenían la prueba de la guapeza con que había azotado las aguas, que ya estaban muy frías en aquellas tardes de Mayo.

Él, Pablito, hijo de los dueños de la estancia, era un muchacho delgado y airoso de cuerpo; apenas cumplidos los doce años; tenía ropas buenas pero maltratadas, y botines descosidos que traslucían por varios agujeros las medias.

Bajaba al paso, probándose como jinete en un medio redómón avisgado, que tenía al muchacho cuidadoso y sobre sí, á cada escarceo.

Cuando vió á Rosa, ella ya se había estirado el vestido y ocultado los pies, avergonzada. Pablito la miró, y llevándose la mano al sombrero, saludó, serio como un hombre, diciendo: « Muy buenas tardes. » Rosa ruborizada contestó á flor de boca el saludo y tironeó las riendas á la petiza. Ella conocía al patroncito como todos los de la estancia, pero nunca lo había visto de cerca.

En esto, la petiza que era lerda y tropezadora, al sentirse tironeada de la rienda, intentó trotar, pisó en un agujero, y Rosa que iba descuidada por la turbación del encuentro, cayó de espaldas para el lado hondo de la bajada.

Pablo, indeciso en el primer momento, se apeó después ligero y corrió á levantar á Rosa, que al caer con el montón de ropa lavada, apenas había sentido el golpe.

Ya estaba en pie la chicuela cuando llegó Pablo á su lado; y ella, recogiendo las ropas,

colorada hasta parecer su cara enardecida por la resolana del estío, ni aun acertó á dar las gracias al muchacho: se quedó junto á la petiza, que no había dado un paso, y sin atreverse á montar delante del patroncito, cuya cara risueña y de expresión picaresca la avergonzaba.

Al fin habló:

— « No fué nada; pero esta lerda del diablo siempre trompezando. . . . Y aura, pa montarla. . . . »

Pablo ya había recibido de los peones bastantes lecciones de galantería, para no dudar en ofrecerse á la muchacha.

— « Si querés que te suba? (le dijo.) No pesás mucho? »

Ella se puso más colorada y no respondió.

— « Bueno (prosiguió Pablo), agarrá la clin (la chicuela obedeció), y upa! » (Antes que Rosita lo sintiera, estaba sentada en el lomo de la petiza, y si Pablo no la sujeta por la cintura, se repite la caída, porque el muchacho había hecho un esfuerzo de hombre.)

En este momento, Pablo miró cara á cara á Rosita, y los dos al mismo tiempo soltaron



una carcajada. Pero, en seguida, la chicuela se recobró y con un rápido movimiento estiró la pollerita, que le había quedado muy subida, y taloneó á la yegua, diciendo :

— « Uy patroncito, ya se van los silgueros al monte, y me van á retar en casa. »

El trote remolón de la petiza, aún la dejó ver á Pablo unos momentos. Antes de montar en su caballo, miró para la cuchilla por donde culebreaba la senda que seguía Rosa, y vió á la chicuela volverse, con el pañuelo caído sobre la espalda y el cabello suelto. Al muchacho le pareció que se reía . . . .

Aquella noche, Rosita, en su cama que sólo separaba una cortina de la de sus padres, soñó que bajaba al « paso » del arroyo, en las ancas del caballo de Pablo y sujetándose á la cintura del patroncito.

El cual, á su vez, soñó, con ambición á la que se juntaban reminiscencias de cuentos fantásticos, que subía al cielo en un carro de nubes, tirado por palomas, y abrazado á Rosita, que resplandecía adornada con sedas, diamantes, perlas y toda suerte de piedras preciosas.

Después, los muchachos se encontraron todas las tardes, como sin quererlo, en aquel paso tan pintoresco del arroyo que á un lado tenía la linfa pura dejando ver el lecho pedregoso, y del otro, enturbiada el agua por el jabón y el suero desprendido de los coladores, en la ensenadita que servía de lavadero.

Pablo llegaba en su caballo favorito, y al crujido de las arenas del paso, Rosa, que en cuclillas sobre una piedra, debajo de un viejo y abrumado sauce, y ceñida á su cuerpo la pollera, lavaba los transparentes coladores del queso, se volvía, con la cara enrojecida, con los ojitos brillantes sonriendo con gracia natural, y miraba á Pablo intensamente, sin cambiar de postura y ocultando sus pies descalzos bajo la pollera.

Se hablaban así; pocas palabras, cosas de chicuelos, en los primeros días, y luego se despedían sonriendo : ella marchándose en

su petiza hacia el puesto, el muchacho galopando en dirección de las casas, antes que los jilgueros volasen para el monte, huyendo de las sombras que bajaban á los campos.

Con el transcurso de los días y de las semanas llegaron á hablar con más seriedad, como personas mayores, á preguntarse sucesos y ocurrencias de la estancia, pero ni él se apeaba del caballo, ni ella dejaba la piedra del lavadero, durante las charlas.

Un día, Pablo, rebosando alegría, llegó al paso, y en cuanto avistó á la chicuela le gritó:

— « Rosa, aquí te traigo un regalo. A qué no adivinás? . . . »

En vano lo intentó ella, nombrando aves, flores y nidos, que son los obsequios de los amantes platónicos de la campaña.

Cuando se dió por vencida, Pablo sacó de entre la camisa un muñeco, un pobre Polichinela, jorobado y narigudo, que apenas conservaba un resto de su traje con cascabeles.

Rosa, con la alegría, olvidó que estaba descalza y saltó de piedra en piedra, hasta llegar al lado del caballo de Pablo. Él le entregó

triunfante su regalo. . . . Lo había encontrado en el fondo de un baúl y era uno de los juguetes que le había mandado su padrino, de la ciudad.

Rosa sacudió y estrujó con caricias al muñeco. Mas le entró en seguida una preocupación: ¿cómo iba á llevar á su casa el regalo, cuando ella tenía miedo de que supieran que hablaba con el patroncito? Aunque era chica, ya le había enseñado su madre que á las muchachas no les conviene estar solas con los hombres.

Decidieron entrambos guardar el Polichinela entre las ramas tupidas de un matajo, y sacarlo para divertirse, solamente en aquel sitio, que habían consagrado á sus entrevistas inocentes.

Porque ni más que frases inocentes se decían, ni un pensamiento que pasara de ingenuidad y sencillez infantiles, turbó aquellos coloquios idílicos.

Y sin embargo, Pablo y Rosa sentían que algo poderoso los unía, y cuando pasaba un día sin que se vieran, sentían desasosiego é inquietud y hasta lloraban á escondidas.

Dos años pasaron de esta suerte: igual vida, iguales entrevistas, y conversaciones poco distintas. Pero Rosa no tenía ya que estirar la pollera para cubrirse los pies, y más, se ceñía el busto con un rebozo; y Pablo cuidaba de no llevar los botines descosidos, ni las ropas desgarradas.

### III

Había llegado la primavera á reverdecer los campos, á derramar aromas en el aire y alegrar los cantores pajarillos del monte.

Rosa bajó una tarde al arroyo con un atado grande de ropa. El trabajo había aumentado con el tiempo.

Este día la muchacha sentía una tristeza que hasta entonces no conociera.

Llegó Pablo al paso. Ya no era el muchacho delgado, había crecido mucho, y en el labio superior tenía una leve sombra.

— « Rosa! » — gritó, al divisar á la muchacha, con un acento que tampoco era el tranquilo y natural de otro tiempo.

Ella fué sonriente hacia él, que se apeó y la alcanzó teniendo el caballo de la rienda.

— «Sabés Rosa que te traigo una mala noticia? . . . »

Ella se puso pálida y lo miró con inquietud.

— «Me llevan al pueblo, Rosa (dijo él no ocultando su alegría). Mi padrino le dijo á tata que me quiere poner en un colegio, y mañana nos vamos. . . . Pero no llores. . . . Por qué?»

La muchacha sollozaba y sus lindos ojos vertían muchas lágrimas.

Pablo se acercó más á ella.

— «Pero no seas así, muchacha (era una expresión nueva en él), no seas así. Si voy á volver pronto. . . . De aquí un año me traen á pasar el verano en la estancia. . . . Vamos, no llores, mi. . . . »

No se atrevió á pronunciar una palabra que ya se le salía de la boca.

— «No vas á volver. . . . no. . . . te vas á olvidar, » (dijo al fin Rosa, sin que cesaran sus sollozos).

Pablo, algo impacientado, la interrumpió:

— « Te digo que no; vendré en el otro verano. »

Pasó una bandada de pajarillos chispeando.

— « Bueno, Rosa, no te aflijas; mirá, se va haciendo tarde y me esperan en casa . . . . Pero, no te aflijas, mi . . . hijita. »

Dijo la palabra en el oído de Rosa; y casi sin darse cuenta, los dos se abrazaron y sus bocas se juntaron.

— « No te olvides de mí, Pablo, » (le dijo ella con la voz temblona y sintiendo aquel cambio de afecto ardoroso que había abrazado las almas de los muchachos por primera vez.)

— « Cómo me he de olvidar, mi prenda! .... Adiós! . . . . »

— « Adiós, queridito, adiós! No te olvides! »

Y aun después que Pablo desapareció, sin volverse para repetir la despedida de lejos, ella se quedó con los ojos llorosos, devorando aquel rastro fugitivo en la dirección de las casas.

## IV

Pasó un año, y llegó el verano. Secáronse los pastizales de las cuchillas; los arroyos y cañadas adelgazaron su corriente; vagaron por el aire los insectos rumorosos que viven en la atmósfera enrarecida, bajo el ardor del sol, que madura las mieses y engendra las larvas en los rastrojos y en el légamo de las lagunas.

Rosa, consumida por la impaciencia, miraba todas las tardes hacia el Oeste, esperando que asomara su consuelo. En esa dirección había salido Pablo con su padrino el año anterior. Ella los vió en la madrugada desaparecer al galope detrás de la cuchilla.

Por este camino llegó una tarde Pablo, con tres mozos de su edad, vestidos todos con elegancia presuntuosa de puebleros.

En vano Rosa se mostró subida sobre los terrones de una tapera, al lado de su rancho. Pablo, que pasó á cortísima distancia, no miró de soslayo siquiera. . . . Y la pobre



muchacha se acostó esa noche con su corazón oprimido por la angustia, con mil sollozos agolpados en la garganta y raudales de lágrimas asomadas en los ojos, que no pudieron cerrarse un minuto.

Bajó al arroyo el día siguiente, acariciando una esperanza insegura. . . . Y volvió á la casa muy tarde, sin que su amor hubiera llegado como antes al paso.

Otro día, volviendo del lavadero, se cruzó con Pablo y sus alegres compañeros. Él esquivó su mirada y acompañó á los otros muchachos en las bromas que hicieron por la yegua petiza, que ya no trotaba, por más que Rosa la hostigara.

Ella esperó aún. En cuclillas sobre la piedra del lavadero, interrumpía á cada instante el trabajo, creyendo que crujía la arena del paso bajo las pisadas del caballo del patroncito.

En esos días sacaba del mataojo al pobre Polichinela casi desnudo, y soñaba que Pablo vendría á jugar con el muñeco y á besarla á ella, con aquel ardiente beso de la última entrevista. . . . Pero los jilgueros

y los tordos volaban en bandadas para el monte, y Rosa tenía que regresar á la casa sin ver realizada su esperanza.

Una madrugada sintió tropel de caballos cerca de la casa. Se asomó vehemente, movida por un presentimiento, y vió á Pablo que, con sus compañeros del pueblo, galopaba hacia el oeste, hasta perderse detrás de la cuchilla.

1992.

---

## La muerte

*Á mi buen amigo don Juan M. O'Neill.)*

### I

¡Qué triste es el invierno en el campo!

Corren por las cuchillas las partidas sueltas del viento, llevando rigores de escarcha á los confines solitarios de la llanura, en donde están los ranchos tristes; buscando en las asperezas de la sierra á los ganados que se reparan en estos abrigos, y llegando hasta los montes de follaje vivaz, para asaltar á las avecillas ateridas.

Las hojas de los árboles han volado como bandadas de pájaros desparramándose por los surcos; dejando desnudos á los pobres ombúes que sienten en la esponjosa corteza el primer frío precursor de la muerte, á los paraísos que viven junto á las casas perfumando el aire en el verano, y á las acacias donde los horneros levantan sus casitas que apenas resisten á la intemperie.

Las ovejas con sus vellones largos y enredados sienten deslizarse las puñaladas del frío, que les recuerdan las punzaduras de la flechilla seca en el verano, por los desgarrones que han hecho las zarzas en sus vestidos; y los caballos, pelechando, con un aspecto de viejas focas, se estremecen cada mañana y deben correr locos por el campo, para ahuyentar el entumecimiento de los miembros.

Y las vacas, pobres vacas! las que no tienen el calorcito del establo; que deben acurrucarse en las arrugas de la tierra del rodeo al reparo de alguna piedra, ó en la costa del arroyo, rodeadas de los hijos y compañeros, con quienes cambian los alientos ti-

bios, que tienen olor de gramilla seca y trébol marchito.

Y en los charcos y en las lagunas, en las zanjias pantanosas y en los bañados, las víboras y los sapos se mueren también de tristeza!

En el rancho erguido, los vientos tientan la resistencia de las paredes y escarban en la paja del techo; en las puertas golpean todas las rachas desbandadas de los temporales.

De la cocina aplastada sale humo todo el tiempo, día y noche; y allí los peones buscan el calorcito junto al fogón, y hasta los perros encogidos se deslizan rozando las paredes, á recibir el vaho caliente que sale del fuego envuelto en humo.

En la casa, la familia no pisa fuera del rancho. La madre, moza todavía, apenas si se asoma á vigilar á la peona que suele eclipsarse en la cocina; y la hija única, de seis años, traviesa y alborotada, se desespera no pudiendo poner los pies en el patio para corretear al igual de los patitos que chapalean en el barro.

Y los días largos, tristes, llenos de frío y de lluvias, se quedan como fijos entre los dos horizontes, sin querer ocultarse para dejar su lugar á las noches más largas, más frías y más tristes.

Desde aquel rancho la mujer y la niña, á la espera del padre que salía á sus faenas como en el buen tiempo, miraban aquella muerte de los campos reflejada en los pastos marchitos, en los montes deshojados y en los animales achuchados que desde lejos miraban el humo de la cocina, como enviando en sus reconditeces de bestias aquel calor que humeaba como sus cuerpos y sus bocas, en la atmósfera llena de humedad.

Se tenía en el cuarto todo el día una lata con brasas traídas del fogón de la cocina, y allí el agua hervía en la rechoncha pava, madre del mate, convidando á beber aquel líquido caliente que produce cosquillas deliciosas en los estómagos cuando hay mucho frío sitiando al motor del cuerpo.

Y de noche, vuelto el padre á la casa, se ponían los tres muy juntos, muy cerca, como para trasmitirse el calor é impregnarse del

amor que se siente en las aproximaciones afectuosas.

Así el invierno asolaba la campaña, y así se vivía esperando que la primavera espantara á este viejo hosco y malhumorado, para sonreír hermosa y alegre durante la estación de las flores que anuncian las cosechas.

## II

Una noche, muy tarde, cuando el sueño había vencido los estremecimientos y chuchos del frío, se oyó desde aquel rancho ladrar á los perros vigilantes, y luego un ruido, como el que hace un caballo al caer aplastado.

Despertaron todos en la casa, se sintió conversar en el patio y las voces llegaban al rancho entreveradas con gruñidos de los perros, que rodeaban, como es su costumbre, al recién llegado.

Sonó un golpe en la puerta del rancho, y la sirvienta con voz agitada llamó:

— « Don Nicasio! don Nicasio! Viene

Juan de las casas, á avisar que doña Manue-  
lita está muy mala. »

Saltó Nicasio de la cama, y su mujer, Cris-  
tina, ya angustiada hasta no acertar con los  
fósforos para encender la luz, se levantó tam-  
bién, mientras la chiquilina sin saber porqué,  
lloraba desconsoladamente en su camita.

Se aprontó el carretón en un momento,  
porque los peones se habían levantado y pa-  
recían sentir igual emoción que sus patrones.

Y poco rato más tarde, muy abrigadas  
Cristina y su niña, acomodadas en el vehículo  
que guiaba el mozo que había traído la no-  
ticia, se pusieron en marcha en medio de la  
noche obscura, mientras Nicasio empon-  
chado galopaba, escoltando el carretón, con  
dos peones agregados á la comitiva.

Cristina sollozaba ahora, y decía que ya  
su madre estaba muerta, que ella lo había  
soñado y que le ocultaban la desgracia en-  
gañándola al decir solamente que la vieja  
estaba muy mala.

Nada valían las exhortaciones de Nicasio,  
que á cada rato se acercaba á consolar á su  
esposa. Y en la noche triste y silenciosa, sin



luna, con las estrellas pestañeando soñolientas en las tinieblas de cielo, iba quedando el llanto lastimero, que se unía al chirrido del eje de la carreta y á las pisadas sonoras de los caballos, que parecían en su compás monótono acompañar á un cortejo fúnebre.

Era noche todavía cuando se llegó á « las casas » que blanqueaban en la obscuridad y aparecían con muchas luces; los perros, en vez de ladrar, aullaron desde el rincón donde los tenían atados, y salieron varias mujeres y hombres á recibir á los deudos.

Nicasio dió la mano en silencio á los que esperaban; pero Cristina, sin atender á la niña que quedaba llorosa y asustada en el carretón, se echó en brazos de la primer parienta que encontró al paso; y no hubo más. Como si tácitamente convinieran todos en que la desgracia que se cernía sobre « las casas » era tan irremediable, cual lo había sido cuando la muerte se llevó al padre de la familia, al viejo don Justo, que todavía á los once años de su muerte, era llorado por toda la familia y todo el pago.

La casa grande, de material, como madre

de tantas estancias pequeñas, acampadas en aquellas lomas y asperezas, donde abundaban los ganados, era una casa alta con un mirador alto rodeado de baranda, y toda la construcción sobresaliendo de la masa de árboles que circundaba los edificios.

Adentro, en las piezas grandes, había mucho movimiento; y se notaba un continuo vaivén de sirvientas, que corrían de la cocina á la casa, en silencio, evitando hasta el roce de los vestidos en las puertas.

En el cuarto principal, donde el lecho matrimonial de caoba, la antigua cuja, cuna de tres generaciones, llenaba la mitad con su anchura, estaba la enferma. Allí se veía una de esas grandes cómodas capaces de encerrar los ajuares de veinte novias, cubierto su mármol de floreros con penachos de paja brava, y por efecto de la circunstancia, de frascos de remedios, vasos y tazas, todo revuelto. En un rincón, la percha de pie se doblegaba bajo el peso de un montón de trajes y ropas cubiertas con una funda de zaraza; y más cerca de la puerta, un gran arcón, todo remendado con pedazos de hojalata, tenía la

tapa lustrosa á fuerza de servir de asiento.

Cuando se levantaba la cortina que separaba de la sala aquella habitación, aparecían á la vista, primero, la *cuya* con su lanza, de donde pendía el gran cortinado que la cubría, luego un espejo de marco de jacarandá, rodeado por la toalla de largos flecos, en cuyo remate de arriba se ostentaba una gran moña de cinta con el color del partido de la familia.

Entre la cama y el espejo, un nicho de madera calada encerraba la imagen de la Virgen del Carmen, teniendo á los pies la palma del Domingo de Ramos, una vela de la Candelaria y dos ó tres gajos de olivo. En este nicho ardía luz todo el año, la mariposa dentro de un vaso con aceite; y ahora, se agregaban tres velas, derramando por toda la habitación obscura sus reflejos tristes y mortecinos.

Esa habitación es en todas las casas de la campaña el *sancta sanctorum*, el lugar más respetado, donde no entran los hijos sino en las grandes circunstancias de la vida: allí se reúne la familia cuando vienen á pedir

una hija en matrimonio; cuando un hijo pide permiso para formar hogar aparte; ó en más triste ocasión, cuando, como en la presente, está en trance de muerte alguno de los padres.

Desde niños los hijos se acostumbran á mirar con respeto que casi llega al temor, aquella habitación donde han nacido. Apenas si se asoman de vez en cuando para curiosear, y eso, temblando, con miedo de que salga de repente de la obscuridad algún *cuco* de esos que son pesadilla de los chucuelos.

Y las muchachas, cuando son mozas, encuentran en la habitación el modelo y tipo para las suyas de casadas; es el ideal del nido futuro.

### III

En el momento en que entraron Nicasio y Cristina, toda la familia estaba reunida en torno de la cama, donde doña Manuelita se moría alegre, como quien siente la concien-

cia limpia de faltas y el alma llena de fe al avistar el linde de la vida.

Era una viejecita de cara larga muy arrugada, con bozo varonil en el labio, los ojos chispeantes todavía, y la cabellera blanca suelta sobre las almohadas muy limpias.

Tenía entre las manos descarnadas una cruz de marfil con el Cristo clavado, mirando con sus ojos de muerte dulce, que atraen y efunden fe y esperanza.

Junto á la cama estaba el médico, venido del pueblo, joven aún, que parecía hallarse á desgano allí, sentado en el sillón de hamaca, sobre un trozo de alfombra, único que había en la habitación. De tiempo en tiempo miraba á la enferma, indiferentemente, convencido de lo inevitable del desenlace, y acaso extrañado de la paz y sosiego del alma de la anciana en aquel trance supremo.

Un hombre de barba negra sentado en un rincón, sin levantar la cabeza, que parecía abatida por el peso de una inmensa desgracia, era Remigio, el hijo mayor de doña Manuelita, estanciero de crédito, que tenía invernadadas más grandes que ningún vecino

del pago y se enorgullecía con razón de que sus ganados se pagaran caros en la Tablada de Montevideo.

Cerca de él, se hallaba Juan María, otro criollo de ley, que había hecho dos campañas en guerra de partido, y ahora con el grado de capitán vivía retirado en su estancia de la sierra, con la vanidad de tener dos hijos en carrera, uno en la Universidad y otro en el Colegio Militar.

En el arcón estaba sentada Rosaura, la hija mayor, casada con un comerciante enriquecido y hecho estanciero: suyos eran tres niños que andaban por allí, sin poder darse cuenta de porqué todos rodeaban á *mamá vieja*; y no se animaban á correr ni á hacer el menor ruido.

Y entre la cama y la pared, con la cara entre las manos, lloraba sin tregua ni consuelo, Elías, el pobre lisiado, el más triste de la familia, que hacía tres días no se movía de aquel sitio, temiendo perder el último suspiro de su madre querida.

Cristina era la menor de la familia, y fué á echarse de rodillas al lado de la cama, después de besar á la anciana moribunda.

Ésta se sonrió, pidió á su nietecita la *Nena*, hija de Nicasio, y la tuvo largo rato abrazada

Después, quedóse como antes, con la mirada fija en el Cristo, moviendo apenas los labios en la oración.

Corrieron las horas largas, en silencio, y cuando cantaron los gallos en el corral, el médico pulsó á la enferma y miró en seguida á los deudos de la moribunda, indicándoles que se acercaba la muerte.

La viejecita alcanzó á ver la mirada, y comprendiendo su sentido, habló despacito:

— « Hijos, hijitos! » — Todos se acercaron á la cama y cayeron de rodillas sollozando. — « Hijitos, no hay que afligirse. Sean buenos como su padre, que Dios tenga en la gloria . . . Acuérdense de la Virgen siempre . . . y pídanle que me reciba . . . »

La voz se apagó . . . pero todavía los labios se movieron con un temblor que duró hasta después que se cerraron, quedando plegados por una sonrisa imborrable, y las manos quisieron apretar más el crucifijo.

Entonces Juan María tuvo que sostener á

Cristina, que se desmayó sin dar un grito, y Remigio salió del cuarto con la cara sombría, cayendo de los ojos las lágrimas, una á una, muy grandes.

Y mientras todos los otros se agrupaban para consolarse estrechados, llorando, el pobre lisiado, que no podía moverse, hundía su cabeza en la cama desesperado y dolorido como ninguno.

Todos sus hermanos tenían ya familia que los consolara. Sólo él, á quien ninguna mujer querría porque no podía andar ni trabajar, se quedaba más abandonado que todos, al perder á la madre.

Rosaura acudió á consolarlo cariñosa, y abrazada con él, unieron sus lágrimas.

Pronto se sintieron carreras de las sirvientas que, llorando y gimiendo también, buscaban aguas para hacer volver en sí á Cristina, y revolvían los cajones de la gran cómoda, sacando las ropas más ricas y más finas para amortajar á doña Manuelita:

El día amaneció triste sobre la casa, y la animación de la vida pareció alejar aquel dolor compacto de la noche.



---

Empezaron á calmarse los llantos y dieron lugar á los rezos al rededor de la cama, donde yacía la muerta.

Los chiquilines vinieron curiosos á mirar á *mama vieja*, llorando unos arrimados á las faldas de la madre, y otros riendo porque veían la sonrisa de la muerta que parecía llamarlos para hacerles caricias.

Pero todavía el pobre Elías lloraba sin consuelo, encajado entre la cama y la pared, como si no quisiera convencerse de la desgracia que lo dejaba tan solo y tan triste. . . .



## En la sierra

(*Á Carlos Travieso.*)

### I

Cantaron los gallos desperezándose en sus tronos sultanescos; la majada moviéndose en el rodeo hizo sentir sus balidos tristes; contestaron las vacas y los terneros desde el corral; y algunos ñacurutúes huyeron graznando del pedregal, mientras en el montecillo de talas y arzaes florecidos, los pájaros empezaron su canto que semejó al principio agua bullente, luego hojas movi-

das por blanda brisa, y al fin trinos y gorjeos; hermosa música que saludó dignamente la aparición del rey sol, que para distinguirse de los otros monarcas, madrugaba en estos días del verano.

La primera luz se vió en los blancos cerros del oeste por una extraña refracción, y después, entre las grandes nubes blancas, que coloreadas con el rubor de la aurora huían perezosas, asomó el disco del sol, ascendiendo hasta sobrepasar la altura de la sierra y escudriñar con la luz, los más escondidos rincones del monte y de las cañadas de corriente límpida y flaca, que se deslizaban sin ruido sobre su lecho pedregoso.

Dos ranchos grandes había en el lomo de la cuchilla, y entre ellos un ombú viejo, con las hojas amarillentas, que daba abrigo á los pajaritos solteros, se alzaba como un ramo mustio que ha pasado la noche en sala de atmósfera viciada.

Ya las calandrias saltaban sobre el techo de paja, y los carpinteros golpeaban la pared de terrón para abrir sus nidos, cuando una puerta del rancho principal se abrió y

por ella salió una mujer desgredada, acabando de abrochar la broquiña, que mal le cubría el busto.

Se acercó al barril de agua que estaba sobre la rastra, debajo de una pequeña ramada, y sirviéndose de las manos puestas en forma de concha, mojó y remojó la cara con fruición; y luego se la enjugó despacio con el delantal que le caía por delante sobre la pollera de zaraza, descolorida por el uso. Trenzó la negra cabellera y dejó lucir la trenza que pasaba de la cintura en largo, y tan gruesa como los troncos de los sipós viejos que trepan por los coronadas del monte.

Bastó este ligero aliño para que la mujer, que era joven, pareciera muy otra; tenía la cara algo grande y de color trigueño, finísimo vello sobre el labio superior que se besaba con el otro como dos tajadas de ñangapiré maduro; y los ojos se escondían detrás de las pestañas filtrando su luz como el sol la suya por entre la negrura de un bosque.

Erguida de talla; el cuerpo desarrollado

libremente, y el seno comprimido por un estrecho corpiño y por la basquiña, que mostrándose carcelera bondadosa, había perdido dos botones.

Así era Regina, la hija del puestero ño Máximo Alcorcón y de la brasilera ña Paula, y hermana de cierto Mauricio, por mal nombre *El Pintao*, que, holgazán y jugador, andaba corriendo la tuna detrás de chinas y jugadas.

*Las hijas son las de la casa*, suelen decir los paisanos, significando que tocan á la mujer los quehaceres domésticos todos, aunque sean más afanosos y duros que los del campo.

Y Regina era *la de su casa*. La madre, aunque no era muy vieja, vivía ebria, pretextando enfermedades extrañas; echada sobre un sillón de hamaca que tenía un cuero de vaca por asiento y respaldo. Fumando maquinalmente los cigarros de hoja que ella misma liaba, pasábase el tiempo como en éxtasis con las miradas perdidas siguiendo las nubes en el alto cielo y las bandadas de pájaros en el aire.

Sólo parecía vivir cuando espantaba con un arreador á los pollos piadores, que se entraban al cuarto, ó prodigaba insultos y groserías á Regina, por cualquier desagrado, y por el simple gusto de desentumir la lengua.

La muchacha no tenía un punto de reposo en todo el día; ella debía ordeñar las quince vacas que se ataban en el verano para hacer queso; tenía que cuidar el huerto para que las cotorras desvergonzadas, que no hacían caso del espantajo, no asaltaran el maizal; atendía el gallinero y la majada; y aun después de cocinar y hacer el queso, tenía que dar vuelta á las vacas para que no se alejaran, atar las terneras al medio-día, é ir al lavadero con los coladores y toda la ropa de la casa.

Y todavía, no estando el padre ni el hermano, que era lo más frecuente, porque el uno se iba á las casas á ayudar á los patrones y el otro andaba vagando, Regina tenía que carnear; ir con el mancarrón de servicio á traer agua de la vertiente del bajo, y á cortar leña en las « islas » más cercanas.

Y los pocos ratos que pasaba en la casa eran peores aún. La vieja, con su hablar aportuguesado le gritaba, insultándola hasta porque caían las hojas del ombú, y muchas veces la perseguía con el arreador, maltratándola con más perversión.

Ño Máximo hacía tiempo que vivía más en la casa principal de la estancia que en la suya. Aunque rudo y poco cariñoso, tenía mejores sentimientos que ña Paula, y ésta en su presencia no se atrevía á maltratar á Regina, sino por lo bajo, con sus rezongos irritados, que amenazaban desbordarse en la primera ocasión.

Los disgustos que ocurrían entre marido y mujer desde que ella empezó á embriagarse diariamente, con el pretexto de su enfermedad, motivaron disensiones cada vez más agrias, y al fin una madrugada, Regina oyó desde su cama, la voz irritada de ño Máximo, que decía: «vas á concluir por que te mate, relajada!»

¡Cómo conservó la memoria de la muchacha aquella frase que revelaba el estado de las relaciones de sus padres!



Se había criado así, sin enseñanzas y sin cariño; teniendo constantemente ante sus ojos, el cuadro triste del hogar, con la madre viciosa, consumiendo la vida en la inacción; el hermano emancipado de todo respeto, gauchando todo el año; y el padre despreciándolos á todos, y dedicado únicamente á sus obligaciones en la estancia, lejos de la familia y renegando de ella.

## II

Cuando Regina se sintió mujer, aquel hogar le pareció más desolado, y más dura su vida. Despertóse en ella un ansia insaciable de afectos y pasaba días distraída, escuchando con indiferencia los denuestos de la madre y haciendo sus trabajos maquinalmente.

Trajo del monte una tarde dos pichones de torçaza, apenas emplumados, y los crió á escondidas, desahogando en ellos su amor que rebosaba; y concluyó por matarlos á caricias y besos.

En la siesta, cuando bajaba al lavadero del arroyo, el calor excitante la hacía pasarse las horas enteras escuchando los rumores, creyendo oír pasos misteriosos de una visión esperada. . . . Estos días volvía tarde á la casa, con una pesadumbre inexplicable; y cuando la vieja la castigaba brutalmente por su tardanza, le parecía que los golpes la aliviaban, que le sobraba la sangre en el cuerpo, y las lágrimas desahogaban tantas sensaciones sublevadas.

Ella no sabía lo que esperaba ni lo que deseaba.

Fuera del padre y del hermano, pocos hombres veía. A aquel rincón del valle no llegaba nadie; y sólo en tiempo de yerra algunos « paradores » pasaban cerca, persiguiendo el ganado fugitivo.

Una mañana llegó, sin embargo, buscando á ño Máximo, un paisanito joven, buen mozo, de nombre Gervasio Guerra, que ya tenía fama de buen campero entre la gente del pago.

Andaba haciendo una tropa para llevarla á la ciudad.

Regina lo hizo entrar, y mientras el mozo, poco ladino, explicaba á la vieja ña Paula el motivo que lo traía al puesto, la muchacha preparó el mate presurosa y se lo ofreció á Gervasio.

Lo miraba con disimulo de pies á cabeza; sus ojos huían de los del mozo y quería verlo, sin embargo, conmovida ya por una impresión nueva.

Cuando Gervasio se despidió y ella alargó la mano temblorosa, él advirtió su emoción y la miró en los ojos aumentándole la turbación.

Desde la bajada, el mozo se volvió hacia la casa deteniendo el caballo; Regina, que desde el patio lo miraba alejarse, dominada aún por aquella emoción extraña, lo saludó dos ó tres veces con la mano, casi maquinalmente, como impulsada por una fuerza superior á su voluntad.

Él contestó el saludo y la muchacha quedó avergonzada y contenta. Sintió que algo había entrado en su corazón. Soñó esa noche con un mozo muy parecido á Gervasio, y por primera vez en su vida tuvo ña

Paula que despertarla á gritos en la mañana, para que fuera al corral, cuando el sol alumbraba ya todo el valle.

El mozo volvió unas cuantas veces con diferentes motivos, y esas visitas aumentaron el amor que ya le tenía Regina.

Ña Paula desconfió y dió en celarla hasta el punto de no permitirle que cambiara una palabra con él, y acompañarla al arroyo, no perdiéndole pisada, temerosa de quedar sin aquella esclava que la eximía de todo trabajo.

En las visitas de Gervasio espiaba las miradas del mozo, y si veía que Regina correspondía á alguna, se la hacía pagar con injurias rabiosas en cuanto se iba el mozo.

Reprochándole á Regina deseos de huir de la casa, que la muchacha no había sentido, le hizo concebir una esperanza de libertarse de tan dura servidumbre.

Mientras esperaba ocasión propicia para hablar á Gervasio, pensó en esa escapada que la madre le había indicado. Se forjó un porvenir lleno de encantos y dichas, con amor y goces que tan sólo presentía, sin conocerlos.

Un día llegó Gervasio con ño Máximo y dos mozos más á reunir yeguas para una trilla. En un momento, bajo el ombú, mientras ño Máximo corría á detener un caballo, Regina que había llegado á traer el mate, se vió al lado de Gervasio. Rápidamente dijo al mozo con la voz emocionada que no podía vivir más así; que viera él si se resolvía, porque la vieja la trataba cada día peor, y que ella ya estaba decidida á todo.

Gervasio no era muy animoso, ni estaba adiestrado en estos lances; prometió tímidamente arreglar la cosa, cuanto volviera de la capital, adonde tenía que marchar con una tropa.

### III

Regina esperó con ansias crecientes que volviera Gervasio á cumplir su promesa. Los días le parecían largos y los quehaceres más livianos, porque se acabaría pronto.

Pero un día oyó decir á Mauricio, su hermano, que Gervasio estaba en el pago;

y ella sintió una angustia grandísima, como si todas sus ilusiones las llevara el Pampero, como á las hojas de los árboles en el invierno.

Le quedó en el fondo una esperanza. Ella, que amaba á Gervasio con toda su alma, no podía creer que faltara á la palabra. Siguió esperando, aunque con tristeza, mirando cada mañana el sol que aparecía escalando los cerros; y pensaba si desde aquel sitio lo vería salir otra mañana.

Entretanto, había en el pago un mozo que se hubiera cambiado por Gervasio con todos sus haberes, por merecer el amor de Regina.

Era amigo íntimo de aquél, y lo había acompañado en algunas visitas.

Mientras vió que Gervasio era favorecido y frecuentaba la casa, no se atrevió á decir una palabra que revelara á la muchacha el amor que le inspiraba.

Pero cuando supo de boca del mismo Gervasio el pedido de Regina y la promesa no cumplida de él, se decidió á sustituir al paisanito que consideró ser inferior y digno

de lástima, por no haberse animado á sacar en ancas á una moza que se lo pedía como salvación.

Este paisano era conocido por Frenedoso, y vivía con la madre á poco más de dos leguas del puesto de ño Máximo, lindando, arroyo por medio, con la estancia del valle.

Como amigo de Mauricio menudeó las visitas á la casa y le cayó en gracia á ña Paula, que había cejado en sus celos y vigilancia extremados con la muchacha.

No faltaron ocasiones á Frenedoso para hablarla, y pronto le declaró sus intenciones, ofreciéndose á sacarla de la casa, y hasta prometiendo formalmente casarse como Dios manda.

Desde el principio la muchacha rechazó los ofrecimientos y declaró que era de las que quieren á uno solo, y que prefería vivir como gaucha con Gervasio, á ser la mujer legítima de otro.

Nada valieron el empeño y la amorosa solicitud del mozo, que llegó á tentar con ña Paula que convenciera á la muchacha, porque él la quería como bueno.

La vieja no se ablandó ni quiso escuchar promesas. Estaba resuelta á retener á la muchacha á su lado, aunque pudiera verla casada con un *emprador*, como decía, recordando á su patria.

El viejo ño Máximo, por su parte, cuando Frenedoso lo consultó, dijo que no quería saber nada de aquéllas, que se arreglaran como pudieran y lo dejaran en paz.

Volvió Frenedoso á hablarle á Regina, mostrándole las penas de su estado y la indiferencia de Gervasio, que pasaba cerca de la casa de ño Máximo, sin llegar á hacer siquiera una visita de á caballo.

Nada consiguió: Regina, como el primer día, mostró la tenacidad de su resolución. Gervasio había entrado en su corazón para llenarlo, porque ella era de las que quieren de veras; y ningún otro amor podría tener cabida, ni sustituir al primero.

Frenedoso, cada vez más enamorado de la muchacha, pensó en recurrir á medios más eficaces para convencerla.

Supo que Regina había mandado decir á Gervasio en esos días que fuese á bus-



carla, porque así no podía vivir más . . . y entonces resolvió presentarse como enviado de Gervasio á ver si la sacaba, contando con la pasión de la muchacha que no le dejaría sospechar el engaño.

#### IV

En la mañana que empieza este relato, Regina estaba en el corral ordeñando, cuando sintió el galope de un caballo, y puesta en pie con ligereza, vió llegar á Frenedoso. El paisano se apeó teniendo el caballo de la rienda, y después de algunas frases de cumplimiento, dijo con resolución:

— «Usted sabe cómo la aprecio, Regina,» (y sin atender el gesto de disgusto que hizo ella, prosiguió:) «y sólo por eso doy este paso, que no está muy bien en un hombre . . . .»

Ella lo miró sin cambiar el gesto, interrogándole, y él prosiguió, mintiendo ya sin reparos:

— «No vengo por mi cuenta y no me

mire mal: ¿Qué se ha de hacer al dolor? . . . .  
Gervasio me ha encargao que le avise que ha recibido lo que Vd. le mandó, y que si siempre está resuelta, me lo diga, porque él se ha confiao en mí como en un hermano. »

Regina lo miró sorprendida. La vaga esperanza que acariciaba crecía y tomaba el color de la realidad.

— «¿No me engaña, don Frenedoso?»  
(dijo mirando al paisano con fijeza.)

— «Le juro . . . . que lo hago por su bien, »  
respondió él evitando un juramento en falso.

Todas las ilusiones revivieron en el alma de Regina, no reflexionó ni dudó más; y dijo resuelta:

— «Amigo Frenedoso, no me vaya á engañar . . . venga esta noche y espéreme aquí al lao del corral, que yo trataré de salir. »

El resto del día lo pasó la muchacha ágil y alegre como nunca, sin un remordimiento, ni el más pequeño dolor por dejar aquella casa, donde habían transcurrido veinte años de su vida, entre las mayores durezas y crueldades.

Al oscurecer vió llegar un jinete al paso del arroyo, y supuso que fuera Frenedoso, porque no vadeó.

La vieja ña Paula se acostó temprano, mareada por los cigarros y la caña. Regina se echó sobre el lecho sin desnudarse, esperando con impaciencia. Ladró el perro como cuando llegaba gente; luego quedó todo en silencio; la vieja, dormida como piedra, no se había movido.

Regina escuchó; despacio corrió el cerrojo de la puerta y salió al patio, alumbrado por la luna en cuarto menguante.

Junto á la puerta del corral estaba Frenedoso apeado; hacia él se dirigió; pero antes de llegar tropezó con el perro inmóvil en el suelo. «¡Pobre cimarrón!» dijo, agachándose á mirarlo. Estaba el perro degollado, en las últimas boqueadas.

— «Se nos va á hacer tarde,» (observó Frenedoso).

Y ella respondió:

— «Cuando guste.»

Ya estaba arreglado el caballo como para llevar á la muchacha. Tenía un coji-

nillo sobre el anca y el recado algo delantero.

Montó el paisano, y haciendo que pisara en su pie Regina, la sentó de una vez en el caballo, que con la doble carga trotó pesadamente en la dirección del monte.

Acostumbrada estaba la muchacha á jinetear, y sólo tenía que sujetarse de la cabecera del recado.

Anduvieron un trecho sin hablar. Frenedoso intentó varias veces decir algo; quiso cantar después, pero le era imposible dominar la turbación que lo hacía tartamudear.

Pasaron algunos ñacurutúes, y su lúgubre graznido hizo estremecerse á Regina y á Frenedoso. Después, entraron al paso por entre dos barrancas arenosas, altas, que tenían árboles inclinados en los bordes y matas de pasto ralo, entreveradas con la resaca que dejaban las aguas en las grandes crecientes.

El arroyo de corriente mansa, era angosto en aquel sitio; el caballo lo pasó muy despacio, resoplando, y subió trabajosamente por la opuesta barranca, haciendo

crujir la arena, y callar á los grillos que llenaban de ruido el paso.

Cuando estuvieron del otro lado, el paisano dijo con la misma inseguridad que se notaba en sus palabras, que salían de la boca seca, temblorosas, por las palpitaciones que sacudían el pecho:

— «Creo que se le ha corrido la cincha al matungo. . . . »

Y se apeó con un movimiento rápido, pasando la pierna derecha por sobre el pescuezo del caballo.

Regina no dijo una palabra; parecía evitar la conversación.

Frenedoso apretó la cincha; y después más tembloroso aún, miró á Regina con amor y le habló así:

— «Yo la he engañao malamente, Regina. Me he portao mal, pero Vd. me ha de disculpar. . . . ¿no es verdad? »

Y, al decir estas palabras cogió con sus manos las de la muchacha, que no tuvo tiempo de retirarlas.

— «Usted no sabe lo que la quiero (agregó). ¿Por qué no hemos de hacer nues-

tra suerte? Vamos, mi vida, no me haga penar. . . . ¿no me quiere ni un poquito siquiera? »

Regina respondió con seguridad:

— « Esto no se hace con naides, don Frenedoso: ¡invocar el nombre de un amigo pa esto! Ya sabe que no puedo querer á naide más que á *él*. Y primero me verán con cuatro velas que con otro. »

— « Pero no, mi hijita. Si yo me quiero casar. . . . vivir como es debido. . . . vamos, no sea así. »

Y al decirlo, hizo resbalar á la muchacha hasta pisar el suelo. Ella con un esfuerzo violento libertó sus manos y miró fieramente á Frenedoso, poniéndosele enfrente:

— « ¿Se ha creído que trata con chinas alzadas? » (le dijo con severidad.)

Sorprendido el paisano, se detuvo al ver su actitud decidida.

Le dijo aún algunas palabras para con vencerla, pero fué en vano. . . . Entonces, despechado, montó á caballo, y después de decirle: « Quedate no más. . . . á que te cuiden los capinchos, » siguió al trote por la barranca arriba.

Cuando ella lo vió alejarse, sintió miedo de quedar sola en aquel sitio, lejos de toda casa, de noche y á pie.

Le gritó á Frenedoso, y él se volvió:

— « Por su madre, don Frenedoso, no me deje así, ya que me sacó de casa. »

El paisano, arrepentido sin duda de su conducta, se acercó y la alzó en ancas. Después anduvieron un trecho largo por entre los cerros, hasta llegar á una casita blanqueada, que desde lejos se veía, rodeada de árboles que negreaban en la oscuridad.

Cuando estuvo en la casa, Frenedoso contó á la madre lo sucedido, omitiendo algunos detalles, y concluyó por recomendarle que tratara á Regina como á hija.

## V

Al siguiente día, la muchacha, que no había dormido, desvelada por mil pensamientos, se dirigió á Frenedoso y le pidió, como el favor más grande, que avisara á Gervasio que ella estaba allí.

El paisano, bueno y honrado, que al sacar á Regina de la casa creyó que se las había con una que sólo esperaba quien la alzase, estaba ya arrepentido y preocupado por los resultados de su acción.

Accedió sin observaciones al pedido de Regina, y se puso en marcha, prometiendo volver temprano:

— «Vamos á ver si traigo al matrero,» (dijo sonriéndose).

Pero á la tarde, cuando volvió, con el caballo sudoroso y fatigado, mostraba desaliento en su expresión.

No anduvo con rodeos; refirió que había encontrado á Gervasio en la pulpería y que él ya sabía, como los vecinos del pago, la escapada, porque el hermano de Regina había andado publicándola á los cuatro vientos y jurando y perjurando «que si la encontraba le iba á pelar la chala;» y que Gervasio había dicho con mucha desfachatez que á él no le fueran con músicas, llegando á insultarla con el refrán: «quien comió la lechuga que pague la ensalada.»

Olvidó Frenedoso contar que él había



pegado un rebencazo á Gervasio en la cara, y que tendrían que vérselas muy pronto.

Regina al oír el relato no dijo una palabra. Fué un derrumbamiento de todas sus ilusiones, que dejó lugar á la desesperación y al desconsuelo. Se echó á llorar en un rincón, sin atender las cariñosas exhortaciones de la madre de Frenedoso y las promesas que éste le hacía, con palabras de amorosa ternura, de casarse con ella y de quererla con toda el alma.

Las amenazas del hermano que le refiriera Frenedoso habían aumentado las angustias de Regina. Ya se veía odiada por su familia, despreciada por aquel que amaba más que su vida, y sin poder admitir consuelos ni ofrecimientos, que aunque fueran sinceros, le repugnaban.

Muchas horas pasó en tal abatimiento del ánimo, con disgusto de la vieja criolla y de Frenedoso, quien, pensativo, sin salir de la cocina, preguntaba á cada momento por la muchacha.

Ella no quiso comer esa noche, y vestida se acostó con la cara entre las manos y sollozando sin cesar.

En la madrugada, cuando la vieja se levantó, lo primero que hizo fué ir á la cama de Regina, que estaba separada únicamente por un tabique delgado de su cuarto. Se extrañó de no oír sus sollozos, y creyéndola consolada, le habló. La muchacha no respondió ni se movió.

Corrió la vieja á la ventana y la abrió; la luz le hizo ver á Regina sin sentido sobre la cama, empapada en sangre que manaba de una herida del pecho.

La vieja llamó á gritos á Frenedoso; y los dos con agua y una esencia sacada del fondo de un baúl, hicieron recobrar el conocimiento á Regina.

Estaba en una postración grande, por la pérdida de sangre, y sólo habló para pedir que la dejaran morir.

En aquellos parajes no se podía pensar en médico curandera sólo había una en el pago, y era precisamente la madre de Regina.

Frenedoso se desesperaba sin encontrar una salida, cuando recordó á un viejo que en otro tiempo lo había salvado de la muerte con yerbas milagrosas.

No vivía lejos, y en pocas horas el mozo estuvo de vuelta con él.

La herida no era grave; el cuchillo sin filo y ferrugiento, que Regina había encontrado entre las pajas del techo, sólo había desgarrado las carnes, sin penetrar mucho.

Bastaría atenderla cuidadosamente y cumplir bien las recomendaciones del curandero, que lavó la herida con el jugo de ciertos yuyos que llevaba en una bolsa.

Frenedoso y su madre vivieron dedicados a la enferma, día y noche, y esta asiduidad de atenciones pudo tanto ó más que las medicinas del viejo.

Regina fué mejorando rápidamente, y recobrando la pasada tranquilidad.

Una noche, Frenedoso velaba todavía cerca de la cama de la enferma. La anciana se había dormido, cansada por los desvelos, recostada en un sillón.

Con voz temblorosa Regina llamó al paisano, y éste acudió solícito.

En todo el tiempo de la enfermedad él había permanecido triste y pensativo.

Cuando estuvo junto á la cama, la muchacha le habló despacio y emocionada:

— «Usted está triste por mí,» (le dijo).

Él bajó la cabeza sin responder.

— «¿Y si yo me alegrara (prosiguió ella) de lo que usted hizo conmigo?»

— «¡Regina! (dijo él, reanimado por una vaga esperanza y mirando á la muchacha con la mayor ternura.) ¡Regina, usted me perdona?»

— «Con toda mi alma.»

— «Que Dios y la Virgen se lo paguen;» (y al decir estas palabras cayeron algunas lágrimas de los ojos del paisano.)

— «¡Frenadoso!» (volvió á decir Regina con voz emocionada.)

Y él, leyendo en su mirada la promesa de su ansiada dicha, exclamó con todo el amor que se le desbordaba:

— «¿De veras, mi alma? . . . . Me quiere un poquito . . . . ¿Me querés, mi vida, me querés?»

Y cayó de rodillas, mientras la muchacha, llorando, le echaba los brazos al cuello.

Despertó la anciana para presenciar aquella dicha que llovía sobre el rancho entristecido en tantos días . . . .

Y ya no hubo más llantos ni más penas. Regina no necesitaba permiso de sus padres para casarse, y un mes después de abandonar la cama, hermoseedada por la anticipación de la felicidad que le brindaba el enamorado Frenedoso, recibían ambos la bendición del Cura del pueblo, en la pulpería de don Rudecindo *el gallego*.

Todavía se recuerda en el pago la comida de bodas, que se sirvió en la casa de Frenedoso, y el baile donde se armaron más casamientos que nunca, por el ejemplo de aquel casal que alcanzaba su felicidad á costa de tantas contrariedades y dolores.



## Alma, vida y corazón

### I

Los ecos del grito de guerra lanzado en 1886 contra el tirano Santos, llegaron como un presagio fatídico á los pagos de la frontera Nordeste.

En aquella sociedad apartada del trato civilizado, donde los brasileros, que son los ricos, dominan todo, pocos corazones se alegraron al recibir la noticia de la revolución.

Los estancieros criollos lamentaban de antemano el ganado que perderían, los ca-

ballos que arrearía la policía y la interrupción en los trabajos que causaría la leva llevándose los peones.

Los brasileros esperaban más tranquilos y confiados los sucesos: como extranjeros, tenían derecho á reclamar ventajosa indemnización, por cuantos perjuicios les ocasionaran.

Sólo los pobres, los puesteros y los peones, que bajo su ruda corteza tenían corazón de patriotas, miraban con la alegría de las aves que saludan la aurora, aquel anuncio de guerra.

Muchos de ellos tenían todavía en un rincón del rancho la vieja lanza de moharra enmohecida por el tiempo, que había tremolado con alegre banderola en las cuchillas, cuando las luchas de partido llevaban á los paisanos á jugar la vida por el capricho ó la ambición de un caudillo.

Las decepciones de la última guerra se habían disipado, y sólo la esperanza de recorrer ufanos los campos, con la divisa en la frente altanera y la lanza blandida por el robusto brazo, alegraba á aquellos vetera-



nos que sentían la nostalgia de la vida libre y vagabunda del matrero, en medio de la mísera y comprometida situación de peones ó agregados, mantenidos casi de limosna en las grandes estancias.

Un día llegó el comisario, con su piquete reforzado ya, á prevenir á los vecinos acerca de la próxima guerra; y sobre todo á enterarse de los mozos con que contaría para una leva.

Otro día, un desconocido llegó á los ranchos más pobres, y desapareció casi en seguida acompañado de la mayor parte de los paisanos jóvenes: había traído la invitación de su caudillo para reunirse en la frontera é incorporarse al ejército invasor.

Al volver el comisario á recorrer las casas de los criollos, no halló más que viejos inútiles, y mujeres que mostraban en los ojos la pena que el alejamiento de sus hijos, hermanos y esposos les causaba.

## II

En aquel pago del Salto, la casa principal era la pulpería del español Nemesio Rodríguez, que se contaba entre los vecinos más viejos, pues había llegado treinta años antes á servir de dependiente á otro pulpero, que al morir lo dejó por sucesor.

Se había casado y tenía una hija, Damiana, á la sazón de diez y ocho años, y dos varones pequeñuelos, á quien su hermana servía de madre desde que habían perdido la suya.

Don Nemesio era del tipo general de los pulperos de campaña: acriollado y enriquecido en el negocio, se había convertido en estanciero. Monopolizaba los frutos de las estancias del pago, y era en éste la persona de mayor influjo y valimiento. A él recurrían todos, así para obtener anticipos de dinero, como para consultarle como á hombre de seso y experiencia, un litigio, antes de acudir al juez.

Damiana, criada sin instrucción ni trato, sólo conocía del mundo lo poco que se traslucía por la reja de la pulpería, una sociedad de hombres jugadores, aficionados á las bebidas y pendencieros, que se reunían los domingos bajo la solera pegada á la casa.

El cuidado de sus hermanos y la atención que á las faenas domésticas se vió obligada á dedicar desde la muerte de la madre, la ataron más aún á aquella existencia sin horizontes y sin grandes esperanzas, que parece ser la suerte de toda mujer en nuestra vida.

Y Damiana parecía nacida para otros destinos. Su cara de andaluza, con ojos negros, donde se escondían mil deseos reprimidos, y la frente surcada temprano por uno de esos rasgos que traicionan la persistencia del pensamiento, no eran de una mujer vulgar.

Nadie la veía, fuera de algún asiduo y viejo parroquiano, que su padre dejara entrar á la trastienda; apenas la conocían los mozos del pago; y al cumplir los diez y

ocho años su espíritu esperaba con ansias ardientes, la palabra que lo despertara al amor.

La sed de algo desconocido que sentía no la saciaba el extremado afecto á sus hermanos y á su padre. Adivinaba, mirando las golondrinas que en la primavera se acariciaban en el techo de la casa, y en la vida de las plantas de su pequeño jardín, que se acercaban y entrelazaban sus ramas, atraídas por misteriosa fuerza, un amor distinto de los que ella conocía.

### III

Así vivía cuando las noticias de la revolución llegaron al pago.

Don Nemesio había llegado á adquirir, con los bienes de fortuna, un amor sincero á su segunda patria.

Había mirado con tristeza sus días de dolor y se había alegrado con sus faustos sucesos. El gobierno de Santos no le parecía tan malo como lo pintaban, quizás por-

que su ánimo, limpio de preocupaciones partidistas, apreciaba los hechos con más serenidad.

No encontraba justificada la revolución y desde luego creyó que no vencería; y sin embargo estuvo con ella, porque sus simpatías lo llevaban á la parte de los enemigos del gobierno.

Siguió con ansiedad el movimiento de ambos contendientes, que anunciaba la prensa; y auxilió con dinero á muchos vecinos necesitados, que corrían á alistarse en el ejército invasor que se organizaba en la República Argentina.

Con frecuencia pasaban y apenas se detenían por informaciones en la pulpería, paisanos que se dirigían á la frontera huyendo de la gente del gobierno.

Por ellos se enteraba don Nemesio, con más exactitud, de la situación de ambos ejércitos.

A fines del mes de Marzo, supo por una partida que el ejército del gobierno estaba por concentrarse en Paysandú y que probablemente á ese departamento pasarían los revolucionarios ya prontos para invadir.

Esta noticia no tardó en ser confirmada por otra partida de más de cincuenta hombres, emigrados, que venían del Brasil á incorporarse al ejército revolucionario.

Eran casi todos mozos y se distinguían como habitantes de ciudad.

Venían recomendados á don Nemesio y éste se apresuró á darles alojamiento con toda seguridad, porque la policía estaba en la frontera y sólo algún piquete de fuerzas de línea pasaba de tiempo en tiempo.

Mientras llegaban los chasques que debían guiarlos para reunirse á los revolucionarios, los de la partida, como mozos alborotaban todo el pago, armando bailes en las casas donde encontraban muchachas y divirtiéndose como si estuvieran muy lejos de ir á trance tan arriesgado y duro como el de una batalla.

Había en la partida un joven de aspecto simpático y modales distinguidos, que no se mezcló en las correrías y diversiones de sus compañeros. Se quedaba en la pulpería conversando horas y horas con don Nemesio, y parecía dominado por una preocupa-

ción constante que ahuyentaba la alegría de su espíritu.

Desde el primer momento se captó la confianza del buen español, pudo entrar á la casa y conocer á Damiana.

Cuando Nemesio la presentó al forastero, ella se quedó un instante sorprendida, como quien se encuentra en presencia de una persona que sospecha le es conocida.

Poco habló, como no fuera para contestar las preguntas, que le hacía el joven con amabilidad, buscando temas accesibles para ella, adivinándole los pensamientos que en su inteligencia inculta vivían como seres nacidos en una cárcel. Muy pronto conoció el alma tierna y amorosa que se asomaba por los ojos negros de Damiana; y al separarse, en la primera entrevista, eran ya como buenos amigos, que se conocen hasta en lo más íntimo de sus pensamientos y sus vidas.

¡Qué noche aquella para Damiana!

Muchas veces despertó azorada buscando en la obscuridad algo que el sueño había forjado, y que se desvanecía con él.

El siguiente día volvió á hablar con el

joven: ya sabía por don Nemesio que era de Montevideo, abogado, que había emigrado al Brasil para escapar á las persecuciones de los esbirros del gobierno.

Pero ella no lo miraba como un ser extraño ni superior: una impresión nueva le había causado, pero sentía que esa impresión estaba su alma dispuesta á recibirla, que la esperaba hacía mucho tiempo.

Bien comprendió desde la segunda entrevista con el joven, que la ligaba á él un lazo agradable y poderoso á un tiempo, algo que ya le parecía comprender, y que la noche acabó de descubrirle con la misteriosa revelación que suele aparecer en el sueño: *era el amor.*

Junto á la risueña esperanza que le forjó la caprichosa imaginación, apareció un doloroso anuncio. A media noche, cuando los sueños tristes conturban el espíritu, Damiana se despertó acongojada por una pesadilla.

Ésta le presentó al joven perdiéndose en un abismo insondable, adonde una fuerza poderosa le impidió á ella seguirlo.



## IV

En la mañana siguiente llegaron los chasques esperados, y la partida se aprestó para seguir la marcha.

Con una infinita tristeza, y el corazón henchido de dolor, vió Damiana los preparativos.

La felicidad que había entrevisto no era más que la ilusión del sueño.

Mientras los mozos tomaban mate, uno de los chasques, paisano viejo y de cara picaresca, pidió una guitarra á don Nemesio para acompañarse unas décimas de despedida.

Con el estilo dolorido de los *tristes* cantó; y muchos se sintieron profundamente conmovidos, por los versos incorrectos, pero inspirados del paisano.

El joven abogado, cuando el cantor concluyó las décimas, se acercó y le rogó que dijera algo en su nombre á la muchacha que los miraba desde la trastienda.

El paisano templó de nuevo el instrumento, y después de mucho probar la voz, cantó estas *ausencias* :

Alma, vida y corazón,  
Escucha la despedida  
De uno que toda la vida,  
Recordará esta mansión.

Flor que en la pura inocencia  
Anhelas amor sincero,  
No olvides al forastero  
Que irá llorando tu ausencia.

Si en la guerra á donde va,  
No le es infiel el destino,  
Por este mismo camino  
A tu casa volverá....

Si no vuelve ¡ay! prenda hermosa,  
Para su eterno consuelo,  
Pide á la Reina del cielo  
Que lo reciba piadosa.

Los ojos del joven forastero expresaban al mismo tiempo que los versos del paisano, las promesas y los ruegos dirigidos á Damiana.

No tardaron en despedirse todos de don

Nemesio y de la muchacha, que al estrechar la mano del joven abogado, sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, y ella no pudo ni balbucear una palabra de despedida.

Desaparecieron todos al rato en la dirección del Sud, á donde las nubes corrían como citándose también para una batalla.

¡Qué triste y sola se sintió Damiana entonces!

Los versos que el paisano había cantado, quedaron en su memoria, como impresos con fuego, y la figura del joven forastero aparecía ante sus ojos en donde quiera que clavase la mirada.

Este día y el que le siguió fueron de cavilación continua. En el espíritu que despertaba á nueva vida, energías extrañas se revelaban. Mil ideas contrarias se revolvían en la mente, y una entre todas se presentaba tentadora y con poderoso atractivo: la idea de ir á reunirse con el joven forastero que le había llevado el corazón.

Una mañana, como eco de lejana tormenta, llegó hasta aquel pago el estruendo

pavoroso del cañón. Claramente se percibían los sonidos, como si rodara por entre el espeso nublado que cubría el cielo.

Era la batalla empeñada lejos, en el Sud.

Damiana corrió á encender dos velas delante de un cuadro de la Virgen del Carmen, y permaneció largo rato de rodillas implorando á la que es *Consuelo de los afligidos* y *Vida, Dulzura y Esperanza*.

Hasta el oscurecer se oyeron con intermitencias los cañonazos, y el cielo tormentoso abrió el seno de las nubes para derramar ligera lluvia, que apenas mojó la capa de polvo de los campos.

En su lecho Damiana, no cesó de rogar á la Virgen. Al llegar la madrugada se incorporó como si hubiera tomado al fin una resolución decisiva. Se vistió sin hacer ruido, y después de ocultar debajo de un rebozo un pequeño bulto, se dirigió á la puerta.

Una voz de niño que la llamaba la hizo detenerse sorprendida. Era uno de los hermanitos que la había sentido.

Entonces Damiana recordó el ruego de su madre al morir, recomendándole que

amara á sus hermanitos y velase por ellos. Corrió á la cama de los niños que seguían llamándola, y los acarició, llorando, como pidiéndoles perdón por la falta que había estado á punto de cometer, al abandonarlos para ir á la aventura en busca de un imposible.

Al otro día pasaron los primeros fugitivos con la noticia de la derrota del ejército revolucionario en los campos del Quebracho.

Pasaron muchos en los días sucesivos, pero ninguno de la partida donde formaba el joven abogado.

Damiana se persuadió de que si éste no había muerto, tampoco volvería.

## V

Muchos de los vecinos del pago, que habían corrido á alistarse en el ejército revolucionario, volvieron mohinos á sus casas; otros habían quedado debajo de los palmares del Quebracho, héroes y víctimas ignorados, que sólo serían recordados en los ho-

gares donde huérfanos, viudas ó madres afligidas, lloraban sin consuelo.

La paz y la tranquilidad reinó de nuevo en el pago. Todos se entregaron á sus antiguos trabajos, hallando más pesada la azada y el arado, más áspero el lazo, más duras las tijeras de esquilar.

Un brasilerero joven, hijo de uno de los más ricos estancieros, empezó á frecuentar la pulpería de don Nemesio.

Pronto se conoció que sus visitas tenían por motivo principal á Damiana. Él mismo se lo declaró al fin al viejo español, y fué admitido como novio de la muchacha.

Era el mozo algo ingenuo, pero cariñoso, y se mostró á Damiana tan enamorado, que ella no se animó á desengañarlo.

Con el tiempo, fué encontrando tanta ternura y amor tan sincero en el joven, que, cuando don Nemesio le preguntó si estaría dispuesta á casarse, respondió afirmativamente sin titubear.

Comprendía que no lo amaba como al joven forastero, que le había llevado el corazón; pero asimismo se sentía tan sola y

---

tan triste, que un afecto nuevo, aunque no fuera el que había deseado, era indispensable á su vida.

Se casó. Cuando estuvieron solos, con su esposo, él, amoroso, la llamó con los dulcísimos nombres de « ¡*Mi alma, mi vida!* » y ella al caer temblorosa en sus brazos para conocer el otro amor, cerró los ojos suspirando.

¿El esposo podría obtener también su corazón?





## El forastero

*A: doctor don Hipólito Gallinal (hijo)*

### I

Bajo el sol pálido del invierno, con barruntos del temporal de Santa Rosa en el cielo, se festejaba en el pueblo de Porongos el gran día de la patria.

En el pueblo, era aquel día de vida extraordinaria. En la madrugada, todos los vecinos habían sido despertados por la diana y las bombas con que se saludaba al sol del 25 de Agosto; y apenas aclaró, se vió en las

casas principales, como en la Jefatura, el pabellón celeste y blanco flameando alegre, como un girón del cielo.

La plaza apareció adornada con mil banderolas, gallardetes y faroles venecianos entre los árboles; en una de sus calles se alzaba un gran arco para la corrida de sortijas, con guirnaldas de follaje y banderas; en otra de las calles, en el frente de la Jefatura cuatro ruedas de fuegos artificiales se movían á impulsos del vientecillo fresco, y un «judas», se balanceaba pendiente de un alambre, escuálido, tentando á los muchachos que lo miraban desfachatados, con deseos de apedrearlo.

A las 9 empezaron á repicar en la iglesia, se quemaron bombas, y salió del cuartel la Compañía Urbana, con su traje de gala, precedida por la banda popular, para colocarse en alas á la entrada del templo, y hacer los honores á las autoridades que asistían al *Te Deum*.

Llegaban los grupos de vecinos con sus mejores ropas, y en la pequeña iglesia iba faltando lugar.

En uno de los grupos apareció, descolgando por su figura, la rubia Asunción; moza de las que pisan en el aire y se llevan los ojos de los hombres tras de sí.

¡Bien hermosa iba en esta ocasión! Con su vestido celeste y blanco, la cabeza envuelta en mantilla de hilo levantada por el escarmenador de carey; las manos cubiertas con medios guantes de punto; con gran prendedor en el pecho, y un rosario de cuentas negras, enrollado en un brazo que fuera liviano yugo enlazando un cuello.

Su madrina y tía Remigia, que la acompañaba mirándose en ella, iba con tanto gozo y orgullo, como en la procesión cuando llevaba las andas de la Virgen.

Los hombres se detenían para verlas pasar, y las mujeres las saludaban con un gesto indeciso, entre cumplido y despellejamiento de intención.

Cuando llegaron á las gradas del atrio, Asunción recogió con gracia su vestido, y al subir por entre las filas de los soldados que sentían el deseo de presentar armas, dejó asomar el zapato de charol con hebillón y

la calada media hasta donde bastaba para probar que el viento no se llevaría aquel cuerpecito.

¡Ah rubia, quién no se hubiera perdido por ella en esa mañana de Agosto!

## II

El órgano desafinado de la iglesia, que se había esforzado por entonar los majestuosos acordes del *Te Deum*, se calló. Hubo movimiento de sillas; y un redoble de tambor hizo ponerse firmes á los soldados.

Aparecieron en la puerta del templo, el Jefe Político, teniendo á su lado al Párroco, y seguido por los funcionarios de la localidad con trajes de etiqueta, y mientras la banda maltrataba el Himno Nacional, y los soldados presentaban armas, pasó la comitiva con andar medurado, en dirección á la Jefatura, donde había de brindarse por la Patria y sus gobernantes, entre copas de champagne y bocados de sandwich.

Y apenas la Compañía se formó en co-

lumna para desfilan, empezaron á salir apresuradas todas las gentes que llenaban la iglesia, tropezando con los muchachos que se colocaban á los lados de la tropa, marcando el paso al son del tambor.

Salió la rubia entre un grupo de mujeres que hablaban á un tiempo muy animadas, y que se desparramó al llegar á la primera esquina, con rumor de besos. Siguió Asunción con su tía hasta las últimas casas del pueblo hacia el Este, y se detuvieron en un rancho techado con zinc, de paredes de adobe blanqueadas, y cuyas puertas daban al ancho camino del Durazno. Al entrar las mujeres, se vió el piso de tierra bien barrido y regado; y por la ventana baja, que no tardó en abrir Asunción, salió perfume de flores y agradable olor de pastelería criolla.

### III

Asunción, huérfana en aquel tiempo, no había llegado á los veinte años. Criada mimosa y regalada por su tía y madrina, que

le hacía de madre desde quince años antes, sólo las alegrías y los aplausos del mundo conocía.

A porfía la obsequiaban los pocos galanes del pueblo, pero ella sin engreirse ni mostrarse tan esquiva que pareciera enemiga de amoríos, poco se cuidaba de ellos, no habiendo sentido resonar en su alma el eco de un afecto verdadero.

Bien conocía estas circunstancias y frialdades Nicolás el herrero, mozo de la flor de los solteros, trabajador como extranjero (al decir de los vecinos) y de alma y corazón tan limpios como la pechera de su camisa en los días que pasaba y repasaba por la casa de Asunción, dejando el ardor de sus miradas en las cortinillas que le ocultaban á la moza de sus deseos.

Acaso la poca resolución y encogimiento de este galán hizo que la rubia no le concediera ni pizca de atención, riéndose de sus paseos por la calle, y festejando con su tía la cortedad y apocamiento de Nicolás.

Porque tan de verdad quería á su sobrina y tanto se miraba en ella ña Remigia,

que jamás salía de su boca una intimación ó requerimiento para que admitiera los obsequios de tal ó cual enamorado.

En la casa se gozaba del bienestar que proporcionaba el rendimiento de una pequeña estancia, y la pensión que como hija de un coronel tenía Asunción; y las dos mujeres pasaban tranquilas y dichosas la vida, distribuyendo los ocios en las visitas á las numerosas relaciones ó en labores que se lucían en la casa con los paños de fino crochet que cubrían las sillas, las rinconeras de bordado multicolor, colchas de finísimo ñandutí en las camas, y delicados festones en las ropas.

#### IV

La banda popular que estaba bajo la advocación del divino Mozart, separada de la compañía urbana, y con su director, viejo cojo y cegatón, á la cabeza, recorría las calles principales del pueblo, seguida por la turba de chiquilines, cuyo lujo en aquel gran

día era tener calzados los pies y cubiertas con sombreros las cabezas llenas de entusiasmo y regocijo.

En la casa de los vecinos más pudientes se detenía la banda. Y los cuatro *pot-pourri* de óperas que constituían su repertorio, sonaban después del Himno Nacional.

Se asomaba la familia orgullosa, mostrándose bien á los vecinos que también salían á las puertas; escuchaban todos con religiosa atención; al terminar entregaban al director algunos reales, y la banda con la escolta de muchachos iba á detenerse en otra casa, para repetir las mismas piezas y dar motivo á iguales escenas.

Al mediodía cesó todo ruido y movimiento en las calles. Pero de las casas salían voces alegres, rumores de conversaciones de sobremesa, que revelaban abundancia extraordinaria en la comida y en los vinos.



## V

Y poco más tarde, pasada la siesta, volvieron á poblarse de gente las calles convergiendo el movimiento en la plaza.

Allí se iba situando á lo largo de la calle, en las dos aceras, para presenciar la corrida de sortijas.

Mujeres de cuño antiguo, de esas que ya son ejemplares escasos, aun en la campaña, se distinguían por su atavío; con chales riquísimos de espumilla, sobre vestidos de mil perifollos y recogidos; y junto á estos trajes, prendidos casi todos al costado en pliegue gracioso por el « paje », se veían vestidos de última moda, de túnica á lo Luis XV y altas hombreras; había mozas de campaña con basquiñas adornadas de ricos festones, y puestas en el pecho grandes moñas de seda; y jóvenes puebleras, que consultaban *La Estación*, lucían casaquillas con pecheras masculinas, miradas con odio por las viejas.

Mantones y sombreritos á la *Pompadour*, mantillas y tocas con ejército de horquillas fraternizaban en la reunión.

En los hombres, la variedad de los trajes no era menor: desde el chiripá y el poncho de vicuña recogido en los hombros, hasta la levita ó el saco prendido y de corte elegante; el sombrero de copa en los escribanos, procuradores y funcionarios principales, y boinas, sombreros gachos y kepis militares, confundidos y revueltos.

Por entre esta multitud abigarrada é inquieta, donde aparecían como en final certamen y juicio, el lujo y gallardía de lo antiguo, junto á la apariencia y similar, compañeros de las languideces y elegancias postizas; por entre esta multitud, agrupada en las dos aceras, pasaban los muchachos en pelotones, riendo con desfachatez y silbando á coro la música que habían oído á la banda popular.

Los balcones del hotel de dos pisos, estaban atestados con la *hig-life* del pueblo, que no se rebajaba á codearse con el pueblo en las calles.

Allí había más lujo en los trajes, pero también más exageración de las modas. Y algunos chicuelos de esos que miran siempre á la multitud desde la altura de una azotea, se entretenían en dejar caer con todo cuidado sus escupitinas en los sombreros de los hombres que pasaban por debajo de los balcones.

No fué de las últimas en llegar á la plaza la rubia Asunción, á quien acompañaban, sustituyendo á la tía, algunas amigas. Con su arrogancia natural, y el vestido de virgen que tenía en la mañana, hizo decir á un paisano, aludiendo á los colores celeste y blanco y á la cabellera rubia:

—« ¡Ahí va mi bandera, con sol y todo! »

Ya hervían murmullos de impaciencia en la muchedumbre inquieta, y no cesaron hasta que se presentó el subdelegado á presidir la fiesta, con cuatro paisanos, bien montados, en pingos que lucían ricos aperos.

Para este momento habían acudido numerosos jinetes, puebleros muchos y algunos forasteros, en los cuales se clavaron las miradas de todos los concurrentes.

En la punta, jineteando un brioso zaino quemado, venía un mozo que se distinguía por el atavío de la persona: la bombacha y saco de puños, de color gris, goli-lla punzó á media espalda y botas flamantes; el sombrero puesto en la nuca; despejada la frente, la fisonomía simpática, ojos castaños, bigote escaso y dientes muy blancos, que la boca mostraba en constante sonrisa; y hasta una pequeña cicatriz que cruzaba una de las cejas, le favorecía.

El público comentó á porfía la apostura del paisano, su mirada atrevida y dominante, y sobre todo la riqueza del herraje.

Uno de los viejos paisanos que hacían de jueces, dijo al verlo:

— Ésta es cara conocida. . . . ¡Cómo no! Si es el amigo Fausto Cruces, del Sarandí.

Cuanto lo tuvo cerca le gritó:

— Amigazo don Fausto, dichosos los ojos que ven esa buena estampa!

— Venimos á ver correr algunos fletes, amigo Centurión. Y también á engolosinarnos con las buenas mozas.

Al decir esto, Fausto recorrió el gentío

con la mirada y la clavó y detuvo en la rubia Asunción, que bajó la suya ruborizándose, sin advertir que denunciaba una impresión que era nueva en ella.

Cuando estuvo todo en regla para empezar la fiesta, el clarín con un toque de atención previno á los corredores.

Los jueces y el subdelegado habían rogado á Fausto y á sus compañeros que entraran en la corrida, y por galantería les fueron cedidos los primeros turnos.

— « A ver, Fausto, si dejas bien á nuestro pago, » — le susurró uno de los forasteros indicándole que corriera primero.

Varios mozos le ofrecieron los palillos; pero él los rehusó, y acercándose á Asunción que no se atrevía á mirarla, le dijo:

— Señorita, ¿quiere prestarme uno de los alfileres que tiene en el peinado?

La muchacha, ruborizándose aun más, sacóse uno de los grandes pinchos que sujetaban la mantilla, y se lo entregó.

La atención del público estaba concentrada ya en el forastero. Esta circunstancia aumentó la curiosidad.

Sonó un nuevo toque de clarín; Fausto miró á Asunción como brindándole el juego, y espoleando á su pingo pasó por el arco, llevándose en el alfiler la pequeña sortija.

Una aclamación, que dominó los alegres sonidos del clarín, saludó aquel triunfo del forastero. Todos los sombreros se agitaron y las mujeres aplaudieron sonriendo.

Los jueces, después de felicitar al triunfador con fuertes apretones de mano, ofrecieron á su elección los anillos del premio.

Entresacó uno Fausto y acercándose á Asunción le presentó su alfiler con el anillo, al tiempo que decía con voz clara y sonora:

Del pago más retirao  
A buscar el sol salí,  
Y lo vengo á hallar aquí  
En tu cara aposentao.  
¿Seré tan afortunao  
Que al entregarte este anillo  
Tiemplen tus ojos su brillo  
Y apaguen algo ese ardor  
Capaz de dar más calor  
Que un trago de cominillo?

Asunción, casi llorando por la emoción y radiante de gracia su hermoso rostro, miró á Fausto y recibió las prendas con la mano temblorosa, sin poder balbucear una palabra.

Nuevamente se oyó la aclamación de la concurrencia.

— «No (dijo el juez Centurión); ¡si mi amigo Fausto había sido manco, ciego y mudo! ¡Ah gaucho!»

Asunción se encaminó á su casa, apenas concluída la función, tan acompañada como al llegar, por las amigas, quizás más envidiosas que alegres, por la preferencia que había merecido.

Se cruzaron con los forasteros y los mozos del pueblo que se dirigían al Hipódromo, y una mirada de soslayo de Fausto acabó de llenar de dicha á la rubia.

Entretanto, Nicolás, que había visto todo se apartó con aire sombrío de sus amigos, como sintiendo alejarse sus esperanzas, en las ancas del caballo del forastero.

Asunción entró en su casa con una opresión extraña en el corazón, y antes de ha-

blar una palabra ña Remigia, se echó en sus brazos llorando. Pero al través de las lágrimas, los ojos parecían sonreír, como el cielo azul después de un aguacero de verano.

## VI

Llegó la noche para aumentar el bullicio y la alegría en el pueblo. La plaza, con sus farolitos multicolores entre los árboles, fué invadida por los vecinos que acudían á presenciar la quemazón de los fuegos; mientras la banda repetía la música del día, más lánguidamente y sin compás, como la marcha de un viajero al fin de larga jornada.

Y luego, cuando las ruedas de fuegos artificiales lanzaron el chisperío de la pólvora al espacio, un grito inmenso de admiración subió á perderse en el espacio con aquellas luces fugaces.



Mientras hubo una chispa en el cuerpo del pobre *Judas* que la brisa siguió balanceando achicharrado, informe y más injuriado que antes por los muchachos, la gente paseó en torno de la plaza, saboreando el espectáculo, con los ojos encandilados y el cuerpo molido de cansancio.

La gente moza se aprontaba, sobreponiéndose á las fatigas de aquel día extraordinario, para los bailes que debían ser digno fin y remate de las fiestas.

El *Club* se llevaba lo mejorcito de la población, para su baile de *humos* aristocráticos. Pero ña Concepción Romeral, descendiente de generales y señora de merecimientos y prosopopeya entre la gente de menor cuantía que la del Club, tenía también su baile y en él se reuniría concurso lucido.

Asunción estaba invitada para esta reunión. Terminados los fuegos, cuando sólo algunos faroles quedaban con sus luces moribundas, moviéndose en la obscuridad de la plaza, pasó Asunción con su tía, hermosa hasta hacer suspirar al cefrillo que acari-

ciaba su rostro, jugueteando en los calados de la mantilla.

Al entrar la rubia en la sala de doña Concepción, se sintió un murmullo muy expresivo.

En la mano izquierda de la moza se veía, con otras sortijas, la que había recibido de Fausto.

No le faltaron felicitaciones; y todas las muchachas allí reunidas llegaron á saludar á la rubia para repetirle el estribillo intencionado: «¡Que lo disfrutes, hija!» más parecido á mordizco que á beso.

En el patio estaban, y al empezar el baile se presentó en la sala la mayoría de los jóvenes forasteros, y entre ellos Fausto.

El buen mozo se atrajo todas las miradas, pero no pareció advertirlo, como quien está acostumbrado á mimos y agasajos.

Se bailó una cuadrilla para comienzo, porque á fin de dar en cara á los del Club, no se permitía en lo de Romeral el clásico pericón ni el cielito; todo había de ser á lo extranjero y de salones del gran mundo.

Asunción bailó con un mozo forastero la

cuadrilla, y Fausto la comprometió para la pieza siguiente. Salieron al compás cadencioso y monótono de una danza, arrastrando las miradas de las otras parejas.

Cuando terminó la pieza, y aunque Fausto cambió en ella pocas palabras con la rubia, había entre ambos una relación de afectos evidente.

Vivo el forastero, y menos escrupuloso que afortunado, emprendió aquella conquista con la confianza de un guerrero invencible, que ve temblar al enemigo. Supo decir tan bien esas frases que engañan á las mujeres, cuando ellas lo quieren, que al terminarse el baile de madrugada, cambiaron rápidamente estas palabras:

—Mi prenda, concédame un momento más para verla. Esta noche. Yo la acompañaré y después me esperará Vd. para decirle dos palabritas.

—¿Y mi tía? No está bien que yo hable sola con una persona que recién he conocido.

—Asunción, mi almita, no diga esto. Permítame que la acompañe. Yo se lo pediré á su tía.

Ña Remigia accedió complacida. El mozo se le había entrado por los ojos también á ella, y no pudo resistir á sus instancias.

Cuando llegaron á la casa, los dos jóvenes se habían adelantado algunos pasos á la vieja, y Fausto mirando la ventana dijo rápidamente á Asunción:

— « No sea ingrata. Cuando yo arañe en la ventana, abra para conversar un momento ¡Tengo tantas cosas que decirle! . . . »

La muchacha no contestó.

## IX

Al día siguiente pasaron los forasteros en grupo por delante de la casa de Asunción, con rumbo al Durazno.

Cuando desaparecieron entre nube de polvo, en las ondulaciones del camino, una vieja gritó desde su puerta á la tía de la rubia que estaba asomada en la suya:

— « ¿Eh, ña Remigia, no le parece que los forasteros son como nubes? ¡Levantán polvo ó dejan reguero de lágrimas! »

---

Y entrando ña Remigia á su cuarto, vió á Asunción echada sobre la cama, bañada en llanto, y besando con ardor un anillo. . . .

## X

El primer domingo después de aquella fecha, pasó Nicolás por la casa de Asunción, y al mirar su ventana creyó morir de alegría: la rubia le sonreía por vez primera y él vió en sus ojos de cielo la promesa de un paraíso.



# El ferrocarril

*Á Domingo Areno.*

## I

En el pago de Santa Isabel, en el pasó de los Toros del Río Negro, se vivía en 1885 la antigua vida.

Años antes había llegado á la margen del gran río una falange de hombres de la ciudad, que iba dejando á su paso unos hilos vibrantes, que pasaban de un poste á otro, enlazándose á los aisladores de porcelana de forma de campanillas.

Era el telégrafo, mensajero del progreso, que marchaba á pasos de gigante, dejando sus miembros interminables, clavados en la dura tierra que no conocía aún la mordedura del arado.

Los paisanos al ver aquel alambrado aéreo atravesar en salto audaz el ancho cauce del Río Negro, y seguir escalando las cuchillas siempre en línea recta hacia el Norte, lo miraron con desconfianza. Escuchaban el ruido del viento que silbaba en los hilos y en los aisladores, y se les antojaba que eran las voces que corrían, contando los ganados, contando los mozos para la leva; y pronto odiaron mortalmente á aquel intruso.

Cada aislador parecía una oreja del monstruo vuelta hacia la tierra, para escuchar todos sus rumores y recoger las palabras para llevarlas lejos, muy lejos, al Sud, á la ciudad, que se bañaba en el mar y que tenía el *espía* del Cerro con el ojo pestañeador de su farola giratoria iluminado de noche por extraños resplandores.

Las golondrinas, viejas conocidas del Progreso, fueron las primeras aves que se



posaron sin miedo en aquellos hilos siempre vibrantes. Los horneros, después, registraron curiosos los aisladores; y tranquilizados, se adueñaron de los postes para construir sus casitas de barro, con el orgullo de los que adoptan una moda nueva y se burlan del riesgo que otros forjan en cada novedad.

## II

Hacía tiempo que el telégrafo había pasado; los postes de hierro fueron vestidos por las lluvias y humedades con capa de orín, los vendavales torcieron algunos; aquí y allá reventaron hilos; y todavía los paisanos odiaban al intruso. En días de tormenta, veían correr por los alambres chispas eléctricas, que bajaban de los postes á hundirse en el suelo, y se confirmaba su idea de que aquella fábrica tenía algo de infernal y diabólico.

Cobraban un rencor sordo á esa avanzada de la nueva civilización, y ni aun cuando los

ganados chúcaros se acostumbraron á ras-  
carse en los postes, á acostarse y dormir  
tranquilos á su lado, ellos se doblgaron, te-  
merosos y desconfiados siempre.

Había pocas casas en aquella margen de-  
recha del Río Negro. Una larga, de piedra,  
era la pulpería de un francés, dueño también  
de la balsa del paso; había dos fondas bau-  
tizadas con el pomposo título de Hotel, y  
cuatro ó cinco ranchejos que estaban habita-  
dos por los peones de la balsa, criollos in-  
dolentes que habían encontrado allí una  
ocupación fácil y que les dejaba muchas ho-  
ras para el sueño y el reposo.

Otro rancho más grande estaba junto al  
camino, al lado de la posta de la diligencia,  
señalada por un cerco de palo á pique, y un  
alambrado que servía de brete para los ca-  
ballos.

Vivía en ese rancho una china vieja co-  
nocida por *ña Ciriaca la flaca*, de esas vie-  
jas criollas con mucha sangre charrúa, que  
la edad seca y arruga como las frutas que  
se guardan en las cocinas, pero que se man-  
tienen fuertes, con la última savia reconcen-

trada, desafiando á la muerte que parece esquivar á las plantas secas y encogidas cuando siega en el sembrado exuberante del mundo.

Vivía en aquel rancho desde tiempo inmemorial. Había tenido una hija, una chinita querendona que conoció temprano el amor y temprano murió, dejando una niña destinada á acompañar á la abuela y alegrarle la vida de desolación que rodea á la vejez.

Esa niña era Martina, morochita avispada, que los pasajeros de aquella travesía habían visto crecer en gracia y hermosura, hasta ser en el año 1885 un pimpollo silvestre, con el perfume recogido y oculto en la aspereza de su incultura y abandono.

La casa de ña Ciriaca servía de posada á los pasajeros que no querían alojarse en la pulpería del francés ni en las fondas del lugar, y con lo que ese hospedaje y el cuidado de la posta le producía, vivía la vieja bien, holgadamente, mirando correr los días detrás de los días, viendo á su nieta hacerse moza rozagante que atraía ya á los picaflores del pago en figura de paisanitos bien

aperados; y secándose ella, como si la yerba del mate que chupaba sin cesar, sólo alimentara la savia reconcentrada de la vida y no alcanzara al resto del cuerpo.

A la casa de ña Ciriaca llegó en aquellos días de 1885 la noticia aterradora para los paisanos: el ferrocarril que había pasado el Yí y marchaba hacia el Norte, venía acercándose al Río Negro.

¿Qué era el *ferrocarril* para los paisanos? El terror de los ganados chúcaros que huían campo afuera al sentir los bufidos de la locomotora; el impasible terror de los campos que cortaba, dejando su huella indeleble en aquellos fierros paralelos acostados y ligados sobre la cama de ñandubay; el incendio de los pastizales secos por el sol del verano, con las chispas que volaban del fogón calentador de la barriga del monstruo; el corte de los alambrados por aquel viajero incansable y caprichoso, que no torcía el rumbo, á quien ninguna valla detenía; y la muerte de la diligencia y las carretas que daban vida á las postas y á tantos vecinos. . . .

Nada querían saber ellos del progreso, ni

de los bienes futuros. Lo que veían, lo que sentían era que el *chismoso* del telégrafo había venido á espiarlos, á escudriñar en los campos para denunciar sus riquezas, y había abierto el camino á la inmensa serpiente que corría sobre los dos fierros interminables acostados en la tierra, que atravesaba las montañas abriéndose paso como los tucutucu, y que llenaba las hendiduras y los bajos formando largos lomos de tierra colorada donde no arraigaban ni los yuyos de maldición, las ortigas, los abrojos y las espinas.

### III

En aquellos días, se reunían los vecinos cada domingo en la pulpería del francés, á jugar á los naipes y á beber; y en las mesas de juego, bajo la solera, donde se encontraban los paisanos, era el principal motivo de las conversaciones, el peligro que venía del Sud, procedente de la misma ciudad de donde salían las contribuciones y las leyes, y en

donde gemían en cuarteles los hijos de la campaña.

Un viejo de larga barba, reposado en sus movimientos y lento en el hablar, sonreía oyendo el cálculo de los otros paisanos, acerca del ferrocarril.

Él conocía bien al Río Negro, el *Hum* de los indios, el viejo río que arrastraba en sus aguas jugo de zarzaparrillas seculares, que petrificaba en el fondo de su cauce las astillas de los árboles destrozados por las tormentas, y las frutas que los vendavales quitaban á los guayabos, á los ñangapirés y á los mismos araticúes, ásperos y miserables como viejos avaros. Y ese río, que todos los inviernos salía de su lecho, extendiendo las riberas hasta las altas barrancas, arrastrando gramillales y dejando los campos fertilizados con su inundación; ese río padre, ¿permitiría acaso que máquina alguna lo dominara, cortando sus aguas correntosas, clavando en medio de su cauce los postes que rompen la corriente?

Recordaba el viejo que cuando se estableció la balsa en el ancho Paso de los To-

ros, el río se había sublevado, y sacudiendo sus aguas oscuras, invadió los altos terrenos, humillando los gramillales, dejando sobre la tierra inundada huella devastadora, pero fecunda.

— « ¿Qué le parece, ño Remigio (preguntó al viejo uno de los paisanos), pasará el ferrocarril? »

El viejo, sacudiendo la cabeza con gesto irónico, dijo:

— « Déjenlo llegar al paso, y ya veremos si hay quién dome la corriente . . . »

Y acentuó las palabras con una carcajada.

Pero otro de los presentes, un joven tropero, acostumbrado á recorrer la campaña y á llegar á la ciudad, y que había escuchado en silencio los comentarios de los demás, habló á este tiempo para decir:

— « Miren, paisanos, que el ferrocarril es una fiera y no hay defensa contra él: yo he visto el puente del Yí, larguísimo, con toda su armazón de fierro, y he visto domar la corriente hasta acostarlo entre las dos barrancas para que el ferrocarril pase con sus humaredas y sus bufidos por los campos de

Villasboas derecho á nuestros pagos. Pasará el viejo Río Negro y seguirá el camino hasta perderse en las sierras, allá donde dicen que todo el año están los campos blanqueando tapados por la escarcha, donde llueve frío y los vientos castigan á los árboles con rebenques de hielo. »

Calló el joven tropero. Sus palabras habían causado gran sensación en los oyentes. .

El francés pulpero tomó parte á su vez en la conversación :

— « Amigos (dijo con acento tranquilo), el ferrocarril es una felicidad para la tierra. Corta los campos, espanta los ganados, pero después aumenta el valor de todo, y hace más fácil la vida; se llenan los campos de trigales; el ferrocarril lleva á la ciudad los productos del país con más seguridad que las carretas, más pronto y con menos gasto; y trae toda la riqueza de las industrias de Europa, para derramarlas en esta nación que todos deseamos se haga rica y grande entre sus hermanas. »

— « No, no (dijeron varias voces á un tiempo). Esas invenciones del ferrocarril y



el telégrafo son la desgracia de la campaña. Desde que hay ferrocarriles en nuestra tierra hay epidemias y calamidades; se mueren los ganados y todo se arruina; y además las empresas son extranjeras que vienen á explotar el país para llevarse su riqueza!»

#### IV

Los ecos de estas opiniones recorrían las estancias de aquella zona. En todas las casas, donde se reunieran algunos hombres, se hablaba del peligro cada día más cercano, se forjaban dificultades y se estimaban probabilidades, quedando todo en indecisión.

Pero vino la guerra, la guerra civil del año 1886; en los campos se interrumpieron los trabajos y las partidas volantes de ambos bandos ahuyentaron la paz y el sosiego de todos los hogares, abiertos á la desgracia como á la dicha bajo el sol eterno.

Las primeras partidas que se formaron en aquel pago desahogaron en el telégrafo el odio de tanto tiempo, derribando con impla-

cable saña los postes de fierro en larga extensión, cortando los hilos y rompiendo aquellas orejas blancas del monstruo, donde querían encontrar el oculto mecanismo que recogía los sonidos para transmitirlos á los hilos.

Salvaje alegría parecía animar á aquellos pobres, desheredados todavía de la educación, y que al hacer frente al progreso se parecían á los toros bravos que embisten á la locomotora . . . .

Cuando tornaron la tranquilidad y el orden, cuando los trabajos se reanudaron con la triste impresión de la derrota de la buena causa, también prosiguió su marcha el ferrocarril. La vía iba llegando á la margen izquierda del Río Negro.

Una mañana, despertaron los vecinos con el asombro ante sus casas: una legión de obreros trabajaba en el río, desafiando la impetuosa corriente, sondeando la profundidad, probando la resistencia del lecho y la fuerza de las aguas.

Pocos días después, llegaban cargamentos de maderas, llegaban grandes martillos y

máquinas enormes. Clavaron gruesas vigas y construyeron pilastras en el río, domaron con ciclópeos golpes la resistencia del fondo, y sobre aquellos pies de piedra, arraigados en el duro terreno, empezaron á tender y á trabar fierros hasta formar el puente inmovible, airoso, que quedó extendido con sus dos cabezas en ambas márgenes y los pies innumerables clavados al través de las aguas correntosas, que se abrían y pasaban quebradas por entre las pilastras.

Y mientras los paisanos creían estar en un sueño, viendo el gran río domado, el temido enemigo, vencedor de todos los obstáculos, apareció triunfante, coronado de humo, bajando de la cuchilla en marcha majestuosa á inaugurar con la alegría de una victoria del progreso, aquel gran puente que gimió al paso de la locomotora y del convoy engalanado con banderas, sintiendo la opresión poderosa del señor.

Todo estaba concluído para lo antiguo. La vieja vida asustada, huía al través de los campos á refugiarse en los montes vírgenes y en las serranías impenetrables, hasta donde

la perseguía el telégrafo anunciando á la nueva civilización.

La balsa quedó amarrada en los sarandíes de la ribera, la diligencia alargó sus viajes; se levantó un gran hotel, y numerosas casas poblaron aquel lugar arenoso, rodeando la estación de piedra del ferrocarril adornada con veletas y postes de pararrayos y del telégrafo, y la capilla con su cruz se levantó más alta, coronando aquel triunfo de la civilización con su enseña redentora.

Ña Ciriaca vió con la tristeza de quien mira derrumbarse bajo un golpe fatal todos sus ideales y todas sus creencias, el triunfo del ferrocarril que avanzaba cada día en su marcha hacia el Norte.

Ella no tuvo más pasajeros en su casa, porque el nuevo hotel atraía á todos; la posta fué llevada á otro campo, y con todo esto la vieja sintió crecer en su corazón el rencor y el odio al progreso.

En sus oídos sonaban como anuncios fatídicos, como ruidos infernales, las pitadas de la locomotora y las férreas vibraciones de los trenes, arrastrándose sobre la vía, car-

gados de ganados, de lanas ó de mercaderías, con los pasajeros asomados en las ventanillas para curiosear en la campaña todavía sorprendida.

Martina, la nieta de la vieja, cada día más hermosa y tentadora, se había encariñado en cambio con el ferrocarril. . . . porque en él pasaba un joven que se iba adueñando del corazón de la muchacha.

Ella iba todos los domingos con las otras mozas á la estación, á ver pasar los trenes y á engolosinarse con la vista de aquel reflejo de la vida atrayente y llena de novedades de la capital lejana.

Corrieron días, y al despertar ña Ciriaca una mañana, llamó á Martina, y el silencio, que en adelante sería único compañero de la vieja, la aterró con su mudez.

La morochita, querendona como su madre, había alzado el vuelo á colmar sus esperanzas de amor y libertad, llevada por el ferrocarril rumoroso á la gran ciudad del Sud, que tanto tiempo la había hecho suspirar, con las ansias de verla; de ver su mar, sus paseos, las innumerables casas de azotea;

las estatuas, personas de piedra; las chimeneas que echan el humo hasta el cielo; los grandes buques que se balancean en las aguas del puerto, y los carruajes donde se pasea cómodamente, con el lujo, fantástico para una campesina, de sedas, brocados, terciopelos y blondas. . . .

Al verse abandonada y sola, la vieja ña Ciriaca sintió que perdía con su nieta uno de sus últimos consuelos; que quedaba en la desolación más triste, teniendo que escuchar los ruidos del ferrocarril que pasaba por delante de su rancho lanzando bocanadas de humo negro. Sintió la vieja que, privada de aquel hermoso retoño, su vida quedaba sin sombra ni apoyo, que nada le quedaba en la existencia amargada por tantas desilusiones; pensó en la muerte, y un temor grande llevó el frío á su corazón. Casi se seca la savia y cae como árbol sin raíces.

Pero se consoló después de llorar mucho, y tomó una resolución. Irse lejos, lejísimo, á donde no sintiera el paso del tren ni viera el humo negro de la odiada locomotora.

## V

Una noche pasó el ferrocarril en viaje extraordinario, con cargamento de ganados.

En los campos dormidos quedó flotando una nube pesada y un rumor sordo que corrió por los fierros vibrantes de la vía.

Cuando despertaron los vecinos en la madrugada, se sintieron conmovidos y asustados. En un rincón que formaba el río en una de sus vueltas, junto al paso, los pastizales altos ardían, incendiados por una chispa desprendida de aquel tren, que había pasado como un ladrón en el silencio y en la obscuridad de la noche.

Ardían los pastos secos y rechinantes; y el fuego entre nubes de humo subía iluminando con sus resplandores el paisaje alegre de los campos en la madrugada de verano.

Se reunieron pronto los vecinos, atraídos por aquella luz que presagiaba una gran desgracia. En aquel rincón tenían todas sus

esperanzas para salvar los ganados de la seca que dejaba los campos pelados y estériles.

El fuego se extendía, pasaba los límites del rincón y amenazaba invadir los campos circunvecinos.

La cañada seca que en otro tiempo habría obstado á la propagación del incendio, no era entonces más que una zanja donde el sol ardiente había formado *caliagüesales*.

Todos los hombres se reunieron, y provistos de cueros de ovejas, empezaron á combatir al fuego con los medios ingeniosos que les había sugerido la necesidad. Cargaban varias pieles en el anca de un caballo, las mojaban en el río y á todo correr volvían al campo incendiado, y entonces cada hombre con uno de aquellos cueros empapados golpeaba en el pasto, gritando para animarse mutuamente, mientras el humo y la ceniza voladora les ennegrecía los rostros.

Pero no bastó este recurso para contener el incendio: las llamas se extendían como una inundación al ras del suelo: era ese



fuego que por ironía sin duda se llama manso siendo el más terrible.

Al fin se tuvo que recurrir á un remedio extremo. Mataron algunas yeguas, las abrieron y despatarraron con todas las vísceras; y atándolas de á una á la cincha de dos caballos con largos maneadores, arrastraron aquellas carnes todavía palpitantes, sobre el fuego implacable.

Iban quedando en el pasto y en la tierra, trozos de las vísceras sangrientas; las carnes después, pedazo á pedazo, y los huesos deshechos, hasta que los caballos sólo arrastraron un manojó de cuero revolcado sujeto en el extremo de los maneadores.

Así se cortó el incendio encerrándolo en el rincón, donde ardieron hasta las últimas matas. Y la tierra quedó cubierta de una lepra blanca, como si fuera el desagüe de un lavadero.

Entonces los paisanos con sus rostros chamuscados y ennegrecidos por las llamas, con aspecto feroz, miraron iracundos al puente y á la vía férrea que se señalaba en el campo como un camino trillado con las

dos rayas negras de los rieles, y dijeron con toda la rabia que llenaba sus corazones: « ¡ Para esto sirve el ferrocarril y el maldito progreso! »

## VI

Con la tremenda impresión del estrago, la vieja Ciriaca dejó su rancho, y en una carreta, con todos sus trastos, emprendió el viaje hacia el Oeste, camino de las sierras, adonde esperaba que no llegarían el humo de la locomotora ni el ruido de los trenes.

Al llegar á los campos quemados, detuvo el carro y se volvió para mirar por última vez aquel lugar que había habitado tantos años; la mirada se posó en la cruz de la capilla y la vieja se persignó sollozando.

Castigó los caballos que arrastraban el carro y siguió hasta encontrar el refugio que deseaba en las asperezas del Oeste.

Pero en ese camino ya la agricultura había llegado á derramar su fecundidad: trigales dorados se movían como un mar, agi-

---

tados por la brisa, y grandes plantaciones de viñas y tabaco verdeaban en aquellos campos feraces y ricos, que empezaba á morder la reja del arado.

1893.

---



## La primera visita

La solera inclinada de la cocina proyectaba una sombra larga y angulada en el patio; el viento fresco de tarde de Agosto arrastraba las últimas hojas de los paraísos, y movía las plumas de las gallinas echadas con voluptuosidad junto á la pared, con el plumaje esponjado y el pico bajo el ala.

Algunos chingolos y calandrias se paraban en los palos del alambrado que cerraba el patio, y por la puerta entreabierta del rancho grande se veía á dos mujeres afanosas en el arreglo y limpieza de los muebles, mientras por una ventana baja salía una

canción entonada por voz que revelaba juventud y gracia.

Una negra joven, con cara de mal humor, vestida con almidonada pollera de zaraza rojiblanca, salió de la cocina con un plato lleno de maíz, y después de limpiar el alto mortero que estaba acostado en el suelo junto á la pared, echó en el hueco los granos y empezó á golpearlos con el pisón lustroso.

Movía los brazos de arriba abajo, lentamente, dejando reposar el pisón, entreteniéndose mucho en volver con la mano al hueco los granos que saltaban, y en espantar al gallinerío que había dejado el sueño perezoso para rodear el mortero á la espera de los granos fugitivos.

Hacía rato que la negra pisaba maíz con la misma cachaza, sin que se le disipara el mal humor, cuando aparecieron galopando en dirección á la casa dos hombres mozos, que al llegar cerca se vió vestían como de fiesta y uno de ellos con buen apero.

La negra al verlos dejó el pisón en el suelo y ni siquiera se preocupó de las gallinas que acudieron á picotear los pedaci-

tos de maíz adheridos á la madera. Después de titubear un momento corrió hacia el rancho gritando: « Señora, señora, niña, ahí viene el mozo; » y luego soltó una carcajada violenta y volvió á recoger el pisón y á continuar su faena.

Llegaron los mozos á la ramada, se apearon, y muy cumplidos saludaron desde allí sin adelantarse. Se notaba en seguida que eran patrón y peón: patrón el joven del chapecado rico, que aparecía encogido y como temeroso por el paso que daba; peón el indiecito suelto de maneras, de cara burlona, que á duras penas se mantenía serio junto á su patrón.

Era éste Mauricio Olivera, hijo de la rica viuda doña Nicolasa, y venía á la estancia de don Juan Rodríguez nada menos que á hacer la primera visita de novio á Jorgelina, la hija moza de don Juan, la misma que cantaba en su cuarto un rato antes, emperejilándose para esta entrevista que la traía desvelada desde el día de San Juan.

En la noche de baile y cédulas en la casa de Rodríguez se habían hablado y compro-

metido con Mauricio, alegrando al padre de la moza y disgustando á doña Nicolasa, que deseaba mejor partido para su hijo.

Poco tardaron en salir don Juan y su esposa á recibir al visitante. Con gran agasajo lo saludaron, y la señora hizo entrar á Mauricio á la pieza que hacía de sala y comedor, mientras el viejo gritó á la negra que trajera agua caliente y obsequiara al peón.

Mauricio se sentó algo inquieto; preguntó dos ó tres veces por la salud de todos los de la casa, y después se quedó largo rato mirando una oleografía de batalla que tenía en frente de los ojos.

La señora lo dejó en cuanto don Juan preparó el mate, y poco después, cuando los dos hombres iban á engolfarse en los pronósticos de unas carreras futuras, se oyó un cuchicheo en la habitación contigua; la cortina de la puerta intermedia fué separada por una mano trémula, y en el umbral apa-



reció Jorgelina, muy sonrosada y con los ojos brillantes; linda, como lo están las morochas cuando no se cambian el color con polvos ni preparaciones químicas.

Se acercó Jorgelina á Mauricio, que la esperaba en pie, con un desasosiego que le hormigueaba en el cuerpo, y se dieron la mano sin hablar ni mirarse.

Intentó el mozo hacer la pregunta de costumbre, y salió entrecortada la frase: « ¿Cómo lo ha pasado? » que fué contestada por otra tan insustancial: « Muy bien . . . ¿y usted? » — « Muy bien. »

Y luego volvieron á quedar en silencio. Mauricio mirando las botas muy lustrosas que traía puestas. Ella, con los ojos fijos en un pliegue de la pollera, que con cuidado doblaba por tener en qué distraer las manos.

— « Ya tenemos el verano encima, » (dijo él, al fin, por decir algo).

— « Ha visto, ¡qué calor! » (respondió ella mirándolo.)

Y de nuevo se hizo la pausa larga.

A este tiempo don Juan, que á más de

hombre veterano en estos casos, como que llevaba casadas tres hijas y dos sobrinas, deseaba ardientemente emparentar con los Olivera por medio de Mauricio, recogió la caldera y los avíos del mate y salió dejando solos á los novios.

---

En el patio, el peón de Mauricio se había instalado debajo de la solera, en un banquito, esforzándose por conservar la seriedad y el juicio que le había recomendado su patrón.

La negra seguía pisando maíz y mirando de soslayo al indiecito, que esperaba el mate muy orondo, retozándole en el cuerpo el deseo de bromear con la negra.

La veía joven y muy limpia, con cierta belleza y no pocos atractivos, en su afanosa tarea de pisar el maíz para la mazamorra y el locro con que se obsequiaría al visitante; y al indiecito le andaba por la imaginación un pensamiento de diablo.

A la negra que lo veía con aquella fingida

indiferencia, se le aumentaba el mal humor, y entre dientes, con todo el rencor de una raza, parecía decir:

— « Ni por cumplimiento se ofrece el mozo. . . . Muy bien que si fuera una blanca ya me había quitao el pisón de la mano. . . . Yo te había de dar. . . . »

El indiecito no pudo contenerse más y le dijo:

— « Vamos, misia Cumbarí, quiere que yo pise, y usted ceba un matecito? »

La negra, aunque se vió tratada de rabiosa por aquella palabra *Cumbarí*, desarrugó el entrecejo, y sonriendo le alargó el pisón.

— « Pa lo que falta, » dijo él, revolviendo el maíz con la mano. Y apenas dió unos cuantos golpes vigorosos y firmes, muy distintos de los que la negra daba à desganó.

— « Vamos á aventarlo ya, » propuso ella dando el primer mate al mozo; y con dos platos pasaron el maíz, dejándolo caer del uno al otro en cascada, para que la brisa llevase la cáscara y el polvo.

Después de limpiar el maíz, entraron á la

cocina á tomar mate más seguido, ya hechos buenos amigos y pellizcándose á cada vuelta.

---

Cuando Mauricio se vió solo con Jorgelina, más fuerte que antes le latió el corazón y más se enardeció su cara.

Habló él primero:

— «¿Ha pensado en mí en estos días?» le preguntó bajito.

— «¿Y usted?» respondió ella, preguntando á su vez.

— «Ni un momento la he olvidao.»

— «Sí, que otra lo crea. ¡Y ni siquiera vino de mañana hoy!»

— «Habíamos quedao con don Juan en que vendría de tarde. . . .» (Y aquí hizo el mozo una pausa larga.) «¿Pero no merezco que me perdone?» (agregó con tono insinuante, acercando su silla á la de Jorgelina casi inconscientemente.)

— «Bueno, lo perdono, pero cuidadito con otra.»

— « Y usted, ¿por qué miró el otro día á Remigio Morales cuando yo me despedía? »

— « ¿Yo? ¡Ay Jesús, qué ocurrencia! ¡Si es un tipo que no lo puedo pasar! »

— « ¿Y á mí? ¿Piensa siempre en mí? » (dijo Mauricio insistiendo en su pregunta y con el mismo tono de niño mimado.)

— « Pienso en quien lo merece. »

— « Muchas gracias. »

Se abrió un largo paréntesis. El mozo tosió dos ó tres veces, miró con disimulo al patio y luego habló muy bajo:

— « ¿Va al baile de San Pedro á la sierra? »

— « Pienso ir, ¿y usted? »

— « Yendo mi prenda (dijo él soltándose más) ¿cómo he de faltar? »

Otro paréntesis.

— « Ay Jorgelina, cuándo podré decirle: *¡Te quiero!* »

Ella se sonrojó y no respondió.

— « ¿No me permite que se lo diga? »

Tampoco respondió ella.

— « Jorgelina (dijo él entonces, con el alma en los labios), ¡te quiero como á mi vida! »

Ella cerró los ojos brillantes, bajando la cabeza hasta tocar con la barba el seno palpitante de emoción. Y Mauricio, acercando más su silla á la de la muchacha, le dijo con voz temblorosa:

— « Decime que me querés, también, mi prenda! »

Jorgelina dejó que le cogiera una mano; pero, como vuelta á la realidad por el contacto, alzó la cabeza de golpe y dijo con dulzura, tartamudeando algo porque los labios temblaban:

— « Sí, te quiero, te quiero . . . . Pero déjeme la mano. »

— « ¿Por qué no me tutea? » (repuso él sosegándose).

— « Es muy pronto . . . . Más adelante. »

— « Vaya, no sea ingrata. Diga otra vez *te quiero*, y cuando estemos solos no más me tuteará; ¿quiere? » . . . .

— « Bueno . . . . *te quiero* . . . . » (Y diciendo estas palabras ella retiró su silla de la de Mauricio, pero quedando todavía más próxima que al principio de la entrevista.)

En ese momento se oyó una carcajada

ruidosa de la negra y el rumor como de la caída de un montón de espigas de la troja.

La madre de Jorgelina cruzó el patio dirigiéndose á la cocina y diciendo alto: « ¡Ah negra cabra, ya está haciendo de las de ella! »

Don Juan volvió pocos momentos después al cuarto, seguido de la negra risueña, que traía la caldera sobre una lata con brasas, y la puso en el suelo junto á la puerta.

— « Ya decía yo (pensó el viejo entre sí) que iba á encontrar á los piscoiros juntitos como pegaos. » Y alcanzando el mate á Mauricio, le dijo: « Velay, buen mozo, pa abrir el apetito. »

---

En la comida, entre cucharada y cucharada de la sabrosa mazamorra, don Juan y Mauricio departieron sobre caballos y carreras (la gran pasión del viejo); y se pasó el tiempo, hasta ya obscurecido, sin que el mozo pudiera cambiar una palabra más con Jorgelina.

Más tarde, alejándose al trote de la casa, Mauricio llevaba la cabeza llena de mil impresiones, ideas y ardores, que la brisa fresca disipaba poco á poco.

El peón que iba á su lado se atrevió á preguntarle:

— «¿Cómo le fué patroncito?»

— «Regularcito (respondió Mauricio). Pero vos anduviste saliéndote de la vaina. Ya te sentí.»

— «Yo? Si fué que la negra, que es una tremenda de alborotada. . . . y que estaba pisando maíz. . . y como yo me le ofrecí. . . .»

— «Sí, sí, ya te oigo, que sos como vía de ferrocarril por lo largo. ¡Pucha qué lengua! . . . .»

Y apuraron los caballos para llegar temprano á la estancia, que ya se divisaba á la luz de la luna en cuarto creciente, con el ombú secular y los paraísos que daban sombra á la casa blanca de los Oliveras.



# La muerte en la tapera

*A Juan Torrendell.*

## I

Hacía muchas semanas que se querían; muchas semanas que suspiraban por verse juntos. Testigos las gaviotas que oían sus suspiros en la brisa, y la noche que con su sombra amparaba las entrevistas de los novios.

José Rivera se llamaba el mozo, joven, pues no alcanzaba los veinticinco años y desde muchos antes marchaba solo, y era

uno de los más diestros loberos del Polonio.

En un viaje á la Paloma conoció á Casiana, la hija de la brasilera doña Carmen, viuda y dueña de la única pulpería del pueblito.

Como se encuentran en los surcos las semillas que han de brotar juntas, así José y Casiana se sintieron aparejados para vivir unidos.

Ella, había dado promesa de casamiento á Alejandro, uno de los prácticos griegos que con frecuencia llegaban al puerto; pero, cuando José la habló, sintió la impresión de una nueva vida en el acento apasionado y cadencioso del criollo.

Desde aquel día Casiana juró acompañar á José, aunque fuera á la muerte, y romper su compromiso con el griego.

Era larga la distancia entre el pueblo y el Polonio. Cuando dos semanas más tarde volvió José á ver á su prenda que ya lo desvelaba, se encontró con que doña Carmen no permitía que su hija se volviera atrás del compromiso con Alejandro, para atender á quien la brasilera consideraba un

*farrapo*, sin más cama que el recado ni más techo que el cielo.

No habían valido la resolución y los ruegos de Casiana, ni valieron las instancias y empeños de José para doblar á la viuda, que estaba acostumbrada á salirse con la suya, aun desde el tiempo en que vivía en su casa quien llevaba pantalones.

José volvió al Polonio, más triste que tarde de invierno, prometiéndose olvidar aquel encuentro que lo había detenido en su marcha tranquila.

Pero con la ausencia, en la soledad del rancherío de la costa, donde sólo había dos compañeros que le causaban envidia porque tenían mujer que los amaran y chiquilines que alegraran el rancho, sintió el mozo que el amor de Casiana crecía y arraigaba en su alma con la fuerza que los pinos en los campos costaneros.

En vano quiso aturdirse acudiendo á la matanza de lobos á las islas y refugiándose de noche en la casa del guarda-faros á jugar y á charlar, oyendo los rumores del mar que bañaba las rocas de la costa y los chi-

llidos de las aves nocturnas que acudían engañadas por la luz del faro á golpear con fuertes aletazos los cristales.

Allí encontraba también una vida que le reanimaba sus esperanzas y avivaba todos sus deseos. Veía á la familia del guarda-faros, formando en su torno un círculo de alegría y de amor, llenando de risas y rumores la casa.

A este amigo reveló José lo que le pasaba, y cuando el hombre se convenció de que estaba enamorado de veras, le dijo: « Mirá José, en estas cosas el hombre es hombre y hace lo que su alma le dice, pero si yo tuviera que darte un consejo, sería éste: la muchacha te quiere, vos la querés como bueno y cumplidor que sos; pues entonces á hacer lo que hice yo: robarla, y después ya verás cómo afloja la vieja. »

Todavía dudó y caviló mucho el mozo, pero los días que pasaban como relámpagos le hacían pensar en el compromiso de Casiana con Alejandro, y ya se la figuraba embarcada en el cúter del griego, volando sobre el mar á perderse en una lontananza adonde no se podría llegar con ningún caballo.

« Me voy á la Paloma mañana, » dijo al guarda-faros una noche; y con la primera luz salió en dirección al caserío del puerto, cruzando el arenal donde el viento que movía ligera nube de polvo borraba las pisadas del caballo.

Esperó la tarde para ir á la pulpería como uno de los tantos que se reunían los domingos á jugar y á guitarrear.

Los mozos que encontró reunidos eran amigos; y así fué que cayó como en su casa, agasajado y atendido por todos.

Casiana se acercó á servir unas bebidas, y con los ojos cambiaron los dos novios un saludo más expresivo que el de las palabras que pronunciaron emocionados sus labios.

Un viejo que tocaba la guitarra dejó el instrumento y fué á formar en una nueva partida de truco.

—«Amigo Rivera (dijo uno de los presentes), nos han dicho que usted sabe hacer gemir á la bordona y que canta de lo bueno; no nos deje con el antojo.»

—«Son alabanzas de amigo.»

—«Vamos, no se nos haga de rogar.»

— «Pues aunque les quite la ilusión, voy á hacerles el gusto.»

Dijo esto José, animado por una idea que había brotado en su mente; templó el instrumento, y con voz sonora cantó, después de advertir que era una serenata:

“Ya el verano alzó el vuelo  
Para otros pagos;  
Y se viene el invierno  
Tranqueando largo.  
Las gaviotas del cielo,  
Como otros años,  
Buscan sus compañeros  
Y van volando  
En procura de vientos  
Más atemplados.

—

Sólo nosotros, prenda,  
Aquí penamos  
Sin poder en pareja  
También alzarnos.  
Pero si tú quisieras,  
En mi caballo,  
Que al pisar ni la huella  
Deja en el campo,  
Cruzaríamos la arena  
Muy abrazados....

Ay! decidíte, prenda,  
Que ya mi rancho  
Con las puertas abiertas  
Te está esperando,  
Te está esperando.”

La segunda parte de la serenata la cantó José con toda el alma, mirando á Casiana y repitiéndole con los ojos aquellos ruegos, que á ella le sonaban como el reclamo del pájaro que invita á su compañera para ir á esconder su amor en la espesura.

Y cuando cesó el canto y mientras los paisanos felicitaban al mozo, él leyó en los ojos de su prenda la promesa que ansiaba.

## II

En el silencio, apenas turbado por el clamor del océano y los silbidos de la brisa al pasar por entre las casas del pueblo, registrando los resquicios de la quincha, se oyó el crujido de la arena pisada por un caballo, la ventana de la pulpería entreabrirse, algunas palabras cambiadas en voz baja y

emocionada; y luego por la puerta que daba á la playa, se vió un bulto deslizándose en la oscuridad hasta caer en los brazos del jinete.

Éste era José; alzó en sus brazos á Casiana y la sentó en el anca del caballo, que, con trote pesado se encaminó al Norte por el arenal.

Mientras las casas del pueblo y la blanca torre del faro de Santa María no desaparecieron de la vista, los dos novios no se hablaron. Ella estrechaba la cintura del mozo con sus brazos, y él, de tiempo en tiempo, se volvía para besarla con besos apasionados, y apuraba el caballo sin piedad, castigándolo brutalmente.

La luna llena surgió de un mar de nubes en el horizonte y ascendió majestuosa en la pureza del cielo, dando color á los objetos y haciendo chispear su luz en los médanos.

En la dirección del Polonio, una sucesión de montículos llamados del ejército por su uniformidad, se extendía campo adentro; pocos trechos aparecían libres de arena; antes había un desfiladero de piedras y barranco-



nes cenicientos que se abrían como bocas de la tierra que, árida y seca, deseaba beber el agua rumorosa del Océano que muy cerca bañaba las rocas.

La vegetación en aquellas asperezas no pasaba de yuyos arraigados entre las piedras y que, con sus hojas duras y venosas vivían padeciendo el suplicio de Tántalo, quemados por el sol y sin gozar una gota del agua que tan cerca se prodigaba á los líquenes, y á los musguillos miserables que cubrían como una lepra las piedras.

Pasado este desfiladero había un terreno con pinos raquíticos que detenían las arenas invasoras, no como quien tiene fuerzas y ánimo, y lucha y resiste, sino como esos hombres que tienen fama heredada de valor y son respetados por tradición.

Después de la plantación de pinos, espesos espinillares de cruz trepaban por la cuchilla hasta una « isla » de talas y canelones que miraban el mar desde un pedregal verdense, que quizás con su abrigo les había salvado la vida al nacer, pero ahora no les dejaba salir del hueco, sofocándoles su vigor.

Más lejos, el arenal interminable, con los médanos que parecían levantados por erupción, el ejército de montículos acampado en la playa que á las horas de siesta, cuando está abrumada bajo la luz caliente del sol, es paseada por los lobos marinos que se duermen voluptuosamente en la arena caldeada sin hacer caso de las gaviotas que vuelan ligeras picoteando en las aguas.

El caballo de José, guapo zaino acostumbrado á las travesías del arenal, ya pisaba el duro suelo de los terrenos pedregosos, ya el movedizo y blando de la playa donde los cascos dejaban huellas profundas que desaparecían en seguida.

No se había alejado mucho del pueblo, cuando José notó que el caballo hundía las patas en la arena con pesadez, y soplaba alargando el pescuezo. Pero el espectáculo que se ofrecía á la vista distraía la atención de tal modo que la fatiga del caballo no preocupó al mozo.

Aparecían enterrados en la playa cascos de buques que la arena cubría poco á poco; entre los escollos, en las caletas, otros como

esqueletos, dejados en armazón por los vecinos que completaban la obra destructora del mar.

Entre dos peñascos un gran buque de fierro había quedado suspendido, sin hundirse enteramente, con los flancos oprimidos por las piedras, y la férrea epidermis devorada por la humedad salitrosa.

En una roca que semejaba una cuchilla, un casco se había partido y sus dos mitades hundidas á un lado y otro, servían de nido á los tiburones que en cardumen asomaban sus cabezas chatas en la superficie de las aguas.

Por poco que la imaginación se esforzara, el espectáculo que tenían los fugitivos ante la vista les recordaba espantosas tragedias y bastaba á sobrecoger el ánimo y entristecerlo.

José no se había vuelto á mirar á su prenda en un largo trecho. Cuando divisaba ya un campo verdoso, el caballo tropezó, hundió las patas traseras en la arena y estirando el pescuezo con un soprido como suspiro, se echó extenuado.

Apenas José tuvo tiempo de desprender sus pies de los estribos y saltar para recibir en los brazos á Casiana. . . .

El pobre zaino abría los ojos tristes, y todo el cuerpo estremecido parecía ir perdiendo la vida lentamente y convertirse en inanimada masa.

José lo miró con el cariño con que se ve á un fiel servidor caer rendido y sin que sea posible auxiliarlo; le sacó el freno y uno de los cojinillos del apero y el animal se acostó de lado en la arena.

Los dos amantes emprendieron la marcha trabajosa, costeando el arenal hacia la cuchilla ya más cercana.

No se hablaban; el contratiempo de quedar á pie, de noche y entre los médanos, mortificaba á José; Casiana confiaba en él, pero una invencible tristeza le nublabá el ánimo.

En la arena, cerca de unos espinillares, veían las huellas que dejan las víboras de la cruz que en ellas abundan, haciendo peligroso el campamento en los médanos.

Casiana interrogó á José respecto de las

señales, y él, temiendo asustarla, le mintió diciendo que eran señales dejadas por el agua de las lluvias.

Al fin pudieron pisar tierra dura, en la cuchilla, donde crecían yuyos ralos de color negrusco.

Tierra adentro se veían algunos médanos, pero en toda la extensión que á la claridad de la luna abarcaba la vista, no aparecía un solo animal, y muy lejos la silueta recortada de un montecillo señalaba á una de las estancias encaramadas en las colinas que costean la playa.

En la dirección que seguían José y Casiana, sólo veían cerca una mole de color obscuro, en la que no costaba reconocer una tapera.

— « ¿Te animarías á pasar la noche allí? » (dijo el mozo á su compañera, señalándole el rancho abandonado y destruído, cuando ya lo veían bien.)

— « ¿Juntos? » (preguntó ella ansiosa.)

— « Sí, mi alma. »

— « Entonces, toda la vida. »

Él, le pagó aquella prueba de amor y si-

guieron con más ánimo la marcha, hasta llegar á la tapera.

Espacioso, y de paredes anchas, con trone-ras como un fuerte, era el rancho, deste-chado por los vientos, y que conservaba como único recuerdo de su pasado un ma-xilar de ballena clavado en uno de los bo-quetes.

José dió la vuelta á todo el rancho obser-vando las paredes que se levantaban hasta más de un metro en algunos lados; tendió luego el poncho en un ángulo, y como pre-visión contra las víboras, extendió el freno con las riendas al rededor de aquel extraño lecho nupcial.

### III

Antes que la luz del sol alumbrara el campo, el mozo se separó de Casiana para buscar un caballo.

Ella quedó sobrecogida, y cuando levantó los ojos, menos brillantes que la víspera, en el cielo palidecían también las estrellas.

Siguió con la mirada las nubes que al impulso de la brisa se iban lentas como disgustadas por no recibir las primeras caricias de luz del astro del día.

De pronto, la mirada descendió hasta el suelo, y quedó fija, dilatadas las pupilas por una impresión de terror. Casiana estaba reclinada, con la cabeza apoyada en una de las manos y veía deslizarse por el suelo á una de esas víboras temibles, cenicientas en el vientre, y con cruces pardas en el lomo, la víbora de la cruz.

Con movimiento elástico se arrastraba rápida, y Casiana, repuesta algo, hizo un esfuerzo para levantarse, y este movimiento la perdió: el reptil envolvió la mitad posterior del cuerpo en espiral é irguiendo la parte de la cabeza se balanceó y cayó sobre la falda de la muchacha, clavándole sus dientes agudos.

Sintió Casiana la punzadura, como herida de un puñal frío, y loca de miedo se levantó de un salto . . . .

Su mirada, con extravío de locura, recorrió el campo, mientras llamaba á José con

una voz que la ansiedad y el terror hacían extraña. El mozo venía á caballo hacia la tapera, alegre, sin sospechar la horrible escena.

Cuando alcanzó á la muchacha que lo esperaba comprimiéndose con las manos el vientre, donde el veneno hacía su efecto rápidamente, el mozo quedóse sin habla, abrumado por la inmensa desgracia. No dudó que era una víbora de la cruz la que había mordido á Casiana, y la consideró perdida.

La tomó en los brazos, mientras ella se retorció en espasmos de dolor, llorando y lamentando como un castigo aquella desgracia.

Él, sufriendo en el alma dolor semejante, la acariciaba y trataba de consolarla, buscando en su desesperación un medio de salvar aquella vida que sentía irse lentamente.

En sus brazos, entregándole en un postrer beso el alma, Casiana dejó de sufrir.

El mozo, dolorido y desesperado, besó aquella boca tan amada, como reclamando una parte del veneno, y lloró mucho tiempo



---

delante de aquellos despojos de todas sus ilusiones aniquiladas por una realidad implacable.

1892.

---



# Los pobres

*A Monseñor E. de León.*

## I

Cuando la desgracia cae sobre una casa, se queda estrechada con ella, como el *sipó* que abraza hasta la muerte á los árboles del monte.

Así, desde que había muerto su marido, Juliana veía, casi tranquila y sin conmoverse, como presa de un fatalismo enervador, sucederse las tristezas, los golpes desgraciados, y esos sinsabores que cayendo gota á

gota en el corazón lo martirizan sin llegar á llenarlo.

Vivía en un puesto de la estancia de un don Rufino García, de limosna ya, no teniendo quien trabajara en la casa para ganar el pedazo de carne ni la libra de harina.

Y envejeciéndose de prisa, con una hija de doce años, un varón de catorce y una niñita de pocos meses, nacida al tiempo de morir el padre, se acostaba todas las noches creyendo que la muerte vendría á golpear la puerta del rancho para llevarse á todos estos pobres, que nada más que miseria veían en su horizonte limitado por tres cuchillas y un arroyo.

¡Qué destino triste y qué vida amarga la de Juliana!

Nacida en esa misma estancia, fué sirvienta desde que tuvo fuerzas para ir á lavar ropa al arroyo, y aun antes, desde que sus piernas pudieron llevarla de la cocina á la casa, con el mate espumoso que saboreaban los patrones ó las visitas.

Nunca alcanzó á divisar más alegría que

la de tener un rancho para ella sola, un rinconcito donde ocultar el amor que germina en todos los corazones y bajo todas las corpezas.

Y cuando ya era mujer, á los quince años, con poca belleza y menos entendimiento, la habló Atanasio el domador, y ella se unió con él entreviendo la poquita felicidad á que creía tener derecho en la vida.

Tuvo su ranchito, tuvo las alegrías del amor, y tuvo hijos que le enseñaron un cariño más puro.

No faltó en el rancho, mientras Atanasio vivió, carne para el puchero ni harina para el pan; y los años corrieron iguales, con sus fríos y sus calores, dejando rigores sobre la casa en el invierno, y alegría de sol en el verano.

Pero un día, cuando Juan, el hijo mayor tenía trece años, y dos mujercitas más vivían bajo aquel techo, trajeron á Atanasio moribundo, «la suerte del domador,» como dijo él amargamente al despedirse de la vida. Un caballo había arrojado al gaucho de piernas de acero contra un cerco y el alma encon-

tró así salida en aquel cuerpo que parecía de una sola pieza, duro y fuerte para resistir todas las violencias y golpes de la vida de domador.

Al ver muerto á su hombre, Juliana cerró los ojos como si esperara que la muerte la llevara junto con él, puesto que juntos habían vivido y disfrutado de la vida.

Y desde aquel momento lloró tanto, que los ojos fueron secándose y hundiéndose en la cara flaca; y no hubo ya más alegría en su mirada, ni más cantos en su boca de criolla, donde nacían espontáneas las tonadas tristes.

Viendo tal dolor, que ni los días, ni las semanas, ni los meses disipaban, el patrón se compadeció y encargó que le siguieran dando la ración de carne que ganaba el difunto.

Y ninguno de los compañeros de Atanasio se animó á ofrecer á Juliana un amor, que comprendían no tendría eco en aquel corazón destinado á llenarse de amarguras.

## II

El rancho, triste en todo tiempo, parecía de mal agüero en la estancia, y se le llegó á mirar como á las taperas que la fantástica imaginación de los paisanos puebla de duendes y aparecidos.

Sólo una vieja sirvienta de « las casas », tan pobre y sin dichas como Juliana, la visitaba, le traía yerba, maíz para mazamorra y algo de lo que sobraba en la cocina de los patrones.

Esta vieja era comadre de Juliana, y la llamaban *doña Cuarentena*.

Llevando y trayendo noticias, ella hizo que en las casas supieran que Marcelina, la hija de Juliana, era ya una mocita á los doce años; y que Juan, correteador de campo como las cachirlas, estaba asimismo en edad de prestar servicios.

Y ella también propuso á su comadre que mandara los dos muchachos á « las casas », donde ganarían algo para ayudarla á vivir.

Juliana, al oír esta proposición, salió de su acostumbrado atontamiento, y furiosa dijo que no se separaría de sus hijos aunque se muriera de hambre.

En vano le hizo reflexiones la vieja, hablándole de ventajas y favores. Esta madre era como las torcazas que se dejan matar en el nido por defender con el abrigo de sus alas á los pichones.

Pero la vieja siguió machacando, y un día trajo la amenaza de los patrones, de echar á Juliana del campo si no mandaba á sus hijos para el servicio de la estancia.

¿Qué iba á hacer la pobre? Se vió en el medio del campo con sus tres hijos: con la chiquita que había ganado todo su cariño, abandonados al mal tiempo y al hambre, sin amparo ni socorro; y no hubo más lucha. Dejó que se llevaran á Marcelina, pero lloró como si la perdiera para siempre; mientras la muchacha, que empezaba á sentir deseos de libertad y alegría, vió abrirse un camino de dicha al salir del miserable rancho donde se había criado sin conocer más que el dolor y la pobreza.



Juan no extrañó la orden de ir á servir á la estancia. Él ya andaba por su cuenta y se había hecho solo un campero que prometía heredar las habilidades de su padre, montando potrillos baguales y hasta carneando á escondidas, ovejas cuya carne se saboreaba como fruto prohibido en el rancho de Juliana.

Ella, al ver partir á sus hijos en dirección de las casas, conducidos por *doña Cuarentena*, pensaba en su niñez, en los días crueles de servidumbre, en las violencias de las patronas, en las asechanzas que persiguen á las pobres muchachas sin amparo, y lloró, lloró como en la muerte de «su hombre», presintiendo el destino fatal que arrastra á los pobres hacia la perdición.

Maldijo el pedazo de carne que le daban los patrones. Se quedó un día entero sin probar bocado, llorando, y con la mirada fija en el rumbo de «las casas», donde veía un monstruo que había devorado su niñez, que le había hecho morir al marido y que ahora se llevaba á sus hijos para *desgraciarlos*; porque ella sentía, con su instinto de madre, que

desde aquel momento no tendría hijos, que los muchachos no volverían á su rancho.

Si no hubiera sido por su querida Julianita, pedazo de su alma y refugio de todo su cariño, la pobre mujer no vuelve á llevar á la boca aquellos alimentos que le repugnaban, por venir de « las casas » odiadas.

### III

Los pocos reales que pagaron á Marcelina vinieron á templar esa repulsión y á reconciliar á Juliana con los patrones.

Hubo menos miseria en el rancho, y pudo comprar á Julianita ropas abrigadas para el invierno.

Durante algún tiempo parecieron desviarse de aquel camino que tenían tan sabido, las desgracias que llegaban á golpear con harta frecuencia la puerta del rancho triste.

Marcelina visitaba de tiempo en tiempo á su madre y venía muy arreglada, con la ropa desechada de las hijas del patrón, que sentaba bien á su cuerpo desarrollado de criolla.

Se iba embelleciendo la muchacha al llegar á la edad de quince años, en que toda mujer parece hermosa.

Juan venía menos al rancho; el trato con los peones de la estancia lo iba torciendo cada vez más, y ya llegaban á su madre noticias bastantes para preocuparla por el fin del muchacho.

Una mañana se presentó Marcelina llorosa, conmovida hasta no poder en los primeros momentos explicar á su madre la causa del llanto.

Y cuando pudo hablar, contó una historia que ya Juliana conocía por haberla presenciado en su niñez: que los hijos del patrón la perseguían con malas intenciones; que tenía que defenderse de los peones; y que si no hubiera sido por *doña Cuarentena*, á esta fecha sería ya una desgraciada.

Juliana no supo qué decirle. Todo el pasado volvió á su memoria, se veía ella con las otras sirvientas expuestas á los malos deseos de los patrones, perseguidas y sufriendo todo el bochorno y la vergüenza que sienten hasta las almas inocentes é incultas.

¡Cuántas muchachas conocía ella que habían rodado por esa pendiente, que está siempre delante de los pobres y por la cual se deslizan al dar un solo paso malo!

Marcelina seguía llorando, y Juliana la consoló, diciendo con voz insegura que no volvería á « las casas ».

Temía la infeliz madre que no le fuera posible cumplir esta promesa, y más lo comprendió al ver llegar toda afligida á *doña Cuarentena*.

— « Comadre, — dijo la vieja, — misia Rosalía está furiosa porque Marcelina se ha venido, y dice que si no vuelve hoy mismo, mañana la mandará echar á usted, para que lleve sus lloriqueos y sus haragane-rías á otra parte. »

Entonces, las dos mujeres se abrazaron sollozando, sintiendo lo irremediable de su suerte.

Y Marcelina volvió á « las casas », mientras la madre, que ya no podía verter más lágrimas de los ojos secos, quedaba convencida de que la muchacha iba á una per-dición fatal.

Y aun tenía que pensar en una nueva desgracia, que podía tocarle á su hijo Juan, despedido de la estancia pocos días antes por haberse peleado con otro peón.

El muchacho, que había empezado la triste peregrinación de los mozos de campaña que no encuentran trabajo, andaba de estancia en estancia, durmiendo muchas noches en campo raso, para volver á la casa de su madre muerto de hambre y de fatiga.

En una de estas veces, cuando en « las casas » estaban disgustados por la escapada de Marcelina, llegó Juan y no encontró en el rancho ni un pedazo de carne para chamuscar en el fuego.

Se fué sin decir nada, y desde entonces no había vuelto.

*Doña Cuarentena*, mensajera de las tristes noticias, trajo á Juliana la de la desgracia de Juan: la policía lo había pillado carneando una oveja en el campo, y como ya lo tenía entre ojos por vago, se lo llevó al pueblo, para que de allí lo mandaran á un batallón á *hacerlo gente*, como contó la vieja que había dicho el patrón.

## IV

Al recibir aquel nuevo golpe, Juliana sintió que su pobre razón la abandonaba por completo, y pensó en un momento si no sería mejor matar á la hija que le quedaba, para que no siguiera la suerte de sus hermanos.

La chiquilina jugaba delante del rancho, inocente y alegre.

Su madre llegó hasta la puerta, y profiriendo un grito doloroso, cayó sin sentido sobre el umbral.

Se volvió la niña asustada, y al ver como muerta á la madrecita querida, se dejó caer á su lado llorando y llamándola con los nombres más cariñosos, mientras que se levantaba de los campos un rumor triste, al esconderse el sol con su gran nimbo rojo, detrás de las verdes cuchillas.

## Alambrado por medio

Muy cerca del pueblo de La Paz, había dos chacras juntas, mirándose sus casas cara á cara, desde que alumbraba el sol la campaña, hasta que la dejaba, triste como enamorada que ve alejarse á su amante.

Un alambrado de cinco hilos separaba los campos, pero el viento solía en sus caprichos unir los humos que salían de las dos cocinas.

En la cuchilla, que el ferrocarril cruzaba, teniendo señalado su paso con la rastrillada rojiza de balastro y los postes de su telégrafo; en esa cuchilla, cuya tierra estaba

acostumbrada al arado, había muchas chacras y muchas casas, todas iguales: el rancho blanqueado, un ombú al lado, el horno negro cerca de la cocina; un gallinero con techo de latas viejas, y las parvas, doradas en el verano y color barro en el invierno, con un tarro en el vértice á manera de sombrero, comidas abajo por los animales que las iban dejando como los muchachos golosos á los budines, á fuerza de probar antes de hora.

En una de aquellas dos chacras, la más próxima á la vía, habitaba una familia de canarios, padre, madre y un hijo.

El muchacho, desde que tuvo fuerzas para manejar una azada, se vió obligado á trabajar, y á los catorce años era más que un peón para sus padres.

Se había desarrollado así en medio del campo, fuerte como un coronilla del monte, quemado el rostro trigueño por el aire y el sol, y sin conocer de la vida más de lo que sus padres le dejaban entrever, y era bien poco.

Mariano se llamaba. Cuando llegó á los



14 años, sintió una mañana cierto aviso de la naturaleza; así como los retoños que se plantan en tierra abonada y cuya savia se revuelve un buen día y busca salida con los brotos verdes, padres de las ramas, de las hojas y de las flores.

Salió al trabajo cotidiano, á arar la tierra que lindaba con la chacra vecina y que se preparaba antes que las otras para el trigo.

Con la mirada nostálgica y el pensamiento distraído, acompañaba el tardo paso de los bueyes, gritándoles inconscientemente; todo conmovido su ser, como si esperara algo desconocido.

Durante dos horas, fué y volvió con aquel andar monótono, mientras el campo cubierto de residuos de la siega, se ponía negro al abrir la tierra la afilada proa del arado.

Tordos y chingolos andaban picoteando entre los terrones removidos, y se besaban amorosos, pico con pico, como burlándose del muchacho que los miraba.

Allá lejos, en la falda de la cuchilla, un toro atado á una estaca lanzaba sus mujidos, que se esforzaba en hacer amorosos y apa-

sionados, para las vaquitas nuevas que andaban cerca de la casa entreveradas con los bueyes mansos y tranquilos.

Y la tierra también parecía abrirse gustosa y ofrecer su seno fecundo para las semillas que habían de tener con ella sus amores.

---

En el otro lado, viniendo de la casa vecina hacia el alambrado divisorio, apareció en ese tiempo una muchacha de más años que Mariano, la hija de los otros chacareros, Sebastiana, la gringuita, como la llamaban los vecinos.

Se conocían con Mariano hacía tiempo, pero no se hablaban, y apenas un saludo indiferente cambiaban al encontrarse cerca, alambrado por medio, en la época de la sementera, cuando la muchacha salía á echar trigo en los surcos con su mano que miraba el padre como bendita.

Aquel día, sin embargo, la muchacha se acercó más que de costumbre al sitio donde

araba Mariano, y como si quisiera hablarle, llegó hasta el alambrado y lo saludó.

Él, enardecida la cara sin saber por qué, contestó al saludo y se quedó con un pie sobre el arado, quieto, mirando, pero no de frente, á Sebastiana.

Al verlo así la muchacha, con gesto travieso le dijo:

— «¡Ay! ¡cuánto trabajamos!»

Él se puso más colorado.

— «Ya se ve (siguió ella), vamos arando, dijo el mosquito.»

Y soltó una carcajada que sorprendió todavía más á Mariano.

— «Mozo del arado (gritó ella, subiéndose á los hilos del alambrado), ¿no quiere conversar con la gente?»

El muchacho, como si un secreto impulso lo moviera, dió un grito á los bueyes para que se detuvieran, y se fué ligero, con su picana al hombro, hacia la vecinita que lo esperaba sonriendo. Se volvió dos veces á mirar para su casa antes de llegar.

Estaban en un sitio del terreno que se veía poco de las lomas: era una bajada honda.

Cuando Mariano se vió tan cerquita de la muchacha, le latió el corazón á saltos, pero la miró, la miró mucho en los ojos negros, que ella cerró sin dejar de sonreír.

— « ¿Se le ofrecía algo? » (preguntó, resuelto á hablar.)

— « ¡Ah! sí (respondió Sebastiana, inclinándose más hacia el lado de Mariano, y hamacándose en el alambre que pisaba). Quería hacerle un encargo: Dígale á su mamá que mi mamá le manda decir que los *macaos* pasan de noche á hozar en mi sembrera. »

— « Bueno. Pero los de ustedes vienen también á mi sembrado. »

— « Sí, ¡de adónde! (Y como estaba muy cerca de Mariano, al decir estas palabras, le puso una mano en el hombro, riendo, y acercó su cara hasta la del muchacho, temblándole los labios.

Él se puso serio y dió un paso hacia atrás.

— « ¡Ja, ja! (hizo ella), tiene miedo y es un hombre. »

— « No tengo miedo ni nada, » (exclamó él enojándose.)

— « Y ahora se enoja. El que se enoja no moja, » (canturreó, cada vez más burlona.)

— « Andate á cuidar los chanchos, pava; » (dijo él fastidiado, y se volvió á su arado.)

Cuando Sebastiana lo vió alejarse así, mudó la sonrisa burlona en expresión de despecho; y bajándose del alambrado hizo un gesto indecente, volviéndose de espaldas al muchacho.

Él quedó conmovido por una sensación extraña, y al verla irse se sintió tentado de llamarla.

---

Todos los días que siguieron hasta concluirse la sementera, Mariano interrumpía muchas veces el trabajo para mirar al otro lado á ver si se aparecía Sebastiana aunque fuera á burlarse, pero solamente muy de lejos le era dado verla, sacudiéndose toda en los quehaceres de la casa.

Llegó el verano, y al hacerse la siega, el muchacho volvió á ver de cerca á la vecina.

La vió entre los montones de trigo que emparvaba, muy arremangada, con la cara enardecida por el calor y el trabajo, y hasta vió con rabia y dolor de su parte, que uno de los peones, un italiano, le hablaba muy de cerca, como él lo había deseado tantas veces.

Pasaron las siegas y llegaron las trillas con sus fiestas alegres y el rechinar de trigos dorados; y Mariano al ver las luces del baile en la casa vecina, cuando se festejaba la abundancia de la cosecha, sintió no ser más mozo para ir á aquellos festejos y ver á la muchacha que lo desvelaba.

Así se había ido entrando en aquel corazón preparado para el amor, la imagen de la italiana Sebastiana, llenando todas las aspiraciones de Mariano y ganando todo su cariño tímido y comprimido.

¡Cuánto lloró el pobre muchacho cuando sus padres le dijeron, después de las trillas, que se irían en Febrero á otro campo mejor, á ganar más y á vivir con grandes comodidades!

¿Qué le importaban á él todas las mejoras

y riquezas, si ya no vería el rancho de Sebastiana, ni su figura, que vista de lejos le alegraba el alma?

Lloró de corazón, cuando tuvo que dejar aquella casa para irse á vivir á seis leguas de allí, mientras sus padres iban rebosando contento y alegría.

Pasaron sementeras y cosechas, siegas y trillas, lluvias y soles, dejando su huella sobre la tierra fecunda.

Mariano, que se había hecho mozo en esos cuatro años, empezó á frecuentar bailes de trillas, á ver muchas canaritas de ojos y cabellos negros, y de bocas risueñas; pero ninguna desalojó de su corazón la imagen de Sebastiana.

La quería más que nunca, aumentado el amor por la ausencia, hermoseedada la figura de la gringuita burlona ante los ojos del muchacho encandilados por la pasión.

Un domingo, sus padres lo mandaron al

pueblo á oír misa y á hacer algunas compras; y él resolvió hacer la escapada que venía meditando y llegar hasta su antiguo pago.

Trotando por el camino polvoriento, cantaba de alegría versos de *ilusión*, que parecían improvisados por él, de tan bien que correspondían á su estado.

Al llegar á su antigua chacra le pareció revivir en la niñez tranquila, cuando sus aspiraciones se limitaban á un buen puñado de gofio con azúcar, y no pensaba en gringuitas que quitan el apetito y desvelan.

Ya veía la casa de Sebastiana, con el ombú raquítrico, el horno invadido por las gallinas y el rancho con la quincha removida por los temporales del último invierno.

Un chiquilín de dos años, desarrapado y sucio, jugaba con un perrito al lado del rancho, revolcándose en el suelo.

Algunos cerdos hozaban gruñendo entre un maizal recién brotado, que empezaba á verdear y que estaba junto á la senda que seguía Mariano.

En esa dirección venía una mujer gorda,



moviéndose pesadamente, porque no era ella sola la que pesaba sobre sus piernas.

De lejos gritó: «¡Cochi, cochi!» Y después se acercó á tirar terrones á los animales, que seguían tranquilos metiendo los hocicos en la tierra blanda.

Y al ver á Mariano, á caballo, parado allí, mirándola triste, sin poder convencerse de que aquella mujer fuera Sebastiana; ella, avergonzada, quizás, por estar con las ropas desgarradas, sucia y descalza, dijo á un italiano, tan sucio y desgreñado como ella, que venía también á espantar á los cerdos:

« Si no se va pronto ese zonzo, va á haber que echarle los perros. ¡Quién sabe con qué intenciones anda! »

Mariano siguió su camino al trote. Vió que el alambrado divisorio, donde en otro tiempo la muchacha Sebastiana se había burlado de él hamacándose en los hilos, ya no existía: las dos chacras eran una sola.

Y el mozo lloró, marchando por aquel camino de tantos recuerdos, lloró mucho rato, pero se fué consolado y sintiendo un gran alivio, como si la imagen de Sebastiana se

hubiera encogido y refugiado en algún rinconcito del corazón, dejando lugar para otra.

1893.

---

# Don Patrocinio

*Al ilustrado escritor español don Antonio  
Rubió y Lluch.*

## I

Cuando el nuevo invierno trajo neblinas y temporales á la costa del Polonio, el viejo don Patrocinio sintió el frío de la muerte en su corazón que palpitaba sin descanso hacía noventa años.

Él había conocido la vieja ~~vida~~ <sup>vida</sup> en aquella costa. Había sido *buzo* cuando se podía serlo, cuando el faro no se levantaba en el cabo, y muchos buques se perdían arrastra-

dos por misteriosa fuerza á estrellarse en las rocas bravas.

Pero ahora, no se avenía con la existencia monótona de lobero, y la muerte venía á abreviar su tormento.

En las noches, cuando se reunían algunos compañeros de faena en la casa del guardafaro, se contaban historias trágicas en que el viejo había sido actor, y que la imaginación de los narradores adornaba con detalles misteriosos y extraños.

Un lobero pesimista dijo una vez que don Patrocinio era viejo como el mentir; y nadie llegó á saber de dónde era ni qué edad tenía, pues todos lo habían conocido viejo.

## II

Antes de la guerra grande, en la primera mitad del siglo, apareció en el Polonio un hombre que por su lenguaje parecía brasileiro.

Ya era viejo; una barba enredada cubría su cara, donde los ojos de águila se escon-

dían en las órbitas hondas, y el cuerpo era corpulento y recio de carnes, como destinado á vivir mucho tiempo.

Tenía aspecto de marino, y al pedir trabajo en la estancia de Gómez, solicitó que se le permitiera vivir cerca del mar.

Le dieron un rancho situado en la ladera de la cuchilla, muy cerca del Polonio, con la obligación de cuidar una majada que merodeaba en los campos invadidos por la arena voladora.

En aquel tiempo la costa no tenía faros, y los vecinos de las cercanías del cabo vivían más de los despojos que arrojaba el mar á las playas, que de sus ganados miserables.

En los ranchos levantados en las laderas y entre las quebradas arenosas habitaba gente pobre, acostumbrada á aprovechar los regalos que el mar les brindaba como anfitrión opulento, muchas veces íntactos.

Cuando la ambición aumentó, no bastó la desgracia que perdía tantos buques en la costa; y los hombres de la playa hicieron muchas veces en lo alto de la cuchilla un

faro simulado, girando con un cuero al rededor de una fogata.

La costa terrible conserva todavía reliquias de naufragios causados por *la farola* de los *buzos*.

Don Patrocinio, que era aquel hombre de aspecto de marino, no tardó en conocer las costumbres de los vecinos y en hacerse compañero de ellos en todas las empresas, aficionándose á los salvatajes y á todas las artes y mañas de los buzos.

Aprendió á entrar á caballo y en pelo al mar para enlazar los objetos que flotaban en las aguas, y aprendió á esconder en el arenal los mayores objetos, sin que nadie, fuera de él, pudiese descubrirlos.

Mientras los compañeros enriquecidos dejaban aquella vida para hacerse estancieros, comprando campos de tierra adentro, don Patrocinio seguía atesorando, avaro, sin que en su rancho se aumentara la comodidad siquiera con una cama.

Y vivía solo, sin participar de fiestas ni reuniones, como esos árboles que arraigan en cualquier tierra y no dan fruto ni sombra.

Se le veía á menudo con un catalejo de caño abollado y cubierto de verdín, seguir los buques de vela en el mar, ora tranquilo, ora embravecido.

Como las gaviotas que levantan las alas blancas, mientras picotean en el agua buscando el alimento, pasaban los buques lentamente, entre el cielo y el mar, con su velamen desplegado, quedando á veces todo un día á la vista.

Y el viejo los seguía hasta que en la lejanía parecían hundirse en el mar poco á poco.

Cuando el cielo se obscurecía y los temporales levantaban las grandes olas que venían con tremendo rumor á deshacerse en las rocas de las islas y del cabo y á salpicar la playa arenosa, solía aparecer algún buque con velas plegadas, como un ave que vuelve presurosa á su nido con las alas mojadas por la lluvia; daba bordadas, el mar lo sacudía, y cada vez se acercaba más á la costa, hasta que al fin corría á hallar la muerte entre los peñascos escondidos bajo el agua.

Muchos hombres se ahogaban. Pero los vecinos hacían su cosecha, despojando al buque que quedaba entre las rocas, abierto, como los animales que mueren en las cuchillas ofreciéndose á la voracidad de los cuervos y caranchos.

Un día, don Patrocinio vió aparecer un buque extraño, sin velas, chato, con dos chimeneas negras y grandes ruedas de paletas rojas que golpeaban las aguas.

Y el buque andaba sin velas; su marcha era segura, no bordejeaba; en el mar dejaba estela de espuma, en el cielo estela de humo negro.

Y el viejo, sin volver de su asombro, lo vió recorrer en breve tiempo larga distancia, hasta perderse en la dirección del cabo de Santa María.

Era el primer vapor que iba á saludar con su penacho de humo al Cerro de Montevideo, que se coronaba también con fuego y con humo, cuando los cañones de su fortaleza tronaban desde la altura.

Al viejo le pareció que aquel extraño buque traía la muerte; que un genio enemigo,



un destino fatal, lo enviaba á cruzar los mares del Uruguay; y caviló mucho, sintiendo en su alma un anuncio triste, como si se acercara su fin.

Después vió muchos buques iguales á aquél, pasar con sus humos, y otros que no tenían ruedas rojas que los movieran, y que, sin embargo, marchaban dejando las dos estelas.

Hasta que un naufragio no arrojó á la costa á un vapor, no satisfizo el viejo su curiosidad.

Lo vió con salvaje alegría correr desatentado á encallar en uno de los islotes y quedar inmóvil ante el asombro de todos los vecinos, que creían imposible la pérdida de un barco que navegaba sin velas . . .

Quando lo vieron asaltado por las olas, indefenso, como un gigante derribado y sometido á los ultrajes de los más viles, se alegraron. Aquellos buques no eran invencibles, no podían desafiar impunemente las furias del mar . . . . Y fueron á registrarlo, á ver su máquina, pero no entendieron la causa que los movía.

Desde entonces pudieron aprovechar muchos despojos de vapores.

### III

Don Patrocinio se envejecía y envejecía. Y la vida antigua no se iba de aquella costa, como si el viejo la defendiera.

El tremendo golpe para todos fué la construcción del faro.

Lo vieron levantarse redondo, alto, como una columna, y coronarse con un farol de grandes vidrios y un sombrero colorado.

Y cuando estuvo concluído, cuando la casa del guarda y el faro blanquearon sobre el lomo del cabo del Polonio, una noche vieron los vecinos asombrados brillar la luz al través de los vidrios, como una gran estrella vista de lejos y chispeando los resplandores en las aguas del mar.

Ya los buques tenían un amigo en la costa. Y en las noches oscuras el vigilante faro señalaría el peligro con su luz, erguido sobre el cabo, como un brazo de la tierra

que levantara en alto una linterna para alumbrar la extensión inmensa de las aguas.

Al principio las aves del mar huyeron de la luz. Después, acudieron á curiosear y á golpear los vidrios con sus alas; y, ¡cuántas mueren desde entonces, agonizando doloridas en el corredor, donde la luz las vela toda la noche!

Don Patrocinio vió, quizás, más triste que ninguno, alzarse el faro en el cabo para guiar á los navegantes de la costa, cruzando sus luces con el otro amigo, que desde Santa María lanza sus reflejos intermitentes hasta el horizonte lejanísimo del mar y hasta las sierras azuladas y las cuchillas verdes tierra adentro.

Escasearon los naufragios y el viejo se aburría.

Cuando se estableció la empresa para la matanza de lobos en las islas, le ofrecieron el cargo de capataz y aceptó, hallando la faena de su gusto.

Viejo como era, no hubo quien lo igualara en el manejo del palo, ni en el acierto para matar los lobos finos de un solo golpe.

A la hora de la siesta, cuando los anfibios salen á gozar el calor del sol en las rocas de las islas, los loberos van en sus grandes botes, se acercan á ellas despacio, desembarcan, forman un extenso círculo, y abriendo paso hasta el mar á los lobos sorprendidos, matan los de piel fina, pegándoles en la cabeza con palos gruesos y largos.

Después, en la misma isla desuellan á los lobos, y echan los residuos inútiles al mar, para golosina de los tiburones que rodean las islas en cardumen.

Muchos mozos pobres se alistaron en esta faena y construyeron sus ranchos al lado de uno grande con techo de zinc, donde se depositaban las pieles preparadas para el embarque.

#### IV

Entre los hombres que aparecieron por ese nuevo tiempo en la costa, llegó un mozo italiano, Bautista de nombre, delgadocho de cuerpo, con una cara de esas que quieren

inspirar simpatía á fuerza de estar siempre sonrientes.

Los otros loberos, y principalmente los criollos, lo miraron desde el principio con prevención, pero consiguió ganar voluntades y hacerse gran amigo del guarda-faro y de algunos paisanos suyos, que tenían cierto rencor á los hijos del país.

Éstos, cuando vieron ganar terreno al *gringo*, lo tomaron más entre ojos y lo calificaron con un mote despreciativo: *el introducido*.

Pero el italiano iba á su fin: él oía hablar de los tiempos antiguos de la costa, de los tesoros perdidos en los naufragios, de los vecinos que se habían enriquecido á costa de tales desgracias, y sabía que el viejo don Patrocinio era de aquellos tiempos y que debía de tener riquezas escondidas. Se hablaba, sobre todo, del naufragio de un buque inglés, el *Syren*, que traía en su cargamento joyas y valores metálicos, de los cuales había sacado gran parte el viejo, sin que la policía pudiera encontrársela cuando registró los ranchos de los vecinos.

Y Bautista, meloso, metiéndosele por los ojos al viejo avaro, quería ganar su amistad; lo acompañaba siempre, y llegó á ser como la sombra de don Patrocinio.

¡Cuántas noches se deslizaba el italiano en el rancho del viejo á espiar su sueño y á escuchar para descubrir el lugar donde ocultaba las riquezas!

Pero el viejo, dormido y despierto era avaro hasta de las palabras, y si concedió alguna confianza á Bautista, nunca contó más que con parquedad los sucesos de la costa, los naufragios y los salvatajes, sin dejar entrever que tenía riquezas y dónde las guardaba.

Así pasaron muchos meses, y todos admiraban la constancia con que el gringo introducido « pastoreaba al viejo »; sirviéndolo, haciéndole regalos de bebidas y tabaco, y siempre con la sonrisa como una careta sobre la cara flaca.

Un día, terminada la faena en las islas, cuando el viejo fué á embarcarse en el bote, la tabla que iba de las piedras á la embarcación se movió, y el viejo se habría hundido

en las aguas profundas, abundantes de tiburones, si no lo auxilia Bautista.

El viejo no consideró más al italiano por esto, ni se lo agradeció mucho, pero le quedó el miedo en el cerebro, como una idea fija que le anunciaba la muerte.

Dejó de ir á la faena varios días, dominado por la aprensión de un peligro que hasta entonces no había temido. Y al fin, pensando y cavilando, llegó á dejar su cargo de capataz en la cuadrilla de loberos y á no volver á las islas.

Su existencia fué desde entonces aburrida. Salía de mañana á pescar ó á buscar mariscos en la playa, y el resto del tiempo lo pasaba asomado en la ventana de su rancho, contemplando con el abollado catalejo la extensa llanura del océano.

Bautista siguió en su amor acompañando al viejo todos los días, espiondo su sueño y atisbando en los ojos hundidos del avaro para descubrir el recuerdo del escondrijo que guardaba el ansiado tesoro.

## V

El invierno entristecía el cielo. Las nubes se quedaban mucho tiempo sin dejar asomar al sol, y la neblina envolvía al faro y extendía sus velas por toda la costa.

Una noche, el temporal empezó á rugir debajo de la niebla, entre el misterio que cubría al mar.

Pasaron por entre los ranchos ráfagas húmedas, llevando la voz de alarma, dejando en los techos de quincha floja, quejidos y suspiros tristes.

Y las horas fueron aumentando la violencia del temporal.

Los ranchos parecían batir las alas de sus techos para volar.

Desde el faro descubrieron unas luces en el mar, muy cerca de la isla del Marco. Y eran luces de buque de guerra.

Los vecinos acudieron á la costa y no tardaron en divisar, moviéndose entre la neblina, las luces blancas y coloradas.



Después se apagaron de golpe, y ni buque ni luces se vieron más. El mar siguió sacudiéndose y el viento soplando furioso sobre las olas y la tierra conmovidas.

Entonces los loberos se fueron á recorrer la costa y las playas arenosas, á donde el mar arroja los despojos de sus víctimas y que ahora salpicaba con espumas.

Iban los hombres en cuadrilla, como á la faena, descalzos, con las ropas destrozadas, casi todos sin sombrero; y don Patrocinio al frente, arrastrado por los compañeros, con los pantalones arremangados, mostrando las piernas nervudas y vellosas, y con una gamera rota en la cabeza. Parecía una figura de Carnaval, marchando delante de la comparsa desarrapada, en la obscuridad de la noche tempestuosa.

Empezó á caer una lluvia fría, menuda, que parecía clavarse en las carnes y herirlas.

De pronto, un mozo que iba adelante, gritó: «hay gente . . . un bote.»

Corrieron todos y hallaron un bote volcado, sobre la arena, y tres hombres á cual

más extenuados, con las ropas empapadas.

El guarda-faro llevaba caña en un frasco. La hicieron beber á los náufragos, que se reanimaron. Eran tripulantes del buque de guerra perdido en la costa. El mar había arrojado junto con el bote y los tres hombres, dos cadáveres y algunos objetos.

Los loberos volvieron al caserío con los náufragos, siempre bajo la lluvia tenaz y fría que traspasaba las ropas y helaba los cuerpos.

Don Patrocinio volvió enfermo, presa ya de una fiebre que iba á matarlo.

Cuando llegó á su rancho se acostó desnudo, temblando, cubierto con un poncho de paño, en la cama que era una puerta de camarote sobre la cual tenía extendidas prendas de apero, viejos cojinillos y cueros secos.

El italiano Bautista lo había acompañado, y cuando lo vió caer delirando, se asustó, porque le pareció que el viejo iba á morir en seguida, llevándose el secreto á la tumba, y resolvió ir á buscar un curandero á las lomas.

Pero cuando notó que el viejo deliraba, pensó también que podría revelar el secreto, y se puso á observarlo atento, espiando los movimientos de los labios del viejo, para adivinar las palabras que no pronunciaba.

Dudó un rato entre quedarse ó ir á buscar al curandero.

El viejo seguía delirando, pero no hablaba, y Bautista se decidió al fin: el temor de que don Patrocinio se muriera con el secreto lo venció.

Salió del rancho á buscar un caballo para ir hasta las lomas.

Los demás vecinos estaban reunidos en la casa del guarda-faro, donde se había alojado á los náufragos.

## VI

Pasaron horas y el viejo don Patrocinio seguía delirando.

El temporal había redoblado, y los ranchos temblaban sacudidos por las rachas furiosas.

El viejo empezó á hablar fuerte, pero salían las palabras sueltas, recuerdos de naufragios, de un pasado misterioso, del tesoro que *pastoreaba* Bautista: « Ahí están los botes . . . . échale el lazo á ese cajón . . . — *Siu Oliveira, ¿não save de minha filha? . . . Tomá filho d'uma . . . me la fizistes e me la pagas.* . . . — Ahí, al lado del espinillar de cruz, veinte pasos derecho al faro . . . . una vara . . . . no; no, ladrón, ladrón! . . . »

Y luego un ronquido sucedió á la voz en la garganta.

El viejo se irguió delirante; saltó de la cama, abrió de par en par la ventana, y clavó sus miradas febricantes en el faro.

Empezaba á clarear; una luz vaga se esparcía por el ambiente húmedo y nublado.

El viejo extendió los brazos amenazando al faro; sus piernas se doblaron y cayó para morir en delirio, profiriendo frases incomprensibles.

Cuando volvió Bautista con el curandero poco rato más tarde, se encontró con el desengaño

Desesperado miró á don Patrocinio en los ojos que tenía abiertos en la muerte, pretendiendo leer en ellos el secreto; y luego paseó sus miradas por el interior del rancho y escuchó con atención, esperando percibir el eco de las palabras con que el viejo hubiera revelado el lugar donde ocultaba su tesoro . . . .

La luz del faro brillaba todavía entre la neblina vaporosa, como una estrella del cielo, y el viento, silbando al pasar por entre las rendijas de los techos mal trabados, parecía burlarse de Bautista.

1893.

---



# GLOSARIO







## GLOSARIO

---

*Acriollado.*—El extranjero que ha tomado las costumbres y hábitos de los hijos del país.

*Acriollarse.*—Tomar los hábitos y costumbres de los hijos del país.

*Aguada.*—Los abrevaderos de un campo. Se dice *aguadas naturales* de los arroyos, cañadas ó vertientes.

*Aguatero.*—Aguador. *Mancarrón aguatero*, el caballo que sirve para acarrear agua, que suele ser viejo y de desecho.

*Aindiado.*—El hombre que tira á indio en el color. Se dice, en igual caso *achizada*, refiriéndose á una mujer.

*Ajeniar.*—Apoderarse de animales ó cosas ajenas.

*Alambrado.*—El cerco de alambre sujeto en postes (de ñandubay generalmente), que separa las estancias ó divide los campos.

*Albarlón.*—El espacio de tierra firme que hay entre los tembladeras ó esteros.

*Al tranco.*—Paso largo del caballo, que difiere algo del llamado paso castellano, llamado entre nosotros *sobrepasso*.

*Aparcero.*—Compañero; nuestros paisanos lo aplican á un amigo muy querido.

*Aparte.*—La operación de separar el ganado.

*Apearlar.*—Ó *piarlar*, como se dice corrientemente. Enlazar de las manos un animal para derribarlo. (Véase *piar*.)

*Apercá.*—Cuadrúpedo roedor, muy semejante á la rata, pero con algunas condiciones del conejo.

*Apero.*—El conjunto de las prendas con que se ensilla el caballo; cuando es de lujo y con chapas de plata se llama chapeado. *Apero cantor*, recado pobre.

*Achura.*—Menudos del animal vacuno ú ovino.

*Arazú.*—Especie de guayaba; el árbol que las produce, de la familia de las mirtáceas. Hay una variedad de este árbol con el mismo nombre, que es arbusto rastroso.

*Armada.*—La lazada corrediza ó preparación del lazo en el momento de usarlo.

*Aguacharse-Aguachado.*—Opilarse un animal. Estar barrigón. (Ascasubi.)

*Araticú.*—Árbol, especie de chirimoyo de fruta amarilla.

*Arreador.*—Látigo pesado.

*Bagual.*—Caballo que ha recibido la primera doma.

*Bagre.*—Es un pez de los arroyos y ríos, sin escamas, de color pardo, y á veces amarillo. Fig. Se

dice á las mujeres feas. *Nutria* en sentido figurado tiene igual significación.

*Balaca y balacada*.—Fanfarronada.

*Batuque*.—Es voz castellana. Entre nosotros los bailes de gente de rompe y rasga.

*Bichoco*.—Caballo enfermo de los cascos; se suele agregarle, cuando el animal es viejo, el calificativo *maceta*, que indica mejor que puede apenas caminar.

*Bombacha* (Castellano bombacho).—Calzones anchos que se ciñen en la garganta del pie cuando no se llevan con botas. Es prenda muy cómoda para andar á caballo.

*Bajera* (Castellana).—La jerga ó pieza de lana que se pone sobre el lomo al ensillar un caballo para que no se lo lastime el recado.

*Balastro* (D. Acad. *Balaste*)—del inglés Ballast. También se usa entre nosotros el verbo *balastrar* y el adjetivo *balastrado*.

*Boleadoras*.—Arma de guerra de los indios é instrumento de trabajo del paisano: son tres bolas del tamaño de un huevo de gallina, unidas por tres ramales ó guascas de un metro de largo, más ó menos, cada una. Se enreda en las patas de los animales que se desea coger, dificultándoles el andar.

*Bombeador ó bombero*.—Espía; en los ejércitos los descubridores de vanguardia ó los centinelas destinados á vigilar los movimientos de las tropas enemigas. Se dice también *vichador*.

*Boliche*.—Casa de comercio pequeña. Se usa co-

munmente para ridiculizar un almacén ú otra casa de negocio pobre de surtido.

*Baqueano ó baquiano*.—Práctico de los caminos y de los ríos.

*Barbijo*.—Barboquejo.

*Bellaco*.—El animal difícil de gobernar, y que se encabrita.

*Boyero*.—Pájaro pequeño negro, que acompaña al ganado cuando pasta, llegando á posarse sobre los animales mansos.

*Brete*.—Sitio cercado donde se encierran los animales para marcarlos ó matarlos. Es un corral pequeño, y casi siempre comunican con éste.

*Biricuyá ó mburucuyá*.—La pasionaria.

*Butiá ó butyhú*.—Especie de palmera que da una fruta muy sabrosa apiñada en racimos.

*Carancho*.—Ave de rapiña muy común. El *caracara vulgar*.

*Cachirla*.—Avecilla pequeña de color pardo con pintas blancas; correteadora, por lo cual se la llama también corre-caminos.

*Coscojas* (Castellano coscojo).—Piezas de hierro en forma de rueda que tienen los frenos de las cabalgaduras y hacen ruido. *Challo coscojero* es el que hace sonar mucho las coscojas.

*Cebat* (el mate).—La operación de echar el agua caliente en el mate y de prepararlo.

*California*.—Carrera de más de dos caballos.

*Camalote*.—Planta acuática de hoja grande casi re-

donda, que se cría en las lagunas y festonea las márgenes de los ríos. Las flores son azules ó amarillas.

*Camoati*.—Especie de avispa; panal de la misma.

*Campero*.—El hombre muy práctico en las faenas del campo.

*Campear*.—Recorrer el campo buscando animales extraviados.

*Cambará*.—Árbol frondoso de hoja discolora (verde la cara, blanco el revés) y flor blanca diminuta.

*Campaña*.—Campo en general. El territorio todo de un país ó departamento fuera de la ciudad.

*Cancha*.—Recinto, sitio limpio ó desembarazado.

*Canelón*.—Árbol de hoja pequeña. *Capororoca*.

*Cañada*.—Zanja; terreno bajo entre dos colinas ó lomas.

*Caracú*.—Tuétano

*Carbonada*.—Guisado de carne en pedazos pequeños, rebanadas de choclos, zapallo, papas y arroz.

*Carneada*.—Acción y efecto de carnear.

*Carnear*.—Matar y dividir un animal para beneficiarlo.

*Carozo* (Prov. gallego).—Hueso de los frutos.

*Ceibo*.—Árbol de flor amariposada roja, tronco fuerte, hojas aovadas en cruz con una espinita en el nervio y en el envés.

*Clavel del aire*.—Planta parásita de los montes; su flor es unas veces violeta y roja, otras blanca y otras amarilla

*Cobijas*.—Ropas de abrigo de la cama.

*Coronda*.—Árbol de hoja menuda.

*Coronilla*.—Árbol de madera muy colorada muy dura que da una tintura rojo-oscuro.

*Correntada*.—Corriente fuerte de un río ó arroyo.

*Correntoso*.—El río ó arroyo de mucha corriente.

*Cuarta* (Dicc. Ac. 3.<sup>a</sup> acep.).—Cabalgadura que sirve de auxiliar á los tiros de vehículos para subir una cuesta. Se llama lo mismo á los bueyes ú otros animales que presten esa ayuda.

*Cuartear*.—Es la acción de ayudar, pero también equivale á guiar, pues en las diligencias el *cuarteador* (que es el hombre que monta el caballo de cuarta) guía á la vez el tiro, señalándole el camino con delantera de algunos metros.

*Cuercar*.—Desollar un animal.

*Cuchilla*.—Loma prolongada ó serie de colinas. Debe distinguirse de la serranía ó sierra.

*Cumbarí*.—Ají pequeño muy picante.

*Cusco*.—Perro pequeño ladrador y fastidioso.

*Consentida*.—La novia; en otro caso la mujer y aun el hombre consentido es el que está pagado de sí mismo, euvaneado por su valor ó por sus prendas.

*Cucho*.—Nombre familiar, cariñoso. En gallego significa cachorro, perrillo, y á veces ternero mamón.

*Carcamín*.—Extranjero en sentido despreciativo.

*Camote*.—Enamoramiento; sobre todo cuando es repentino y muy fogoso.

*Cielo ó cielito*.—Tonada criolla y baile muy parecido al inglés llamado comunmente *Sir Roger*.

*Cominillo*.—Ginebra de sabor suave y dulce.

*Cumbrera.* — Viga central del techo de un rancho.

*Charamuscas.* — Es voz castellana, aunque usada únicamente en la marina, como una de las acepciones de *brusca*. Entre nosotros se dice siempre *charamuscas*, en plural, para designar las briznas, las ramitas y pedacitos de leña, corteza, etc., con que se hace fuego en el campo.

*Chacra.* — Finca rural destinada á labranza. Lo que en España granja.

*Chacarita.* — Lugar á donde se va con mucha frecuencia. Es casi lo mismo que *querencia*.

*Chamuchina.* — Conjunto despreciable de cosas y personas. Se llama también al vulgo.

*Chucho.* — Temblor, efecto del susto, y el susto mismo.

*China.* — La mujer de color trigueño. Por corrupción se llama á las mujeres de vida airada; y así *chinear* equivale á andar corriendo la tuna ó gauchear, que en el lenguaje de nuestros paisanos tiene idéntico significado.

*Chapeado.* — Apero con chapas de plata y oro, como lo usan los paisanos ricos.

*Chatasca.* — Comida que se hace con charque y zapallo pisado, como un guiso.

*Chifle.* — Cantimplora de cuerno de animal vacuno.

*Charabón.* — El pichón de ave y sobre todo el del avestruz; fig. niño.

*Chapetón.* — Inexperto; bisoño.

*Charque.* — Tasajo.

*Chasque.* — Mensajero.

*Chicote.* — Látigo.

*Chilca ó chirca.*—Arbusto de hoja estrecha, que forma montes espesos llamados chilcales en las laderas de los cerros y en algún campo bajo.

*Chinchulín.*—Parte del intestino delgado del animal vacuno donde se forma el quilo. Asado es una de las achuras preferidas.

*Chingolo.*—Pajarillo muy común parecido al gorrión de España, de lomo pardo y pecho blanquecino, con copetes y las patas maneadas.

*Chiripá.*—Pieza de género cuadrilonga (el poncho muchas veces), que pasada por entre las piernas y asegurada en la cintura, sustituye á la bombacha. Según este modo de usarlo se le llama á *la porteña* (6 sea argentina); á *la oriental* se dice cuando se sujeta adelante sin pasarlo por entre las piernas.

*Chúcaro.*—Animal arisco, salvaje.

*Churrasco.*—Carne asada sobre las brasas.

*Churrasquear.*—Comer churrasco, y por extensión el almuerzo, aunque sea de otros platos más.

*Churrinche.*—Pájaro pequeño muy bonito. Casi igual al llamado *pitirrojo* en Europa.

*Despuntar.*—Sobresalir; pasar por las puntas de un arroyo, donde es más bajo.

*De mi flor.*—Expresión con que se alaba alguna cosa. Según Ascasubi, quiere decir hombre *de todo mi gusto*, cuando se le aplica á algún paisano.

*Disparada.*—Huida, fuga.

*Durazno.*—Departamento de la República O. del Uruguay. *San Pedro del Durazno*, la villa cabecera del mismo.



*Embretar.* — Encerrar animales en brete.

*Empacador.* — El animal que se *empaca*, por vicio ó cansancio, resistiéndose á seguir la marcha.

*Entropillar.* — Acostumbrar á los caballos á andar juntos, en tropilla.

*Entropillao.* — El padrillo que anda con las tropillas de yeguas. Fig. El hombre que está entre los suyos.

*Encelao.* — Celoso.

*Empaquetarse.* — Ponerse paquete ( véase esta palabra ).

*Estancia* (Acad. 5.<sup>a</sup> acep.). — Establecimiento de ganadería. Lo que se llama *Hacienda* en Chile, y *Stazzo* en Cerdeña. El conjunto de edificios de un establecimiento de campo que generalmente se levanta en la parte más eminente.

*Estanciero.* — Dueño de estancia.

*Escarmenador.* — Peineta grande.

*Estero.* — Terreno bajo, pantanoso, inundado, cubierto de yerbas y plantas acuáticas, como el junco, la espadaña, la totora y los camalotes.

*Flete.* — El caballo escogido, ligero y de mucha resistencia.

*Firuletes.* — Adornos, palabras ó cosas superfluas. Quizás desfiguración de la palabra *filarete* del español antiguo.

*Facón.* — Cuchillo y puñal grande, que usa para defensa el paisano, como arma de pelea.

*Farra-car.* — V. *Batuque* y *Bochinche*.

*Fariña.* — Harina gruesa de mandioca.

*Fulo.* — Asombrado, acobardado; atemorizado, corrupción sin duda del antiguo *fusco*, color moreno pálido.

*Florida.* — Departamento de la República O. del Uruguay y la capital del mismo.

*Fray-Bentos* (Independencia). — Villa cabecera del Departamento del Río Negro.

*Fachinal.* — Pajonal alto.

*Frangollar.* — Hacer de prisa y mal alguna cosa.

*Galpón.* — Construcción generalmente aislada, con ó sin paredes y el techo de una ó dos pendientes..

*Garúa.* — Llovizna.

*Gauchada.* — Hazaña; acción propia de un gaucho.

*Gauchaje.* — Los gauchos en general.

*Gaucha.* — « El gaucho es el habitante de la campaña: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre é independiente á causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho, de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse á los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinariamente diestro para viajar por los inmensos desiertos de su país, procurándose alimentos, caballos y demás con solo su lazo y las bolas.» — Ascasubi en *Santos Vega*.

*Guabiyú.* — Árbol mirtáceo.

*Guacho* (quichúa Huacchu). — La persona ó el animal criado sin madre.

*Guaicurú.* — Planta de dos cuartas de altura, de tallo muy duro.

*Guasca* ó huasca. — Tira de cuero.

*Hierra.* — Marcación del ganado.

*Hincarse.* — Arrodillarse.

*Iguana.* — Especie de lagarto, negruzco.

*Invernada.* — Época del engorde del ganado.

*Isla.* — Por traslación, conjunto de árboles ó monte de corta extensión, aislado, que no está junto á río ó arroyo. (Granada.)

*Jefatura.* — Dignidad ó empleo de Jefe superior. En la República O. del Uruguay tiene la delegación del Poder Ejecutivo el nombre de *Jefatura*.

*Jején.* — Insecto más pequeño que el mosquito y de aguijón más irritante que el de éste.

*Lechiguana.* — Una clase de avispas. El panal que fabrican.

*Leyua oriental.* — Tiene sesenta cuerdas (orientales), equivalentes á cinco mil ciento cincuenta y cuatro metros.

*Lengüeta.* — Charlatán, más ó menos lo que *lenguaraz*.

*Lomillería.* — La fábrica de lomillos, y el conjunto del recado, lo mismo que apero. Tiene fama entre los paisanos la *lomillería brasilera*, como si dijéramos el recado, riendas, pretal, etc., hechos en el Brasil.

*Lonja*. — Cuero pelado y seco.

*Llapa* (Se dice también *ñapa* y *yapa*). — El regalo que el vendedor hace al comprador. La parte reforzada del lazo. Añadidura del aparejo de pescar donde van los anzuelos.

*Masiegas*. — Yerba compuesta de hojas semejantes á la totora, pero más alta y fuerte.

*Mancarrón*. — El caballo malo, viejo ó achacoso.

*Mazagaya*. — Instrumento de lata pequeño, que lleno de piedras suena imitando el ruido del cernidor. Es el *mbaracá* de los indios guaraníes.

*Macanudo*. — Expresión ponderativa, muy usada aunque tiene mal origen, como *macana* por disparate.

*Maturrango*. — El hombre que no sabe montar á caballo. Se llama al hombre ó á la mujer poco diestros, ó recién llegados al país y no acostumbrados todavía á sus usos.

*Milonga*. — Tonada y canción que anda comunmente entre los compadres.

*Mate*. — La infusión de yerba en la calabaza que le da nombre; del quichua *mati*, calabaza.

*Majada*. — Rebaño de ganado lanar.

*Maldonado*. — Departamento de la República O. del Uruguay.

*Mangangí*. — Abejón.

*Manguera*. — Corral grande cercado de piedra y postes, para encerrar el ganado.

*Matambre*. — Lonja de carne que está entre el cuero y el costillar del animal vacuno.

*Mataojo.* — Árbol de ramaje espeso. El humo de sus hojas irrita extraordinariamente la vista.

*Maxacote.* — Pasta hecha con los residuos del azúcar.

*Maxamorra.* — Maíz pisado y cocido, que constituye uno de los platos más ricos de postre, tomado con leche, ó vino y azúcar.

*Minas.* — Departamento de la República O. del Uruguay.

*Misia.* — Distinción que se antepone como fineza al nombre de una señora con quien se tiene amistad.

*Mojinete.* — Frontón ó remate triangular de la pared principal ó fachada del rancho.

*Montevideo* (Departamento y ciudad de). — Capital de la República O. del Uruguay.

*Morocho-a.* — Moreno, trigueño.

*Ninfa.* — Entre gente de medio pelo, es la designación de las que llama Cervantes mozas del partido. Hay ejemplo en este mismo autor del uso de la palabra ninfa en igual sentido, en el sainete *El ricaino fingido*.

*Ñangapiré.* — Árbol, y su fruto de color rojizo muy parecido á la cereza.

*Ñandú.* — El avestruz americano: fig., el hombre muy flaco y alto.

*Ñandubay.* — Árbol de madera muy dura y pesada, preferida para los alambrados y para durmientes de la vía férrea.

*Ñanduty* (en guaraní significa *araña blanca*). — Tejido muy delicado que se hace con hilo, como el crochet, y ha sido inventado por las mujeres paraguayas.

*Orejano.* — Animal sin marca.

*Ombú.* — Árbol famoso, de tronco muy grueso, pero esponjoso é inútil su madera.

*Olios ú Óleos.* — Bautismo.

*Pericón.* — Baile nacional.

*Pulpería.* — La casa de negocio de campaña, tienda, almacén, barraca, bazar y hasta banco de los paisanos del pago. Es el punto de reunión los días de fiesta, para las carreras y jugadas.

*Pagador.* — Improvisador y cantor.

*Paquete.* — Vestido con lujo.

*Penca.* — Carrera.

*Paysandú.* — Departamento y ciudad de la República O. del Uruguay.

*Porongos* (Villa de Trinidad, capital del Departamento de Flores) de la República O. del Uruguay.

*Picada.* — Senda estrecha en un monte, y paso de río ó arroyo, por donde puede pasar únicamente un hombre ó un caballo.

*Pilcha.* — Prenda de uso.

*Poncho.* — Manta cuadrada con una abertura en el centro para pasar la cabeza, de modo que quede el poncho colgado al rededor del cuerpo. Es prenda muy usada en la campaña.

*Potro.* — Caballo sin domar.

*Pollera.* — Falda.

*Porteño.* — Habitante de Buenos Aires.

*Puyo.* — Lugar ó región determinada.

*Palenque.* — Palo colocado sobre otros dos, hori-

zontalmente, para atar los caballos y tenerlos á la mano, bajo la ramada comunmente.

*Pampero.* — El viento que sopla con más frecuencia, el S. SO., que viene de las Pampas argentinas.

*Parar rodeo.* — Es reunir los animales para contarlos ó elegir alguno.

*Pangaré.* — Caballo de color venado, más claro en el hocico y orejas. Según fama es el caballo más guapo para carrera y para hacer viajes largos.

*Pingo.* — Caballo bueno, ligero, de linda figura.

*Piscoiro.* — Del quichúa *piscoiro*, pajarito, enamorado.

*Pueblero.* — El habitante de pueblo ó ciudad.

*Quitandera.* — La mujer que va á las reuniones de carreras á cebar mate, vender tortas fritas y pasteles, y hacer comidas.

*Quincha.* — La paja de totora con que se techan los ranchos; el techo de éstos.

*Quinta.* — Huerta de árboles frutales y á veces de hortalizas.

*Retobado.* — Objeto forrado de cuero, como, v. gr., las boleadoras. Fig. el hombre de carácter seco y áspero. *Retobarse*: fig. enojarse y sublevarse.

*Redomón.* — Potro de media doma.

*Rancho.* — Habitación de paredes de barro ó adobe y techo de paja.

*Retacón.* — El hombre grueso y bajo, casi lo mismo que *tape* en sentido figurado.

*Rioplatense.* — Natural de alguno de los países de la cuenca del Río de la Plata (Uruguay y Argentina).

*Rivera.* — Departamento de la República O. del Uruguay.

*Rumbiar.* — Enderezar, encaninarse y también encontrar un camino poco conocido.

*Sobeo.* — Llamado también lazo pampeano, es una cuerda de cuero torcido muy blanda.

*Sotreta.* — Caballo viejo enfermo de los cascos

*Taita.* — Se llama á los que predominan en un pago, generalmente caudillos en tiempo de guerra.

*Taba (juego de la)* — que se hace con el hueso de la choquezuela. Se tira á algunos pasos de distancia, y si cae con el lado labrado para arriba es suerte y gana un tanto el jugador, si queda del otro lado pierde un tanto.

*Tala.* — Árbol frondoso de hojas pequeñas ovaladas.

*Tamero.* — El ganado manso.

*Tapera.* — Ruinas de un rancho ó casa.

*Tacuara.* — Caña fibrosa muy fuerte.

*Tape.* — Parcialidad de indios del Uruguay. Fig.: el hombre bajo y grueso de color aindiado.

*Tupe.* — El musgo que crece en los médanos y arenales.

*Vichar.* — Atisbar, espiar, como aguaitar.

*Vichador.* ( Véase bombeador.)

*Yerra.* ( Véase hierra.)



# ÍNDICE





# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
GACETILLA .	1
Monte cerrado .	13
La flor del pago .	41
En tiempo de guerra .	55
Primer amor.	65
La muerte	79
En la sierra . . .	95
Alma, vida y corazón .	123
El forastero .	141
El ferrocarril .	163
La primera visita . .	185
La muerte en la tapera .	197
Los pobres . . .	215
Alambrado por medio .	227
Don Patrocinio .	239
GLOSARIO	261

---



